



Siete pilares para la felicidad

Notker Wolf

COLECCIÓN
ESPIRITUALIDAD
narcea

Notker Wolf

Siete pilares para la felicidad

NARCEA, S.A. DE EDICIONES

Índice

El lenguaje de la felicidad

¿Qué nos ayuda a ser felices?

La felicidad y el sentido de la vida. Más que bienestar. Yo encontré la felicidad. Felicidad en la adversidad. Más que química. Sísifo o la suerte de los más capaces. ¿Fue Jesús una persona feliz? No existe un método para alcanzar la felicidad. Virtudes para la vida.

La justicia

La fluidez del tráfico romano. ¿Qué es la justicia? ¿Cómo nos tratamos unos a otros? Las leyes, el derecho y la justicia. Nuevas injusticias. Mayor que nuestro pequeño círculo de intereses. No existe un derecho absoluto. No hay justicia sin misericordia. Atemperar la justicia con misericordia. El perdón promueve la justicia. La justicia necesita templanza. ¿Quién es justo? Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.

La prudencia

Un fin del mundo tras otro. Más que astucia. El conocimiento aplicado al bien. Personas que transmiten claridad. Con ayuda del humor. El idealista imprudente. ¿Se puede exigir siempre la verdad? Prudente en la vida y sabio. “Sed prudentes como las serpientes”. Cómo ser más prudentes.

La fortaleza

No me va a pasar nada. Lo contrario de valiente. Esos sí que fueron héroes. La libertad es la joya del cristiano. Valiente y sincero. Fortaleza y prudencia. El salario del miedo. ¿Cómo tomar decisiones audaces? Nadando contracorriente.

La templanza

El banquete de Trimalción. San Benito y el vino. Una vida sin límites. Poner freno a la avaricia. ¿Martillo o matamoscas? La codicia devora el cerebro. Qué nos promete el dinero. ¿Es la modestia solo un adorno? Cuando el bien es demasiado. La pasión es otra cosa. La templanza de los monjes.

La fe

La fe, comunidad y hogar. Cercanía a las personas. Las estructuras no generan vida. Sal de la tierra, luz del mundo. El fracaso como oportunidad para la fe. La libertad forma parte de la fe. La fe, una experiencia como el amor.

La caridad

El amor es una experiencia cumbre. Perderse y encontrarse a sí mismo. ¡Abrazaos! El amor redime. El amor no puede dividirse. Amor y moral. No hay amor sin pasión. Qué es lo que despierta el amor. Cultivar la pasión. Necesidad emocional. El difícil amor a los enemigos. La indiferencia es mortal. El texto más bello sobre el amor. Para que el hombre sea hombre.

La esperanza

Un problema grave de esperanza. El lenguaje de la esperanza. Los pesimistas tienen más dificultades. Fracaso y sentido. La esperanza es liberadora, no adivinar el futuro. Solo semillas de plenitud. La esperanza es lo último que se pierde. Esperar contra toda esperanza. Promover esperanza. Lo que yo espero.

Así en la tierra como en el cielo

EL LENGUAJE DE LA FELICIDAD

Los gorriones son mis pájaros preferidos. Cuando era niño y me ponía enfermo los podía observar junto a la ventana. Su sitio favorito eran los rosales de enfrente de nuestra casa que, en aquellos tiempos, los podaban dándoles formas redondeadas. Estaban siempre llenos de gorriones. Sobre todo, se les veía mejor en invierno, cuando las flores hacía tiempo que se habían marchitado y cuando se habían caído todas las hojas; sus cantos bulliciosos, silbidos y gorjeos eran para mí la mejor música. Si había un aleteo, o cualquier movimiento, todos revoloteaban a la vez y se quitaban la comida del pico unos a otros. Eran traviesos, descarados, huidizos.

Era la vida en plenitud. Era el cielo. Los gorriones son para mí los pájaros del cielo. Sencillos, inquietos, vivaces, vitales y espontáneos en sus manifestaciones de la vida, son como la quintaesencia de la felicidad. Revoloteaban veloces hacia nuestra ventana, picoteaban las migas y se marchaban. Aunque luchaban entre ellos, también se querían. Eran la imagen cabal de la alegría de vivir. Yo podía permanecer un buen rato, observándolos fascinado en la ventana, lo que me hacía experimentar la ligereza de la vida.

Los gorriones siguen siendo hoy para mí algo muy especial. En lenguaje bíblico, la persona piadosa puede, como el gorrión, hacer el nido en el templo de Dios. El “pájaro sin pareja en el tejado”, del salmo 101(102)8, es el símbolo de la confianza en Dios, como lo que nos dice Jesús en el evangelio de Mateo: “Ni uno de ellos caerá a tierra sin que lo sepa vuestro Padre” (10, 29).

Existe además una antifona maravillosa, que se entona como canto de comunión en el domingo XV del año litúrgico: *Passer invenit sibi domum, et turtur nidum, ubi reponat pullos suos: altaria tua Domine virtutum, Rex meus et Deus meus: beati qui habitant in domo tua in saeculum saeculi laudabunt te*”.

Hasta el gorrión y la golondrina
ha encontrado un lugar en tus altares
donde hacer nido a sus polluelos,
oh Señor todopoderoso,
rey mío y Dios mío.
¡Felices los que viven en tu templo
y te alaban sin cesar! (Sal 84,3-4).

La antifona está construida musicalmente como una onomatopeya. La melodía, con frases cortas y pausas, se adapta con una ligereza alegre, que para mí está inseparablemente unida a los gorriones, a la agilidad con que saltan de rama en rama, de arbusto en arbusto.

Hace poco di de comer a unos gorriones en un área de servicio de una autopista del sur del Tirol. Imité su gorjeo, silbé suavemente con ellos, hablé con ellos. Me imaginé a mí mismo un poco como san Francisco. ¡Se les veía tan confiados! Comieron de mi mano. Hablar con los gorriones es como hablar con los niños pequeños.

Y, como los niños pequeños, también ellos necesitan protección. Lo experimenté yo mismo, cuando estaba enfermo de niño y los veía desde mi ventana. Había veces en que, de repente, todo se oscurecía y como una nube se marchaban en bandada. Enseguida veía lo que había pasado: un águila levantaba el vuelo con un gorrión en sus garras. ¡Están tan desprotegidos e indefensos frente a esas grandes aves rapaces! Por eso precisamente son para mí un verdadero símbolo de la felicidad. La felicidad está siempre amenazada, nunca es segura. Cuando somos felices tenemos que alegrarnos porque no sabemos cuándo va a desaparecer esa felicidad.

Los gorriones son para mí símbolo de la agilidad, pero también de la fugacidad de la felicidad. Son tan tímidos, tan asustadizos, tan indefensos. Y así es la felicidad: indefensa. Puede romperse muy fácilmente. Incluso puede quebrarse la felicidad matrimonial; esa felicidad del amor, que se juraron eterno, se rompe de repente en mil pedazos. Cuando en una pareja de ancianos que han convivido toda su vida, muere uno de ellos, el otro puede experimentar un dolor inmenso. La felicidad es frágil.

La felicidad es también como un pájaro asustadizo que huye. Los gorriones levantan rápidamente el vuelo, temen el ataque y viven siempre en peligro. No podemos disponer libremente de la felicidad. No se deja sujetar. Pero, al mismo tiempo, no quiere ser efímera, pasajera. “Quédate, ¡eres tan bella!”. La felicidad quiere también eternidad: “Todo placer quiere eternidad, quiere profunda eternidad”, decía Nietzsche en *Así habló Zaratustra*.

La felicidad es siempre terrena y por ello también transitoria. Sé feliz cuando la tengas. Sé feliz, si estás sano. Sé feliz, si puedes estar hoy aquí. La felicidad, sin embargo, remite a algo distinto que la trasciende, a algo que dura eternamente. Por eso, de manera significativa, no se habla de felicidad eterna, sino de bienaventuranza eterna.

Se vislumbra lo que puede ser la felicidad cuando se escucha lo que dice Jesús:

Por tanto, os digo: No estéis preocupados por qué comeréis o qué beberéis, ni por la ropa con que os vestiréis. ¿No vale la vida más que la comida y el cuerpo más que la ropa? Mirad las aves del cielo: ni siembran ni siegan ni almacenan en graneros la cosecha; sin embargo, vuestro Padre que está en el cielo les da de comer. Pues bien, ¿acaso no valéis vosotros más que las aves? ... ¿Y por qué estar preocupados por la ropa? Mirad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan. Sin embargo, os digo que ni aun el rey Salomón, con todo su lujo, se vestía como uno de ellos. Pues si Dios viste así a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, ¿no os vestirá con mayor razón a vosotros, gente falta de fe? (Mt 6, 25-26.28-30).

Detrás de estas palabras está escondida la confianza y la alegría de vivir.

Aprende del lirio
y aprende del pájaro,
tus maestros.
Existir significa:
vivir el hoy.

Esto es la alegría.
Los lirios y las aves
son nuestros maestros
de la alegría.
(Sören Kierkegard)

Este es también el núcleo del mensaje de Jesús: la fe en Dios nos hace libres para la alegría de vivir y la esperanza de que esto es algo inviolable, irrompible.

Los lirios y las aves son una imagen bíblica común al género humano, comprendida y entendida de modo similar por todo el mundo.

En una poesía china zen se describe la felicidad como sigue:

Cuando llega la primavera
lo celebran miles de flores
y el pájaro de oro canta
en el árbol de la verde pradera.

Los gorriones son hoy una especie amenazada; los muros lisos de las fachadas les impiden hacer sus nidos. Incluso hay iniciativas para salvarlos y conservarlos en las ciudades.

¿Tiene también la vida moderna una fachada dura y lisa, que no permite a nuestra felicidad anidar en ella?

¿Qué aspecto tendría una vivienda en la que tuviera sitio la felicidad, la vida no fingida?

¿QUÉ NOS AYUDA A SER FELICES?

¿Qué tienen en común la felicidad y la virtud? La felicidad consiste en divertirse, en experimentar emociones. La felicidad es la ligereza del ser, un sentimiento bello, al que se puede acceder.

La virtud, por el contrario, suena a preceptos, a algo trabajoso y con una buena dosis de moralina.

Sin embargo, san Benito lo ve de una forma totalmente distinta:

El camino de la salvación, solo se puede emprender por un comienzo estrecho. Mas cuando progresamos en la vida monástica y en la fe, se dilata nuestro corazón y corremos con inefable dulzura de caridad por el camino de los mandamientos de Dios [RSB. *Prólogo* 48-49].

Este es el corazón de nuestra Regla. El centro de su doctrina sobre la felicidad es la vida buena: los mandamientos no son la meta sino los indicadores para conseguirla.

La felicidad y el sentido de la vida

En marzo de 1955, cuando yo tenía catorce años y medio, descubrí en el desván de mi casa un librito con la biografía de Pedro Chanel, misionero marista en el Pacífico Sur. Chanel había sido canonizado en 1954 y este folleto describía su camino, lleno de aventuras, desde el pequeño departamento francés de Ain, a la isla Futuna, donde fue martirizado. Le mataron a golpes porque los poderosos se sintieron amenazados por su doctrina. Devoré la biografía. Tuve el librito días y días escondido debajo del colchón para que no lo viese mi madre. Durante una semana luché conmigo mismo: ¿Estaba yo de verdad preparado para abandonar para siempre la casa de mis padres? ¿Podría yo comer gusanos y cargar sobre mí todo tipo de fatigas? Cuando me decidí, fui donde mi madre y le dije: “Quiero ser misionero”. Le expliqué mis razones y le pedí que me ayudara a decírselo a mi padre. Sabía que esa era mi vocación. Tenía mi meta y había encontrado la felicidad de mi vida.

Pero yo era demasiado débil físicamente para ir a misiones. Si hubiera sido por mí, estaría ahora en alguna misión en algún lugar de Asia o África. Y estoy seguro de que hubiera tenido una vida buena y plena. Pero, al parecer, Dios había pensado para mí algo distinto. Después de los estudios me envió mi Orden como profesor de Universidad y posteriormente me eligieron abad primado de los benedictinos misioneros y por tanto responsable de toda la Congregación. Con este cargo soy mucho más misionero que lo

que hubiese podido soñar, y mucho más ahora como abad primado de toda la orden benedictina.

La felicidad tiene que ver con el sentido. Puedo ser feliz solo cuando encuentro sentido. Para quien es feliz no hay crisis de sentido. Algo se puede hacer para conseguirlo: para encontrar sentido a mi vida necesito una visión de las cosas y luego trabajar en ello. Quien quiera ser feliz tiene que ponerse en movimiento. A algunos esto ya les parece demasiado, pero lo que es seguro es que la comodidad, el soñar despierto y ese dulce no hacer nada, no conduce a la felicidad.

Más que bienestar

Los aviones ofrecen un canal que solo transmite música de relajación, tan insulsa que en los vuelos largos ni siquiera puedo dormir con ella. Ese bienestar, como sensación placentera en el que uno se puede instalar, no es la felicidad. No lleva a ninguna parte. Lo mismo vale para el llamado bienestar integral. Hace poco recibí una oferta de bienestar que consistía en tumbarme en un lecho de heno con todo tipo de artefactos. Por supuesto que algo así no tiene que estar mal, pero eso no es la felicidad.

Tampoco lo es la cursi imagen del hada buena de nuestras fantasías infantiles. Una vez que estaba en Berlín en casa de unos buenos amigos, decidimos salir por la tarde y en un restaurante encontramos una de estas “hadas buenas”. Llevaba un etéreo vestido rosa y parecía estar suspendida en el aire. Mientras agitaba su varita mágica decía que con ella podía y debía hacer felices a los visitantes. Una pseudofelicidad esotérica light.

La felicidad es exceso, va más allá de nuestro nivel de confort. La verdadera felicidad es más que un sentimiento. Es algo totalmente diferente a una promesa de bienestar que se puede comprar con dinero; algo más y distinto a divertirse o a un placer emocional. Es una experiencia especial, una experiencia que eleva. La felicidad es difícil de definir o de describir, pero si te acercas a ella, lo podrás hacer.

Yo encontré la felicidad

Si tuviera que contar cuáles son mis experiencias personales de felicidad, me resultaría muy difícil elegir algo en concreto. ¡Soy feliz por tantas cosas! No se trata de nada en especial, pero algo es seguro, que la felicidad no es verdadera si va “contra” alguien. Yo mismo soy feliz cuando estoy entre personas, cuando les puedo hacer felices. Y recibo a cambio el doble.

Por ejemplo, una vez estaba hablando con un novicio en Santa Otilia. Él me preguntó cómo me sentía al volver a estar allí y yo le dije: “Aquí me encuentro perfectamente, como en casa. Y me alegro mucho de haber podido por fin volver”. Él contestó: “Y nosotros también”. Algo así hace sencillamente bien.

También un día, en un vuelo entre Munich y Hamburgo, estuve entreteniendo a una niña de tres o cuatro años con un sinfín de tonterías a fin de que no llorara. Cuando nos bajamos del avión, le dije: “¿Sabes una cosa? Que eres un auténtico tesoro”. Y ella

mirándome me dijo: “Y tú también”. Estos son los pequeños momentos de felicidad.

La felicidad tiene que ver con la resonancia y con la relación. No sé si el dinero puede hacer feliz. Yo diría más bien que si quieres hacer infeliz a alguien dale mucho dinero. Estará preocupado continuamente pensando en qué lo puede invertir. Es verdad que si una persona carece de todo también puede ser infeliz porque tiene que haber una seguridad básica. Las sociedades en que la seguridad material está cubierta, son más felices.

No hay felicidad si se está solo. La felicidad, cuando se ha experimentado, pide relación porque se quiere comunicar. Alguien dijo que la felicidad viene pocas veces sola. No podemos ser felices si estamos solos. La mujer del evangelio que encontró la dracma perdida fue feliz, se alegró mucho y corrió a comunicárselo a sus vecinas. La felicidad nos obliga a comunicarla.

Se puede estar solo en silencio y ser feliz. Es la llamada “felicidad silenciosa”, que también existe. Pero la felicidad nos inclina más a superar las fronteras de la propia experiencia. “¿Sabes qué cosa tan estupenda me ha sucedido?”. Entonces solo hay una respuesta: “Sí. ¡Es magnífica!”.

Además, la felicidad es siempre apertura a algo más grande. En este sentido son también felicidad para mí las experiencias de la naturaleza. Cualquier biólogo puede clasificar científicamente los gorjeos y el canto de los pájaros como llamada de apareamiento o delimitación de la zona, por ejemplo. Yo, en cambio, los escucho como aceptación de la creación y como expresión de una elemental alegría de vivir. Recuerdo una vez, una mañana de primavera en el claustro de nuestro monasterio de San Anselmo en Roma. Todavía no había amanecido, eran las cinco y cuarto de la mañana, y me preparaba con prisa para ir en coche al aeropuerto. Fuera cantaba un ruiseñor. Me paré un momento, escuché y escuché. Con gusto hubiera permanecido así más tiempo; estaba sencillamente hechizado. Pero tuve que continuar mi camino.

Muchos no valoran estas pequeñas cosas que son el regalo de la vida. Porque la felicidad es siempre *regalo*. No un regalo sacado del catálogo de los grandes almacenes porque no es algo que se puede comprar. Cuando estoy sentado a la orilla del mar y contemplo cómo se hunde el sol en el azul verdoso del océano, también experimento felicidad.

Para ser feliz tengo que tener una cierta capacidad de percepción. Y tengo además que estar preparado para esforzarme. Es como cuando se escala una montaña: después de una subida fatigosa se llega a la cumbre y se experimenta posiblemente uno de los más bellos momentos de felicidad. Porque se nos han regalado. Se puede hacer algo para lograrlo, pero no se pueden crear.

Precisamente en los encuentros con las personas es donde experimentamos felicidad. Yo mismo he encontrado en el monasterio muchas personas que irradian la felicidad duradera que nace de una vida satisfactoria. La mayor parte de las veces se trataba de personas sencillas, por ejemplo, mi viejo prior. Una vez, el abad Suso le preguntó: “Padre prior, ¿es verdad que Vd. no se enfada por nada?”. A lo que respondió: “¿Por qué debo hacerlo, soy quizá un burro?”. Y cuando lo contaba decía: “Entonces se

ofendió, porque creía que yo había dicho que era un burro”. Auténtico humor de Algovia.

A mí me impresionan sobre todo los hermanos legos de mi monasterio. Por ejemplo, el hermano Adolf de Santa Otilia, que era el portero y un hombre feliz hasta el punto de que impresionó mucho a unos monjes zen japoneses que nos visitaron. Llevaba cincuenta años en ese puesto y decían los monjes: “Es increíble, este hombre no ha hecho carrera y sin embargo irradia tanta alegría”.

Precisamente, estos hermanos de los que estoy hablando, eran personas maduras que no buscaron nunca su alegría por los caminos de un gran reconocimiento. No daban ningún valor a honores y grandezas exteriores sino que se limitaban a lo esencial. Eran independientes y vivían libres de ambición, de ansia de poseer o del deseo de títulos. Sencillamente eran personas equilibradas. No envidiosas, ni apegadas a nada, ni ambiciosas, sino tranquilas y alegres. Por tanto, la felicidad no solo tiene que ver con un espíritu sencillo, sino también con una vida “buena”.

Naturalmente también existen este tipo de personas fuera de los muros monacales. Son personas felices, que irradian algo positivo y en cuya cercanía se siente uno bien. Incluso existen los llamados “seres afortunados”, personas que parece que llevan en los genes no tomar la vida demasiado en serio, o a quienes se lo han inculcado desde niños. Esa seguridad de que la vida no es tan difícil, se la han transmitido sus padres desde pequeños. Sobre este suelo puede crecer la ligereza del ser; saben desde niños que aunque caigan, alguien los levantará, que los demás están ahí para ayudarles. Y de ello surge una seguridad madura y auténtica en la vida.

Felicidad en la adversidad

Quien habla de felicidad habla de personas con sus debilidades, fortalezas y contradicciones. Incluso los grandes espíritus no están libres de estas inconsistencias. Sigmund Freud, que decía que la felicidad no estaba prevista en el libro de la vida, compraba billetes de lotería y esperaba hacerse rico con un golpe de fortuna.

El escritor bávaro Ludwig Thoma escribió el cuento humorístico *Un muniqués en el cielo*, en el que Alois Hingeri, el protagonista de la historia, echaba tanto de menos en el cielo a su querida ciudad, Munich, que cantaba el aleluya de malos modos, quejándose continuamente y echando maldiciones (“maldito aleluya”), porque no resistía la felicidad eterna. Porque lo sobrenatural le resultaba muy aburrido.

Una cosa es segura: no todo va bien en la vida. Hay cosas que salen torcidas. “Shoot” (disparo) decía en estos casos mi anterior prior en San Anselmo, que era americano. Quería comportarse como una persona educada y no quería utilizar la palabra “shit” (mierda). Las situaciones positivas no duran eternamente. A veces se ha comparado la fortuna con una rueda que nunca está parada, sino siempre en movimiento. Antigualmente se decía: “A cada noviembre sigue un mayo”. Noviembre es el tiempo triste, el mes de la niebla. Mayo es el mes del sol y de la claridad. Yo respondo con frecuencia irónicamente: “Pero a cada mayo le sigue un noviembre”, lo cual es también

verdad.

La rueda de la fortuna sigue girando y coloca abajo lo que estaba arriba. La desgracia también forma parte de la vida. Por ejemplo, un accidente de tráfico. La adversidad puede impactar de repente, como un rayo, pero también puede alargar su sombra sobre una vida y oscurecerla de forma permanente. Personas que se han casado con el cónyuge equivocado y se dan cuenta demasiado tarde, pueden llegar a ser muy desgraciadas.

El miedo es un asesino de la felicidad, mata la alegría y la libertad. Para ser felices necesitamos estar libres de miedo. Otra actitud para conseguir felicidad es ser conscientes de la propia identidad: debo saber quién soy. Si quiero llegar a ser feliz no puedo estar “poseído” por una gran preocupación por el futuro. Muchas personas de nuestro tiempo tienen miedo al futuro pues temen la pérdida del puesto de trabajo y un cambio en su situación; unos han perdido el puesto de trabajo y otros tienen miedo de perderlo.

Solemos decir que “nos ha sobrevenido una desgracia”, pero una desgracia es, la mayor parte de las veces, una situación larga o algo con un efecto duradero. Por ejemplo, no es una colisión entre coches que ha causado una abolladura, sino algo mucho más profundo.

Hace bastante tiempo me encontré con un grupo de jóvenes para tener un coloquio. Uno de los chicos parecía muy triste. Para intentar saber qué le agobiaba les hice a todos una pregunta para que la respondieran por escrito: ¿Cuál ha sido mi experiencia más feliz y cuál la más desgraciada? El joven afectado escribió: “Mi experiencia más feliz fueron los regalos de mi primera comunión, porque yo noté que la gente me quería. La más desgraciada fue darme cuenta de que mis padres vivían separados y se acercaba el divorcio”. La separación de los padres tiene siempre una incidencia en las personas y muy especialmente en los niños. Es como si se les cayera el mundo encima para siempre. En la felicidad, el mundo está en armonía. En la desgracia, el mundo es un desconcierto total.

No siempre se pueden distinguir claramente la fortuna de la desgracia. Friedrich Torberg hace decir a uno de sus personajes en su libro *La tía Jolesch o la decadencia de Occidente en anécdotas*: “Dios nos proteja de todo lo que es otra fortuna”. “Fortuna en el infortunio” es algo relativo. Pero es cierto que la felicidad verdadera puede ser posible aun en medio de la mayor dificultad. Por ejemplo, cuando después de una gran inundación, el marido, que lo ha perdido todo, le dice a su mujer: “¡Pero todavía te tengo a ti!”. Esta es la experiencia más profunda de felicidad, aun cuando nos falte todo. En estos momentos se hace nueva luz, ocurre algo esencial que quizá anteriormente se había dado por supuesto. Otro ejemplo lo vemos cuando en una familia hay un niño con grandes limitaciones; al principio se experimenta como una desgracia que exige mucho ánimo para superarla, pero después se experimenta una gran alegría al ver que ese niño puede ser feliz.

No hay unanimidad sobre lo que es la verdadera felicidad, pero hay algo indiscutible: aspirar a la felicidad y evitar la desgracia es un instinto profundo en todo lo que hacemos. Sobre el modo de conseguirlo, sin embargo, las opciones son dispares. Existe para ello un

modo de conocimiento humano de la felicidad, es decir, la reflexión sobre las experiencias de las personas acerca de cómo podemos evitar el sufrimiento y alcanzar la felicidad. Esto es útil porque, si nos hacemos conscientes de que las cosas pueden ir de otra manera, podemos protegernos de la tristeza y capacitarnos para una mayor libertad y serenidad.

Hay una parábola oriental sobre cómo comportarse en los imprevistos y vicisitudes de la vida, que es también una historia sobre la actitud correcta para alcanzar la felicidad.

Cuentan de un rey que pidió a sus consejeros que le hicieran un anillo que le alegrara cuando estuviera triste y le preservara de la euforia cuando se encontrara feliz. Los sabios reflexionaron durante mucho tiempo y al fin le entregaron un anillo con la siguiente inscripción: “¡También esto se pasa!”.

También las virtudes forman parte de este conocimiento humano de la felicidad. Y este libro trata de ellas.

Más que química

Tener mucho dinero no trae automáticamente la felicidad porque siempre se desea más. Cuando preguntamos a las personas qué es lo que las hace felices, pocas veces se refieren a cosas exteriores. Indican más bien que la felicidad les viene del amor o del nacimiento de los hijos. La persona feliz mantiene distancia de las cosas materiales. No se deja acaparar por ellas.

A pesar de ello, hay algunos que dicen que la felicidad es algo material, es química. En un estado de felicidad aparece de hecho la dopamina, la hormona de la felicidad, que actúa estimulando, como la adrenalina en la sangre, que hace al cuerpo capaz de aumentar sus capacidades y crear un estado de bienestar. Pero podríamos preguntarnos si la felicidad es solamente una reacción química. Los bioquímicos no son capaces de asegurarlo. Es verdad que sin dopamina no puede surgir ningún sentimiento de felicidad, pero la dopamina no “es” la felicidad, sino solo una sustancia química. Existen también las drogas de la felicidad, que son mucho más efectivas que la dopamina; el hachís, por ejemplo, puede producir sentimientos de felicidad, como también en menor medida el alcohol. Las drogas pueden amortiguar la infelicidad, enmascarar la soledad o ayudar a controlar mejor el estrés y el esfuerzo excesivo, pero la mayor parte de las veces, después, el consumidor está peor que antes. En cuanto se les pasa el efecto y están sobrios, viene la resaca.

En esto sucede como con la libertad. Según algunos, dado que tienen lugar procesos químicos, la libertad depende de la química. Pero esto es solo la forma externa.

Yo ciertamente no estoy estimulado por la química, pero la química debe estar presente con la justa medida. El cerebro forma parte de la corporalidad de la persona. Todo tiene un sustrato corpóreo como dijeron Platón y Aristóteles: todo se compone de materia y forma. Entre nosotros, la forma no es el todo, por eso es posible la inmortalidad. La química es el sustrato que provoca el sentimiento de felicidad.

El hecho de que se puedan generar sentimientos de felicidad, pero no crear la

felicidad misma, no significa que no se pueda hacer nada por la propia felicidad.

Sísifo o la suerte de los más capaces

La felicidad existe también cuando nuestro trabajo es tan valorado y reconocido que nos sentimos “mirados” como personas. Al acabar mis estudios en la Escuela Superior de Memmingen, el director me llamó a mí y un compañero para que nos presentáramos en su despacho. A los dos nos dieron cincuenta marcos, que en 1951 era mucho dinero. Esto me causó una alegría inmensa y lo recibí como reconocimiento por mi trabajo. Por primera vez había ganado yo mismo algo de dinero. Estaba orgulloso de mí mismo. Era una verdadera alegría.

La suerte no es una mera casualidad, aunque en ocasiones también juegue su papel. Por ejemplo, el éxito en los exámenes generalmente es fruto, en parte, del esfuerzo y, en parte, de la suerte. Se dice también que la suerte favorece a la mente preparada. No estamos igual todos los días; en algunos, no nos sentimos bien, aunque hayamos estudiado mucho. Hay situaciones en que sucede algo sin que nosotros hayamos hecho nada para que ocurrieran. Recuerdo que cuando me estaba preparando para el examen final de bachillerato, justamente pocos días antes había estado traduciendo con otros compañeros el párrafo que nos tocó hacer en el examen. ¡Eso sí que es suerte! De esa forma aprobamos yo y mis compañeros. En los exámenes suelen suceder cosas similares, aunque, cuando se va preparado, hay más posibilidades de tener suerte.

A la felicidad no se sube en ascensor, generalmente hay que hacerlo por la escalera. Aunque tampoco consiste en un puro esfuerzo. Albert Camus dijo que nos debíamos imaginar a Sísifo como un hombre feliz. Sísifo aceptó lo absurdo de su condena consistente en subir una y otra vez hasta lo alto de la montaña la roca que, una vez arriba, volvía a caer, y con ello se mostraba como artífice de su propio destino. A mí esto no me convence. Como otros muchos, yo veo en Sísifo a la persona desgraciada, que no tiene ninguna oportunidad de volver a ser feliz. Sus esfuerzos no terminan nunca.

Sin embargo, cuando hablamos de felicidad en un sentido más profundo, nos referimos a algo más que esfuerzo, y también a algo más que un suceso fortuito. Es la experiencia de un estado interior. Cuando san Benito dice al final del prólogo de su Regla: “Se dilata el corazón en alegría” está hablando precisamente de esto. Y dice además qué es la verdadera y profunda felicidad y cómo se hace posible.

¿Fue Jesús una persona feliz?

Alguien me preguntó una vez si podíamos imaginar a Jesús como una persona feliz. Creo que la pregunta está mal planteada; pienso que la perspectiva correcta es otra. Jesús dice: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6). Él es el *camino* hacia la felicidad y todas las demás promesas de felicidad deben ser contempladas a la vista de esta. Con esta verdad como trasfondo puedo preguntar, ¿en última instancia, qué es lo verdaderamente valioso?

Hace poco me visitó un conocido director de cine, y me dijo que quería hacer una película sobre san Benito. “Ya no me dice nada lo que hasta ahora era importante para mí”. Este hombre, ya mayor, había tenido en su vida todo lo que había deseado, pero había llegado a la conclusión de que la riqueza y la fama no son, en realidad, nada real en la vida. Tenía la esperanza de que investigando en la vida de Benito, quizá encontraría algo que le pusiera en la pista de lo esencial.

Benito fue un buscador de la felicidad, siguiendo las huellas de Jesús. Pero, volvemos a preguntarnos: ¿era Jesús un hombre feliz? La palabra felicidad no es adecuada cuando queremos comprender su misterio. La felicidad tiene que ver con lo terreno; tal y como la entendemos comúnmente es un asunto terreno. Ya se trate de la felicidad de la suerte o de la del bienestar, es decir de casualidades favorables y gratas, o bien de experiencias deseadas, diversión, placer, éxito, sensaciones positivas e intensas, que contribuyen a sentirse bien.

No obstante, Jesús, ha sido fuente de felicidad para muchos. Las personas que lo han encontrado han sido felices. Él curó enfermos, los libró de sus males y les regaló una nueva vida. Por ejemplo, el paralítico de la piscina de Betesda que nos narra el evangelio (Jn 5,7) llevaba treinta y ocho años enfermo, y no había conseguido nunca entrar en la piscina cuando el ángel agitaba las aguas. No había tenido ninguna oportunidad hasta que Jesús se dirigió a él y lo ayudó. Esta fue su fortuna, lo que le hizo feliz.

Algo similar pasa en nuestra vida. El último día del año nos deseamos un “feliz año nuevo”. En cambio decimos “alegre y santa Pascua de Resurrección”. “Feliz año nuevo” significa que triunfe lo positivo, que todo se oriente hacia el bien, que lo que nos ocurra sea venturoso. Pero todo está por venir. Por el contrario, el mensaje de la Pascua es “gracias a Dios”. El hecho decisivo ya ha acaecido. El recuerdo de la victoria sobre la muerte ha desposeído de su fundamento a la fortuna caprichosa. Ha sido vencido el origen maligno del sufrimiento y de la muerte. La alegría es el acorde fundamental de la sinfonía.

De Jesús emanaba felicidad, algo que era perceptible con el cuerpo y con el alma, que cambiaba la vida totalmente y para siempre. Esta es la perspectiva de san Benito, cuando dice en su Regla:

Si, cuando sea conveniente, para enmendar los vicios y conservar la caridad, se presenta algo un poco más severo que de ordinario, no huyas enseguida aterrado del camino de la salvación, que necesariamente ha de iniciarse con un comienzo estrecho. Mas cuando progresamos en la vida monástica y en la fe, se dilata nuestro corazón, y corremos con inefable dulzura de amor por el camino de los mandamientos de Dios (RSB. *Prólogo* 47-49).

Este es el corazón de su Regla: correr por el camino de los mandamientos de Dios con la dicha inefable del amor. Este es el centro de una vida buena y feliz. Los mandamientos no son un método, sino indicadores. No constriñen sino que, más bien, posibilitan que se dilate el corazón. Benito cita también el salmo 34, donde dice Dios: “¿Quieres ver días felices? Apártate del mal y haz el bien. Busca la paz y síguela”. La invitación a entrar en un monasterio es por tanto para aquellos que quieren ver días felices. No estoy de acuerdo con Juan Pablo II cuando dijo en cierta ocasión que se

entraba en el monasterio para hacer penitencia y expiar por los pecados. Eso responde a otra espiritualidad.

No existe un método para alcanzar la felicidad

Hay chicas que, al querer ser bellas y delgadas como una supermodelo, se convierten en anoréxicas. Tenemos que aprender a aceptarnos a nosotros mismos y que nuestro sentimiento de autoestima no dependa de las cosas exteriores. Feliz es aquel que sabe apreciarse en su valor, que está “en paz” consigo mismo y no se compara con los demás para enorgullecerse o despreciarse.

Cuando logro hacer algo, cuando produzco algo, pruebo mi autoestima. No utilizo determinados métodos para provocar la felicidad, sino que hago uso de mis capacidades para alcanzar los objetivos.

En una revista importante se leía recientemente: “Tenemos que aprender de los mejores atletas. Tenemos que convertirnos de forma metódica en personas de alto rendimiento”. Pero la felicidad no se puede alcanzar actuando metódicamente. Es algo que se “presenta” como un regalo, como un fragmento de libertad. En el budismo-zen hay que hacer algo para llegar a la iluminación; debo estar sentado en silencio, porque no la puedo conseguir trabajando, no la puedo “crear”. No existe un “método” para alcanzar la iluminación. Si la consigo, es un regalo. La iluminación no necesariamente tiene lugar durante la meditación. Puede suceder en cualquier momento y en cualquier lugar, incluso en el cuarto de baño. De repente. Es una ráfaga de luz, el rayo de la gracia. La irrupción de otra realidad en nuestra vida cotidiana.

En bávaro se dice que “algo me sirve” cuando hace bien y “me va”. En este sentido, las virtudes son algo que “sirve” para la felicidad.

Cuando san Benito cita el salmo 34: “Apártate del mal y haz el bien. Busca la paz y síguela”, explícitamente hace depender su idea de la felicidad de un comportamiento ético, de las virtudes. Para él, la paz es un modo de concebir la salvación que se puede entender como felicidad duradera, no como una experiencia de éxtasis momentáneo.

Para los monjes mayores es cosa sabida que solamente puede existir la felicidad cuando hay disciplina, cuando hay moderación, cuando se procura la justicia en el sentido de un ordenamiento sabio, de forma que los fuertes encuentren lo que buscan y los débiles no huyan.

Aunque nosotros podamos hacer algo por nuestra felicidad, una “persona virtuosa” no “hace” continuamente algo.

La virtud no es un esfuerzo continuado que nos hace sudar, sino que más bien se trata de cualidades del alma, de la recta conciencia, del sentido de la responsabilidad (todo lo cual, claro está, se puede aprender practicando).

- La **prudencia** nace de la actitud, fruto de una experiencia de vida, que mira a la totalidad, que toma las cosas en serio y a veces también con humor.
- La **fortaleza** es una actitud básica que se corresponde con la verdad y con la propia

convicción. Que dice sí cuando opina sí y no cuando quiere decir no.

- La **justicia** es la cualidad de una persona soberana; es como una especie de equilibrio que pone todas las cosas en relación. Siempre va unida a la libertad porque no hay justicia donde no hay libertad.
- La **templanza** se muestra en la prudencia y la ponderación.
- La **fe**, el **amor** y la **esperanza** no se refieren a actividades concretas, sino que también son actitudes que posibilitan una perspectiva liberadora frente a la vida.

Estas virtudes clásicas no describen, por tanto, una actividad permanente, sino que son el resultado de una orientación de la vida y de ejercitarse en el bien. Se presentan cuando una persona busca el camino recto, el buen camino. Lo que resulta más duro es el ejercicio de las virtudes secundarias: la laboriosidad, la puntualidad o el amor al orden. Ejercitarse en estas virtudes supone esfuerzo, requieren empeñarse en conseguirlas.

La virtud está anclada en la libertad ya que no hay método que pueda sustituirla. Es contraria a la ilusión de poder hacer todo, y a la incapacidad de dejarse regalar algo, a la obsesión de hacer todo por nosotros mismos. Los niños saben recibir regalos y también regalar de forma espontánea y sin calcular. Esto es lo que quería transmitirnos Jesús cuando decía: “Si no os hacéis como niños”. Tenemos, por tanto, que hacer partícipes a los demás de nuestra felicidad. La felicidad es filantrópica. No necesitamos estupendos modelos de virtud ni solterones solitarios. La virtud une y es hermana de la humildad.

Virtudes para la vida

Los músicos viven la felicidad de la perfección, pero también saben que una vez estudiada y hecha suya una pieza, tienen que repetirla una y otra vez, trabajarla continuamente para mantener el nivel. Deben tener disciplina y ensayar, ensayar y ensayar. De otra forma, puede que no acierten con determinados pasajes. Hay que ensayar una y otra vez, despacio y con constancia, hasta que verdaderamente se consiga y se depure, hasta que esté todo asentado. No es diferente el proceso en el terreno moral.

En el fondo parece sencillo ser feliz. Pero, en medio de las complicaciones de la vida, no siempre es fácil serlo. No son suficientes la inteligencia o el saber. Hay que *hacer* algo y dominar la debilidad propia. De igual forma que entrenamos un músculo, debemos esforzar nuestra voluntad. También tenemos que mantener en forma al libre albedrío mediante el ejercicio y la práctica.

¿Y si alguien no quiere hacerlo, como por ejemplo los ambiciosos inversores financieros? Hablando con ironía, podríamos decir que sería oportuno enviar a los codiciosos inversores financieros a hacer una cura de desintoxicación, como a los alcohólicos.

También esto sirve en la educación. El esfuerzo personal no se opone a experimentar alegría, aunque esto es algo que hoy no se tiene mucho en cuenta. Se supone que el esfuerzo personal frustra y que es inaceptable, pero de esta forma se consigue que los niños no sean capaces de ser felices.

Las virtudes, por tanto, deben ser ejercitadas con constancia en todo lo que hacemos para que lleguen a transformarse en una actitud espontánea. También en el comportamiento ético hay que estar continuamente atentos pues, de lo contrario, se olvida, como sucede en el aprendizaje de cualquier habilidad. Lo que conduce a la autonomía y a la libertad no son los deseos espontáneos o el talante del momento sino, en último término, la ascesis. Si tenemos que conseguir esa libertad, nos tenemos que acostumbrar a aceptar los buenos comportamientos y abandonar los malos. El aprendizaje del idioma de la felicidad no es muy diferente al aprendizaje de una lengua extranjera.

En alemán la palabra “Tugend” (*virtud*) proviene del término “taugen”, “servir para”, “ser bueno para”. En la filosofía antigua, la *areté*, la virtud, es la realización del bien en la vida cotidiana, la base que sirve para una vida feliz. No llegamos a ser felices mediante lo negativo. Como mucho, podemos pasárnoslo bien; por ejemplo, burlándonos de alguien. Pero ese placer y esas bromas se pueden volver contra nosotros. La venganza puede ser un deleite dulce y la destrucción de los otros puede satisfacer nuestros instintos profundos, pero eso no es la felicidad. “Es mejor sufrir una injusticia que cometerla”, dice Platón.

A mi modo de ver, las virtudes son la respuesta –hoy todavía válida– de una gran tradición a la pregunta de cómo lograr una vida plena y buena. Vivir bien significa actuar con justicia y de manera que se garantice una cultura de la convivencia que haga bien a *todos*. Las virtudes no nos hacen esclavos sino que capacitan nuestra libertad para lograr sus mejores posibilidades. *Kalos kai agathos*, decían los griegos cuando querían describir la personalidad madura ideal uniendo así dos ideales: lo bello y lo bueno. Nosotros no tenemos un concepto equivalente, pero lo que es claro es que solo aquél que vive virtuosamente puede llegar a ser con el tiempo una persona feliz. Las siete virtudes son los pilares sólidos de la casa de la felicidad, que no es una casa con muros inhóspitos sino una casa donde hay vida, donde moran la ligereza y la alegría.

LA JUSTICIA

La justicia es un ideal que solo genera mártires o fanáticos ¿Por qué no puedo decir: lo mío para mí? Así me irá mejor en la vida.

Yo necesito a los demás y los demás me necesitan a mí. Todos dependemos unos de otros. No podríamos vivir si cada uno solo pensara en su propio interés. Sin justicia no es posible la convivencia. Quizá soy lo suficientemente inteligente como para engañar a otros, pero ¿esto me hará feliz? Quien no vive aislado en una isla como Robinson Crusoe, necesita reglas. Estamos abocados a un equilibrio justo.

La fluidez del tráfico romano

Cuando hace ya muchos años cambié mi residencia de Santa Otilia en Baviera a San Anselmo en Roma, el abad primado de entonces me preguntó: “¿No le da miedo el tráfico romano?”. Yo le contesté con una sonrisa: “No, todo lo contrario, porque en medio del tráfico romano he recuperado la seguridad en mí mismo que me habían destruido en el noviciado”.

Los romanos son personas seguras de sí mismas. Para muchos, el tráfico romano puede ser la cosa más horrible. Yo en cambio conduzco en Roma muy a gusto. En ninguna parte es más visible ese elegante equilibrio entre el vive y deja vivir. En ningún sitio experimento más intensamente la felicidad de ser romano. Tanto es así que cuando luego veo a veces en Alemania a la policía de tráfico totalmente desbordada en un cruce donde se ha averiado el semáforo, pienso: ¡Ojalá estuviera en Roma!

En el centro de Roma, en la Piazza Venezia, estuvieron durante mucho tiempo los policías de tráfico más famosos del mundo. En esta plaza desembocan tantas calles y discurre tanto tráfico en forma de oleadas imprevisibles, que un sistema automático de semáforos solo llevaría al colapso. El arte consiste en tener una visión completa de la situación y decidir de forma espontánea y rápida, para hacer fluida la avalancha del tráfico.

Cuando el tráfico marcha bien, y uno mismo forma parte de ese movimiento fluido, cuando del posible choque de camiones que se obstinan peligrosamente en continuar por el mismo camino y del caos potencial surge una convivencia fácil, entonces estamos ante el *flow* (flujo) del tráfico y podemos sentirnos casi como en un flujo espiritual. El flujo, dicen los psicólogos, es una forma de felicidad, sobre la que se puede influir.

Cuando en Canadá tuvieron lugar las Olimpiadas de Montreal, los canadienses

pidieron que los policías de tráfico de la Piazza Venezia entrenaran a los suyos. Me acuerdo de un artículo en un periódico romano, en que, con aire de suficiencia, decía que la policía de tráfico romana se había maravillado al principio de que en Canadá el tráfico estuviera tan bien ordenado y pudiera transcurrir normalmente. Pero que, en el momento en que había una situación crítica, los policías canadienses recurrían siempre a los expertos de la Piazza Venezia.

Los italianos, incluso en medio del caos más turbulento, mantienen una cierta distancia que les permite hacerse cargo de la realidad más confusa y saber decidir de un modo inteligente y correcto.

Nos podemos imaginar a estos policías italianos felices en medio del tráfico caótico de los Juegos Olímpicos de Montreal. Su felicidad consistía en que podían recurrir a sus muy ensayadas posibilidades, manejarlas con gran dominio y decir al mundo entero: “¡Funciona! Lo hemos solucionado”. En esto puede haber un poquito de alegría malsana, pero también orgullo, autoafirmación, es decir, alegría de haber tenido éxito mientras los demás no lo han logrado.

Esta experiencia se puede tener todavía hoy en el tráfico cotidiano de Roma. Si alguien sale de una calle secundaria y quiere incorporarse a la vía principal, lo dejo pasar. Yo no pierdo nada, pero por supuesto sigo deprisa tras él; no voy a dejar pasar a los cinco autos siguientes. Rápido voy yo y luego el siguiente. En Italia, al contrario que en Alemania, no hay señal de tráfico que regule esta pequeña operación: por favor, favorezca la incorporación. En Alemania, he observado que en situaciones similares con frecuencia alguien que, por ejemplo, quiere ser amable, frena y deja que pasen diez coches. Entonces pienso también en mí y con razón: yo también soy alguien y quiero seguir adelante. Este obvio equilibrio es el que marca la diferencia.

Totalmente diferente al tráfico de Roma es el de Pekín, donde hay una lucha por cada milímetro. En Roma, la elegancia de la justicia da a cada uno su derecho. Sin embargo, en la sociedad que se llama a sí misma comunista, vale solo la ley del más fuerte. El verdadero comunismo llevaría a pensar primero en la comunidad y por último en uno mismo. Pero parece que aquí vale el dicho: “Primero mis dientes y luego mis parientes”.

¿Qué es la justicia?

El tráfico romano nos conduce directamente a la cuestión central: ¿Qué es la justicia? ¿Cómo puedo ser justo conmigo y con los que me rodean? La respuesta me la da también el tráfico romano, en la medida en que reconozco la existencia del otro, pero a la vez tengo presente que también yo soy alguien. Yo también tengo derecho, y de tal manera lo acepto, que no puedo vivir aislado, sino que también dependo de los demás.

La pregunta sobre la justicia tiene muchos niveles. ¿Cómo se comporta el individuo con respecto a su entorno, con respecto a la sociedad? ¿Cómo comportarme de manera justa conmigo mismo y con mi entorno? ¿Cómo se pueden regular las relaciones recíprocas para que todos estén contentos? Y sobre todo ¿por qué la justicia?

Todos tenemos necesidad de seguridad. También la idea de la justicia es deudora de

esta necesidad. Se habla de seguridad jurídica, de crear leyes y directrices que hagan posible la justicia. Una vez más tenemos que decir que existen, por supuesto, los perfeccionistas que quieren una seguridad absoluta y piensan poder obtenerla mediante leyes cada vez más sofisticadas y elaboradas que contemplen todas las eventualidades. Pero la seguridad absoluta no existe. Cada persona es y sigue siendo un individuo, con su inconfundible historia, con sus características peculiares, sus sombras y sus abismos oscuros. No se puede representar toda la realidad a través de leyes, ni contemplar jurídicamente todas las eventualidades. Nadie puede preverlo todo.

Por último, también están los jueces. Debemos confiar en sus sentencias prudentes y ponderadas. La aplicación de las leyes no conduce en algunas ocasiones a solucionar el problema. Entonces es más razonable confrontarse recíprocamente: cada uno cede una parte y nadie pretende tener toda la razón.

Con todas las limitaciones que pueda tener la regulación legal, sin el derecho fundamental a la justicia no es posible la convivencia. Incluso el individualista más radical desea existir y vivir en una sociedad sin ser engañado ni arrinconado por un codazo de otro. La vida en una isla no es una alternativa real; toda comunidad necesita reglas para asegurar su existencia. Tiene que haber normas de convivencia y existir una estructura que garantice el equilibrio. Muchas personas que están absolutamente convencidas de su libertad, no se dan cuenta de lo mucho que viven a costa de los demás porque la libertad reclama una responsabilidad. La felicidad, aun cuando sea un sentimiento subjetivo de satisfacción y armonía, solo es posible si está en relación con los demás y si se reconocen su dignidad y sus derechos.

¿Cómo nos tratamos unos a otros?

La justicia regula las relaciones básicas recíprocas. Se trata de una experiencia comunitaria. Y esto nos coloca frente a la pregunta: ¿Qué pasa en nuestra comunidad? ¿Cómo nos tratamos unos a otros? Con frecuencia, y especialmente cuando pensamos en los enfermos y ancianos de nuestra sociedad, tenemos la impresión de que más o menos son como objetos. Pero cuando hablamos de justicia, tenemos que hablar también de amor. La mercantilización de las relaciones es engañosa. Las personas buscamos encuentros personales. Necesitamos a la comunidad y dependemos los unos de los otros. Esto comienza en el nacimiento. Para poder afrontar la vida con confianza, un niño no solamente necesita alimentación sino también el cuidado amoroso de sus padres, tiene derecho a esa atención afectuosa. También el adolescente necesita cuidado y amistad, y esto vale igual para toda nuestra vida. Solo cuando existen relaciones auténticas, afectuosas, puede la persona humana llegar a ser persona y solo así puede “tener éxito” la comunidad.

Dios ha dirigido esta atención a las personas, especialmente a los débiles y a los pobres. Jesús ha trastocado el orden habitual de nuestro mundo:

Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que tienen autoridad sobre ellos son llamados bienhechores; mas no será así entre vosotros, sino que el mayor hágase como el menor, y el que dirige,

como el que sirve (Lc 22, 25 ss.).

En Mateo sigue la explicación:

Porque el Hijo del Hombre no ha venido para ser servido sino para servir y dar su vida por la redención de muchos (Mt 20,28).

Se trata de un servicio que llega hasta la entrega y el don de sí mismo. El programa cristiano es una alternativa a la cultura actual caracterizada por la reivindicación y la propia autorrealización.

La persona no puede realizarse por sí sola. Necesita a los demás y los demás la necesitan a ella. El padre del monacato occidental, Benito de Nursia, en su Regla, encarga al abad “ponerse al servicio de los distintos temperamentos” (RSB. 2,31). El abad debe interesarse por cada uno, tanto del fuerte como del débil, meterse en su piel, hacerle justicia y de esa forma conducirlo a su pleno desarrollo; a su vez, los hermanos deben servirse unos a otros y a los huéspedes como si sirvieran a Cristo. Servir a los demás crea relación humana. No se trata de un orden jerárquico, arriba y abajo, sino del respeto y la promoción de cada uno. Cada persona es valiosa y por tanto tiene también sus derechos, pero también su responsabilidad y sus compromisos. Solo los vínculos hacen posible la comunidad humana, y la creación de una comunidad de comunión es una de las aspiraciones básicas de todo ser humano. En ella es en donde nos podemos realizar, encontrar acogida y seguridad.

Tener en cuenta a los demás no significa que todos tengan que tener lo mismo. Benito tiene en su Regla un capítulo titulado “Si todos deben recibir igualmente lo necesario”. Allí se dice:

Según la Escritura, se debe “dar a cada uno según sus necesidades”. No decimos con esto que haya acepción de personas, no lo permita Dios, sino consideración de las flaquezas, de suerte que el que haya menester menos, dé gracias a Dios y no se contriste; en cambio, el que necesita más, humíllese por su flaqueza y no se engría por la gracia que se le hace, y de este modo todos vivirán en paz (RSB. 35).

En esto consiste el servicio a cada uno y a la comunidad. La justicia no es, según este principio, dar a todos lo mismo, sino dar a cada uno lo suyo, es decir, lo que necesita.

Las leyes, el derecho y la justicia

Hace ya años, la abadía de Santa Otilia proporcionó asilo a una familia kurda con seis hijos durante seis años, en un tiempo de acalorados debates públicos sobre refugiados políticos. Nos la trajo una comisión de ayuda, en principio para dos semanas. Debían “estar aparcados” en nuestra casa, como se decía entonces, hasta que se fallara la sentencia. Se falló la sentencia y fue negativa.

Las leyes regulan la convivencia, pero su aplicación no necesariamente es justa. La verdadera justicia surge cuando se tiene en cuenta a toda la persona. ¿Qué pasaría si la aplicación de la ley condujera a la muerte de la humanidad?

Si hubiera procedido según una interpretación estricta, la ley alemana vigente habría

tenido que entregar a estas personas inmediatamente a la policía. El ministro del Interior me llamó una vez por teléfono para hablar sobre el tema y me preguntó: “¿Es verdad que Vd. ha participado hoy en una manifestación ante el ministerio del Interior?”. Le dije: “*Si non é vero é ben trovato*. Señor ministro, me acaba de dar una buena idea”.

Cuando un día que el padre de la familia salió a dar un paseo fuera de los terrenos del monasterio, los funcionarios de protección de fronteras lo detectaron y lo apresaron, se produjo un conflicto con las autoridades sobre su deportación. Yo intervine ante el entonces ministro del Interior, el democristiano Günther Beckstein, que se situaba en la línea dura en el tema del asilo político. Discutimos y le dije: “Está Vd. en su derecho de aplicar totalmente la ley, pero si devuelve al padre a Turquía, será el comienzo del fin de la familia. Tiene que haber una alternativa para estos casos. Tiene que haber un camino que debemos recorrer como cristianos, para que esto no pase”. Günther Beckstein que, como miembro del Sínodo de la Iglesia Evangélica, veía claramente la contradicción de esta situación, no encontró al principio ninguna escapatoria en el articulado de la ley vigente para justificar algo distinto a la expulsión.

Finalmente se le abrió al ministro el camino para que la justicia prevaleciese sobre la ley. La familia debía irse a otro país europeo. En este caso fue a Polonia pues, como Caritas de Breslau se comprometía a acogerlos, las autoridades les concedieron un permiso de estancia temporal. Este fue un camino creativo que no contradecía a las leyes. Aunque yo era de la opinión de que nuestras leyes se podrían interpretar de forma más humana, puedo entender que el ministro del Interior, al que le atacaban los representantes de la línea dura, fuese por este camino. Las personas que siguen la línea dura no tienen precisamente la virtud de la justicia ni tampoco son necesariamente sabios.

La justicia suscita el hambre de justicia. Solo quien la conoce y la tiene presente será capaz de movilizarse por ella. La felicidad puede consistir en obrar en justicia y ver cómo florece una nueva vida; esa fue mi sensación cuando la familia kurda que habíamos acogido en nuestro monasterio, pudo regresar a Alemania después de que Polonia entrara en la Unión Europea. Pero no por la sensación de haber alcanzado un triunfo, sino porque una familia había podido sobrevivir y tener por fin un futuro estable. Justicia es dar a cada uno lo suyo, meterse en la piel de los demás, dar a cada persona lo que necesita para poder desarrollar su vida.

Cuando reina la injusticia no hay libertad y, por tanto, tampoco felicidad. Aunque, por otro lado, las condiciones justas tampoco dan lugar necesariamente a la felicidad. Existe una justicia gélida, como existe también la injusticia estructural, cuando se agota y se explota a las personas hasta el punto de que no son capaces de sobrevivir.

La justicia necesita ser puesta en práctica. Es importante exigir justicia, pero también lo es proceder de manera justa, sin que nadie nos obligue.

Nuevas injusticias

Las estructuras injustas crean nuevas injusticias. Una mirada a Palestina o a las

favelas de Latinoamérica nos lo muestra claramente. Pero permaneciendo en nuestro país, podemos ver un ejemplo actual: los sueldos de los ejecutivos. Los presidentes de los consejos de administración exigen sueldos muy altos, incluso después de haber arruinado la compañía. Los gerentes de los bancos reclaman sus altas pagas de beneficios, según sus contratos, aun cuando las condiciones económicas de la empresa aconsejen lo contrario. Aquí no se trata solo de preguntarse por la justa medida sino también por la justicia estructural. Unos se empobrecen y otros no saben ya qué hacer con tanto dinero. En principio estoy en contra de la intervención sistemática del Estado en estas situaciones. Tomando el ejemplo de los bancos, esto presupondría un sentido de responsabilidad para introducir controles y someterse a las reglas que se dieran. Someterse a un control externo sería un testimonio de pobreza por parte de la élite directiva que, evidentemente, no es capaz de controlarse a sí misma y de percibir la situación de otros, a los que cada vez les va peor económicamente.

Otro ejemplo: el salario mínimo. Yo creo que es innecesario. Todos deberían recibir un salario justo. Existen sin embargo personas a las que se les paga menos de lo que les corresponde, al que el salario mínimo intenta contrarrestar. En realidad es un certificado de pobreza para una economía que no es capaz de regularse a sí misma.

Estas regulaciones impuestas desde fuera, limitan la libertad. La justicia depende también de la voluntad estrictamente personal de los encargados de actuar de modo justo. Evidentemente se espera mucho de ellos como individuos.

No es que quiera echar una reprimenda a los empresarios en general. Porque ha habido, y no solo en el pasado, empresarios como Krupp y Siemens que, llevados por un impulso social, actuaron con mucha responsabilidad pagando pensiones, etc... Pero si, como es habitual hoy en día, solo se trata de tener ganancias rápidas, transferirlas eludiendo los impuestos y si no amenazar con la deslocalización en el extranjero, entonces tengo un buen motivo para decir: "Idos en paz, no os necesitamos". Que la empresa florezca o no depende naturalmente y en buena medida de la habilidad de los gestores. Pero, para vergüenza de este estamento, hay algunos que se comportan de manera indecente, llevando a la ruina a grandes empresas, embolsándose decenas de millones y eludiendo toda culpa. Pero ¿quién va a premiar a un capitán responsable del naufragio del barco? Los gestores que no asumen su responsabilidad y que siempre caen de pie ponen en peligro la paz social de una sociedad y faltan a la justicia.

Mientras tanto las transacciones dudosas continúan como siempre. Se sigue engañando a la gente y de lo que se trata es de embolsarse tanto dinero como sea posible.

Por supuesto que no podemos negar que las personas que ocupan puestos directivos y empeñativos necesitan más dinero para mantener su estilo de vida que otros que a las cinco de la tarde terminan su jornada laboral. Un directivo que está ocupado día y noche debe disponer de más dinero. El presidente del Deutsche Bank puede disponer, desde luego, de un avión privado y no hay motivo para tenerle envidia. Diferentes puestos de responsabilidad precisan de estilos de vida diferentes y las personas sometidas a grandes exigencias también tienen derecho a poder respirar libremente. Sin un avión privado no podrían cumplir sus obligaciones en la fecha prevista. Pero solamente cuando yo pueda

decir: tengo tanto, y no necesito *nada más*, es cuando podré considerarme dichoso. Porque solo entonces no dependeré de nada. Solo entonces no seré presionado ni dominado por el miedo o la codicia. Solo la libertad hace feliz.

Estas personas pensarían distinto si, como aconseja san Benito a sus monjes, vivieran teniendo presente la muerte y consideraran que todo lo tenemos prestado. Entonces nuestra sociedad presentaría otro aspecto. La felicidad pide libertad y responsabilidad. Incluso un banquero millonario solo será feliz cuando pueda decir que realmente no necesita más. Naturalmente que la propiedad no es algo malo. Quien mucho tiene, puede hacer mucho bien. Pero solo la moderación personal conduce a la libertad.

Esta posición no está en absoluto en contradicción con mi convencimiento de que los desempleados de larga duración que reciben subvenciones estatales tienen la responsabilidad de hacer lo posible por encontrar empleo. Pensar socialmente significa proporcionar a la persona las condiciones para que se mantenga por sí misma. La ayuda debería darse solamente a aquellos que no pueden conseguirlo, lo que podría significar que creciera la cantidad de subvenciones. Pero la mayor preocupación debe ser que cada uno tenga la libertad de mantenerse a sí mismo. También esto forma parte de la justicia y de la felicidad personal.

Mayor que nuestro pequeño círculo de intereses

Algunos opinan irónicamente que la humanidad se puede dividir en dos grupos: los “justos”, es decir, los buenos, y los “injustos”, es decir, los malos; naturalmente, esta clasificación la realizan los “presuntuosos”.

El presuntuoso quiere aparecer siempre como el mejor, ponerse en el centro y desde ahí juzgar al mundo. Sus relaciones están determinadas por el estereotipo de que la culpa es siempre del otro. La verdadera justicia, por el contrario, prescinde de uno mismo y mira hacia el mundo tal como es. Siempre se coloca en relación con los demás y saca como consecuencia algo que es obvio: estamos integrados en una comunidad humana y la realidad es más grande que nuestro pequeño círculo de intereses.

Es sorprendente ver lo fino y elemental que es el sentimiento de justicia de los niños. Los hijos de una familia amiga, que son unos entusiastas del fútbol, en el último campeonato del mundo, perdieron el interés por el juego de los equipos alemanes cuando en un partido contra Inglaterra no se le concedió a esta última un gol que era evidente. Ya no quisieron ver la continuación de la emisión, aunque “su” equipo iba ganando. Los niños perciben intuitivamente cuando algo no cuadra.

Esto también puede liberar energía positiva. Hace poco tiempo vi el informe anual de las alumnas de la Impulsschule de Wurmsbach, un colegio femenino de monjas en Suiza. Las chicas, de edades comprendidas entre los once y los diecisiete años, habían reflexionado sobre la felicidad, el sentido de la vida y la vida justa. En particular, una alumna se había ocupado durante la Cuaresma del tema “niños de la calle”; después escribió una historia sobre una niña de trece años. En la introducción a su texto decía:

Mientras escribo esta historia, me avergüenzo de ser una niña suiza consentida que tiene de todo y rara vez tiene que luchar por algo. ¿Por qué soy yo una privilegiada y no tengo que luchar por mi sustento? ¿Por qué tengo tanta suerte, sin casi ningún mérito?

Aquí la justicia se expresa como sentido de la justicia. La justicia, junto con la comunidad y el amor, es uno de los ideales fundamentales que piden una exigencia absoluta y por esto están anclados emocionalmente. La sensibilidad hacia la justicia supera el pequeño mundo propio y se dirige a la totalidad. La justicia permanece como un ideal que nos desafía durante toda nuestra vida. Los jóvenes deben aprender con el tiempo, y a menudo con sufrimiento, que la justicia no se puede perseguir como valor absoluto. Se puede luchar por la justicia, pero para ello no se puede “caminar sobre cadáveres” o recurrir al terrorismo. Que exista también esta forma de actuar, no habla en contra de la idea de la justicia. No hay que hacer a las ideas responsables de que haya fanáticos que crean en ellas.

No existe un derecho absoluto

Oskar Schindler, que salvó la vida a millares de judíos y que ha sido nombrado por los judíos “Justo entre las naciones”, es un ejemplo de que las cosas no aparecen tan definidas: vividor, sibarita y timador, hacía sucios negocios con los nazis hasta que en un determinado momento reconoció lo que debía hacer como ser humano. En la vida, las líneas de separación entre lo bueno y lo malo, entre lo recto y lo que no lo es del todo no transcurren tan nítidas. Las personas no hemos sido hechas según un modelo negro-blanco.

Las personas pueden cambiar y no siempre para bien. La novela de Heinrich von Kleist *Michael Kohlhaas* es un ejemplo típico de esta posibilidad. La historia muestra con qué rapidez la búsqueda de la justicia puede desaparecer. El tratante de caballos Kohlhaas, un hombre honrado que había sufrido una injusticia, no consigue que las instancias estatales le reconozcan su derecho. Se siente rechazado e intenta mediante una rebelión abierta lograr una satisfacción, pasando de ser un hombre honrado a convertirse en un despiadado asesino pirómano, traicionando con ello la virtud que anteriormente le distinguía.

No se puede establecer un derecho absoluto basándose en la historia. Si así fuera, los indios tendrían derecho a adueñarse de Norteamérica; los bávaros tendrían derecho a reclamar los impuestos pagados a los gobiernos sucesores de los antiguos romanos, es decir al estado italiano, y los alemanes podrían apropiarse nuevamente de Silesia y Prusia oriental. Cuando hablo con los africanos sobre el tema del colonialismo les digo: “Los romanos colonizaron Baviera, pero, mirado con la perspectiva de los siglos, esto no ha sido tan malo, ya que nos han proporcionado estructuras que todavía hoy nos aportan beneficios. Construyeron baños, trajeron la vid, crearon caminos por los que todavía hoy transitamos. Yo mismo he conducido en África por carreteras construidas por los alemanes antes de la Primera Guerra Mundial”. Es verdad que lo dicho anteriormente no cambia nada de las injusticias cometidas por la colonización.

Pero, precisamente por ello, no se puede estar continuamente replanteando el Derecho Internacional. En algún momento se necesita establecer un nuevo punto de partida para poder vivir. Solo de esta forma ha sido posible, después de la Segunda Guerra Mundial, la reconciliación con los polacos o la integración de la República Federal Alemana en la Europa occidental. Solo así es posible, en última instancia, la reconciliación, sea a gran escala, como en la política, o en pequeña escala, como en el matrimonio. En algún momento hay que establecer el punto en el que se diga: no miremos más al pasado, sino hacia adelante, y volvamos a crear nuevas relaciones entre nosotros.

Los zulús tienen su propio rito para estas situaciones. Cuando ha tenido lugar un agravio serio entre dos clanes, un robo de ganado o incluso un asesinato, para que no se convierta en una escalada de delitos, se juntan las familias, discuten el hecho y llegan a un acuerdo pacífico. Entonces se trae agua y todos se lavan las manos. Después nadie está autorizado a hablar de ello.

Como hay tanta injusticia en la historia de la humanidad, la restauración de la justicia plena sería hoy, posiblemente, una nueva catástrofe. *Fiat justitia, pereat mundus*: la justicia a cualquier precio, sería la perdición. *Pereat justitia, fiat mundus*: tiene que desaparecer mucha justicia falsa para que el mundo siga existiendo.

No hay justicia sin misericordia

La justicia sin misericordia es crueldad, dice Tomás de Aquino. ¿Qué significa esto concretamente? Tomemos como ejemplo el debate sobre los abusos a menores en Alemania. La discusión se ha llevado demasiado al terreno emocional, en lugar de afirmar alto y claro lo que para un cristiano se da por supuesto: que un pecador, un gran pecador, incluso el peor, puede esperar el perdón de Dios. Naturalmente esto presupone el examen de la propia conciencia, la conversión, el arrepentimiento y la reparación. Y desde luego esto no es una trivialización o la aprobación de un delito. Lo primordial es que nunca puede ser un cheque en blanco para que todo quede escondido debajo del colchón y no cambie nada.

En cierta ocasión, incluso un cardenal pidió “proceder sin piedad”. Para evitar cualquier malentendido, hay que decir que ser misericordioso no equivale a tolerar sin discriminación y que el principio “tolerancia cero” no debe significar “sin piedad”. Para mí está claro que un hermano de congregación, aunque sea culpable, sigue siendo un hermano. ¿Cómo me debo comportar con un hermano que ha pecado gravemente? No puedo sencillamente expulsarlo pero es claro que tampoco puede permanecer en su puesto. En la vida pública las cosas son diferentes a una comunidad en la que la convivencia se parece más bien a una familia. Yo no puedo echar de casa a un hijo dependiente de las drogas, y decirle: “No quiero saber nunca nada más de ti” porque sigue siendo mi hijo. Naturalmente que no se puede tratar a un hijo que tiene una adicción peligrosa con comprensión transigente. Precisamente porque lo amamos debemos impulsarle sin descanso a buscar una terapia. Pero sigue siendo mi hijo. Por eso

debo insistir. Si no le diría: “¡Chico, mira a ver cómo puedes salir de esto!”. La fría indiferencia no es nunca una solución porque no tiene en cuenta la necesidad del otro. Es verdad que san Benito aconseja al abad cortar por lo sano los errores tan pronto como aparezcan, pero añade significativamente, “con amor” y “adaptándose a cada uno” (RSB. 2).

Atemperar la justicia con misericordia

La verdadera justicia exige la evaluación inteligente de la siempre cambiante realidad – flexibilidad– y no la rígida y muda interpretación literal de la ley.

Cuando en 2008, Christian Klar, terrorista de una fracción del grupo alemán Ejército Rojo, fue indultado e iba a ser puesto en libertad, se alzó públicamente una ola de indignación. Yo entonces sostuve el siguiente punto de vista: hay que darle la libertad para que tenga la oportunidad de reconstruir su vida. Si esto funciona o no, todavía no está claro, pero, en mi opinión, éste es un aspecto muy importante. Incluso el mayor pecador debe tener la posibilidad de un nuevo comienzo. Con ello no se justifica el pasado, ni se niega la injusticia cometida. Justamente cuando nuestro clemencia es cuando la injusticia es reconocida como tal. Al mismo tiempo que decimos: “Si procediésemos según la ley, no tendrías ninguna oportunidad, pero como tú, como persona humana, eres para mí un ser valioso, dejo a un lado la aplicación literal de la ley”. También en este caso se trata de la salvación de la persona. “Atemperar la justicia con misericordia” significa que nuestra preocupación debe ser la persona, sobre todo cuando la aplicación legítima de la ley conduciría a la muerte del sentido de la humanidad.

En el ámbito penal no es inútil la institución del jurado. Se trata de personas no expertas en derecho que, juntamente con los jueces, intentan una valoración apropiada de un hecho. La búsqueda conjunta para impartir una sentencia verdaderamente justa demuestra que no se trata de una simple aplicación de la ley. El juez, cuando determina la sanción, puede establecer la medida de la pena según distintos criterios, de forma que se haga verdadera justicia a la persona concreta. Puede imponer la pena máxima, pero también puede tener en cuenta que, si el condenado permanece en la cárcel mucho tiempo, cuando salga ya no podrá vivir y apenas podrá crearse una nueva existencia.

El perdón promueve la justicia

Dag Hammarskjöld, que como secretario general de las Naciones Unidas siempre trabajó por el acuerdo y la reconciliación, la paz y la justicia, y que a la vez era un místico, dijo una vez: “¿Perdonarse a uno mismo? No, eso no funciona. Solo podemos creer en el perdón, si nosotros perdonamos”. Quien perdona se salva a sí mismo; podríamos decir que es un efecto colateral. Quien promueve la justicia, perdonando y posibilitando de esta forma un nuevo comienzo, se libera a sí mismo de una carga. Nada transforma tanto la relación con los demás hacia lo positivo, nada cambia tanto la faz del

mundo hacia la felicidad, como el perdón. Quien perdona se libera del enredo con el pasado, corta las ataduras. La injusticia se reconoce como injusticia, pero no dejamos que nos siga esclavizando.

En última instancia solo Dios puede ejercer la justicia perfecta. Pienso en Ruanda, donde las terribles matanzas entre hutus y tutsis ocasionaron una catástrofe sin igual. En la actualidad se está llevando a cabo allí una política de reconciliación. Los afectados, víctimas y verdugos, intentan superar el pasado; tienen a la vista la verdad sin cambiarla ni ocultarla. También Sudáfrica ha recorrido un camino similar para superar su pasado, mediante el establecimiento de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación. Algo comparable tuvo lugar también en los países sudamericanos, durante la transición de las dictaduras a estados democráticos. La idea que subyace detrás es la siguiente: los tribunales de justicia animan a las personas a negar su culpabilidad. La Comisión de la Verdad, por el contrario, les invita a decir la verdad. En los tribunales, los culpables son castigados, en la Comisión de la Verdad, los arrepentidos son recompensados.

Problemas de este tipo no existen solamente en la lejana África o en Latinoamérica. En cierta ocasión estuve hablando largamente con el hijo de Siegfried Buback, asesinado por miembros de la RAF, que quería saber a todo trance quién había asesinado a su padre; además esperaba que los terroristas de entonces se disculparan o pidieran perdón. Puedo entenderlo, pero, en una mesa redonda pública, le dije: “Sería magnífico que lo hicieran, pero si lo conviertes en una condición imprescindible, tampoco tú, como hijo, te sentirás libre”.

Aunque *yo* no pueda perdonar incondicionalmente, Dios sí lo hace. Esto es decisivo incluso para los delincuentes. Dios crea un nuevo camino por el que puedo escapar de mi pasado. Puedo también arrepentirme de las culpas que he cometido y dejar atrás el pasado que deja su cicatriz. La injusticia existe y podemos ponerle nombre, pero no me dejo esclavizar eternamente por lo que fue injusto.

La justicia necesita templanza

Las virtudes cardinales están entrelazadas entre sí. Y también la justicia, para ser verdaderamente justa, necesita de la templanza y del discernimiento prudente. San Benito llama a la *discretio*, la madre de todas las virtudes, y la enumera entre los deberes particulares del abad:

En sus mismas disposiciones sea previsor y prudente y, ya deba decidir sobre cosas de Dios o asuntos humanos, discierna y sea moderado, pensando en la prudencia del santo Jacob que decía: Si fatigo mis rebaños haciéndoles caminar más, morirán todos en un solo día [RSB. 64,17-18].

La prudencia en la relación con las personas requiere preguntarse: ¿Hasta dónde puedo exigir al otro? ¿Hasta dónde lo puedo espiar? ¿Qué será lo adecuado para él? San Benito, después de referirse al personaje bíblico Jacob, prosigue:

Recordando, pues, estos y otros testimonios de la prudencia, que es la madre de todas las virtudes, disponga las cosas de tal modo que las acepten los aventajados y no se desanimen los débiles [RSB.

La justicia, por tanto, no es algo abstracto. No es algo que se pueda realizar por su propia virtud (en ese caso, se trataría de una justicia que se atendería a la letra de la ley). La verdadera justicia se refiere siempre al bien del otro o al bien común, en todo caso, a la persona.

¿Quién es justo?

En sentido bíblico es justo aquel que sirve para la salvación de otros. Y al decir salvación no se debe pensar, de ninguna manera, solamente en la salvación eterna. El prototipo de tal justo tampoco es el fiscal.

Evocando la historia de Salomón, Bertolt Brecht describe un juicio salomónico en *El círculo de tiza caucasiano* en donde dos mujeres luchan por un niño. El juez no llega al conocimiento de lo “justo” aplicando el código penal. Se fía de su intuición, pone al niño dentro de un círculo de tiza y ordena que las dos mujeres intenten, al mismo tiempo, traer el niño hacia sí (queriendo decir: “la madre verdadera tendrá la fuerza de sacar a su niño del círculo”). La una tira violentamente del niño hacia sí y la otra lo deja ir llena de pena. Esta es la “verdadera madre”. El conocimiento psicológico puso de manifiesto la verdad, e hizo posible una decisión correcta.

En las dictaduras hay siempre personas que ponen su vida en juego por los demás. No solo los héroes que aparecen en los libros de historia son los que se comprometieron con la justicia. En el tiempo del nazismo hubo gente muy sencilla que ocultó a conciudadanos judíos. También personas como Dom Helder Camara o el obispo Óscar Romero son para mí este tipo de justos porque se comprometieron con los derechos de los pobres y se opusieron a la violencia y a la opresión empeñando en ello su vida. También forman parte de este grupo todos los políticos de la postguerra que, como Robert Schuman, Alcide de Gasperi y Konrad Adenauer, tuvieron la idea de una Europa unida, de forma que nunca más hubiera en ella una guerra. Este tipo de justos son gente pragmática y objetiva que trabaja de manera constante a fin de hacer realidad lo que es justo para ellos, que generan justicia.

Cuando Jesús dice: “Felices los que tienen hambre y sed de justicia”, los que son considerados felices piensan en algo universal, algo que no tiene nada que ver con la voluntad de mejorar el propio nivel de vida. Cuando alguien se preocupa por los demás, no tiene que pavonearse de ser justo. Felicidad es también, por ejemplo, ayudar a los bomberos como voluntario para salvar del fuego un inmueble.

No son pocas las personas que se comportan con justicia en “pequeña” escala. Por ejemplo, los pequeños y medianos empresarios, que en tiempos de necesidad renuncian al beneficio y llevan adelante la empresa con la esperanza de que les irá mejor algún día, pero sin despidos, para no poner en peligro vidas condenando a la desgracia a familias enteras. Podríamos poner muchos otros ejemplos, incluso allí donde no se esperan.

Cuando Séneca dice que es feliz el que está libre de deseos interiores, yo añadiría que esto no basta, que se necesita un poco más. La felicidad humana auténtica consiste en la

solidaridad, y en ayudar al otro a alcanzar su propia justicia y una vida plena.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia

La mera búsqueda de la justicia puede dar sentido a nuestra actuación porque ofrece una dirección y una motivación que sostiene la vida. El evangelio afina aún más la petición de felicidad. En el Sermón de la Montaña la encontramos en una de las Bienaventuranzas: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mt 5,6). En Lucas, la bienaventuranza de los hambrientos se refiere también a los que tienen hambre física. En Mateo se introdujo la frase “de justicia”, y así se presenta la prometida felicidad en un contexto más amplio. Se trata del hambre que tienen los pobres y afligidos de un orden salvífico global, que Dios mismo establecerá. No se trata por tanto aquí de la justicia legal sino que está sustentada en el anhelo de salvación. En el fondo están las experiencias del caminar por el desierto, también el don del maná y el agua de la roca, que indican la salvación futura. Satisfacer el hambre y la sed forma parte de la esperanza de Israel. Esta esperanza se aplica también, en el Antiguo Testamento, al deseo de la Palabra de Dios y de la Sabiduría. La expresión “justicia”, elegida por Mateo, asocia la salvación regalada por Dios con el comportamiento requerido a las personas. Desde un punto de vista teológico está claro que ser injusto es pecado y que la justicia no se reduce a la simple observancia de las leyes. La justicia debe aspirar a la salvación de la persona, al auténtico derecho.

El anhelo de esta justicia es muy grande. La crueldad, la violencia, la impotencia y el deseo de poder, la injusticia escandalosa, determinan muchas veces nuestro mundo. La falsa ambición de poder genera injusticia. Según la Biblia, esta hambre y sed de justicia hay que referirla a la situación mundial. Pero la justicia universal no puede ser obra humana y, sin embargo, sigue siendo un objetivo que merece todo esfuerzo. Está claro que ni con el mayor esfuerzo podría alcanzarse la paz universal en el mundo pero aquí, donde yo estoy, puedo mejorarla, por lo menos un poco de tiempo. Yo no soy responsable del mundo entero, sino de mi entorno, pero implicarse en una lucha con ese fin, puede producir satisfacción.

Jesús prometió a los que luchan por la justicia que serían saciados. Con ello quería decir que su anhelo sería satisfecho. No se trata de una saciedad que nos vuelva lentos y perezosos, sino de una satisfacción auténtica.

Gregorio de Nisa, el gran doctor de la Iglesia del siglo IV, dijo sobre esto:

Esta saciedad no produce una reducción sino un aumento del deseo, que crece en la medida en que crece la otra. También la búsqueda de la justicia es una invitación a una vida feliz. Y, aunque el hambre de justicia nunca podrá ser saciada del todo en esta tierra, el anhelo de ella tiene el horizonte de su plenitud en la eternidad.

LA PRUDENCIA*

Dice un refrán que “la estupidez crece, cuando los inteligentes ceden”. También hay otro que opina que “si los listos cedieran siempre, el mundo estaría dominado por tontos”. ¿Por qué no puedo utilizar mi inteligencia y mi capacidad en mi propio interés?

Ser prudente no significa dejar de lado los propios intereses sino, más bien, mirar y valorar las cosas en su complejidad. Cuando al final de una negociación nadie tiene la sensación de haber sido engañado, estamos ante un resultado prudente. De todos modos ¿puede alguien ser realmente feliz si no atiende a lo que ocurre en su entorno?

Un fin del mundo tras otro

Nuestra sociedad está infectada de histeria, y esta es una infección peligrosa porque está determinada por el miedo que oscurece la realidad y avanza sobre todo lo que significa prudencia, con la violencia destructora de un tsunami. ¡Cuánta histeria hemos sufrido últimamente! Vamos en directo de un pánico a otro. Por ejemplo, la histeria de la gripe aviar; bastaba con que alguien tosiera en México, incluso antes de saber de qué se trataba, para que se difundiera el terror entre nosotros como si fuera el trueno más terrorífico. Parece particularmente peligroso aquello que no se puede ver o escuchar, sentir o gustar, o por lo menos, no se puede imaginar correctamente. Un médico jubilado de la sanidad pública profetizó entonces que en el 2009-2010 habría más de 35000 muertos. ¡Y esto solo en Alemania! Vimos por televisión cómo debíamos sonarnos la nariz y lavarnos las manos. Se prepararon vacunas para cincuenta millones de personas con lo que la industria farmacéutica hizo el negocio del siglo. E incluso en las iglesias se advirtió que no se introdujeran los dedos en la pila de agua bendita y no se diera la mano en el gesto de la paz.

La globalización también globaliza las histerias. Cuando la nube de ceniza, producida por el volcán islandés Eyjafjallajökull paralizó el tráfico aéreo, todo el mundo se volvió desconfiado rápidamente y a todos los niveles, sin esperar a que se realizasen ensayos seguros, imaginándose de pronto que una gigantesca nube de humo precipitaría a los aviones hacia tierra. Y no hablamos del resto: muerte de bosques, enfermedad de las vacas locas, terrorismo, crisis financiera, cambio climático, miedo a los extranjeros; un fin del mundo después de otro. Apenas comienza el verano, ya se empieza a hablar de un “verano catastrófico”. Las olas avanzan hacia nosotros en intervalos cada vez más

cortos. Los seguros de enfermedad registran un aumento por trastornos de ansiedad. Aseguradores, astrólogos, demagogos y populistas aprovechan la coyuntura para sacar beneficios. Lo catastrófico se aplica a todo: parece que necesitamos estas histerias colectivas porque de otra forma no tenemos una identidad común.

En estas situaciones ayuda la virtud de la prudencia, es decir, informarse y permanecer sereno. Desarrollar la capacidad de discernir y la fuerza intelectual para ver, con total objetividad, no solo un aspecto sino el panorama general, posibilita y fortalece el ánimo para contraponerse al miedo colectivo.

Liberarse de consecuencias emocionales como el miedo, mediante la capacidad de tomar distancia, es un requisito previo a la virtud de la prudencia. La prudencia pregunta: ¿Qué es importante? ¿Qué es lo realmente cierto? La persona puede superar el miedo al futuro y la susceptibilidad a la histeria si adquiere una formación intelectual adecuada, práctica y también ética. Solo esta formación le capacita para tomar la vida en sus propias manos, afrontar los problemas con serenidad y autonomía, asumiendo la responsabilidad por los otros.

Más que astucia

Hoy se habla mucho sobre el hecho de que el presupuesto para hacer frente al futuro reside en una formación específica, pero con frecuencia pensamos solo en la formación inicial. Tanto la inicial como la permanente son importantes, sin duda, pero la educación debe abarcar a toda la persona. El objetivo último de la educación es capacitar a las personas para que puedan forjar su propio futuro y asumir responsabilidades. Ser competente para afrontar el futuro significa que los jóvenes puedan tomar en sus manos responsablemente su propia vida, y a la vez corresponsablemente, es decir, que tengan en cuenta los intereses de la comunidad.

En primer lugar es importante que enseñemos a los jóvenes a pensar de un modo autónomo y crítico, a reflexionar sobre las cosas y sobre ellos mismos. Para esto no hay ningún método infalible. ¿Cómo hemos aprendido nosotros? Nosotros leímos los *Diálogos* de Platón y descubrimos el “método socrático”, el cual, mediante el diálogo, la crítica y la pregunta esclarece conceptos, como la justicia o el eros, yendo hasta el fondo de las cosas. Esto no se consigue sin esfuerzo, aunque solo sea en un primer momento; el esfuerzo de captar el concepto. Es un proceso que se prepara, pero que también debe crecer. Pensar, discernir, indagar, analizar, es algo distinto a estudiar de memoria.

Otra dimensión de la formación exitosa es la competencia ética y la capacidad de ponerse en el lugar de otras personas, darse cuenta de su valor y de sus necesidades, entenderse a uno mismo como parte de un todo más grande, sobre el que se tiene responsabilidad. En la crisis del mercado financiero la falta de conocimientos no es lo que ha actuado de forma destructiva, sino la carencia de competencia ética y de disciplina. Deslumbrados por el éxito financiero a corto plazo, gestores financieros y banqueros aparentemente astutos, perdieron la orientación, y con ello no solo hundieron su propio sistema sino que destruyeron la existencia de muchos.

Los valores no se pueden imponer, ni siquiera se pueden enseñar. Solo son creíbles cuando se experimentan ya sea en casa, en la escuela o en cualquier otro lugar. Quien busca la virtud de la prudencia debe preguntarse: ¿Cómo llegar a ser una persona responsable y corresponsable, cómo alcanzar la competencia humana y de carácter? En el Nuevo Testamento se dice: “¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?” (Mt 16,26). La prudencia es la capacidad de descubrir lo que es posible aquí y ahora, y también lo que es beneficioso para la libertad en el futuro. Necesitamos por tanto una visión de futuro, que ponga en el centro a la persona y no el beneficio económico, y mantenga la libertad de conciencia. Trabajar juntos como personas por un futuro humano, en el que seamos y permanezcamos libres es, creo yo, la mejor sostenibilidad de la que nos tenemos que ocupar. Es sobre este terreno, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, donde crece la virtud de la prudencia.

El conocimiento aplicado al bien

¡Qué sensación tan buena se produce cuando resolvemos creativamente un problema! Un ejemplo muy sencillo: la alcachofa de mi ducha se atascó. Mi primera reacción fue tirarla, pero después tuve una inspiración; enderecé un clip de alambre y fui limpiando los agujeros llenos de cal. Para definir la sensación que experimenté no hay que ir tan lejos como santo Tomás, que dijo que el conocimiento que adquirimos aquí en la tierra es una forma temporal del conocimiento definitivo en el cielo. ¡Pero la verdad es que fue genial!

La prudencia como virtud es sin embargo algo más. Podemos llegar a ella mediante razonamiento y reflexión, pero es decisivo tomar distancia, no dejarse atrapar por la primera impresión ni tampoco por emociones espontáneas, sino ponderarlo con tranquilidad. Solo así se puede actuar de manera prudente.

Por ejemplo, quien quiera entrar en un monasterio tiene que considerar si puede resistir las exigencias de la vida monástica y si está en situación de mantener los votos. Clarificarse si es una decisión buena y prudente tiene que ver naturalmente con las posibilidades intelectuales, con la capacidad de discernir y repensar ciertas cosas. Esto requiere considerar las posibles circunstancias y contemplar la decisión desde todos los puntos de vista. Pero al mismo tiempo, esto es más que una capacidad intelectual. La prudencia presupone que yo he reflexionado ya sobre muchas cosas.

Para ilustrar esta referencia práctica, se podría decir que la prudencia es el conocimiento orientado al bien. Esta definición añade al conocimiento una componente ética, que repercute en decisiones muy concretas. Esto es lo que significa saber ponderar. ¿Hasta dónde puedo llegar? ¿Qué puedo permitirme a mí mismo y a los demás? Por ejemplo en educación: ¿Puedo o debo dar a los niños todos sus caprichos? ¿Dónde debo poner los límites? ¿Cómo puedo inculcarles que es bueno retrasar la satisfacción de un deseo, que no puedo tener todo en el momento en que me apetezca?

Otro ejemplo. Existen distintas posibilidades de cumplir con la agenda; yo mismo soy en esto con frecuencia inconsecuente. Si una persona necesita algo de mí, entonces dejo a un lado todas las citas previstas. Esto puede parecer poco prudente, pero si quiero

servir a los demás, hay otros aspectos que son más importantes que mantener mi agenda. Desde ahora puedo decir que, si concierto para mañana cuatro entrevistas, cada una durará más de lo planificado. Tenerlo en cuenta es una señal de prudencia.

La prudencia por tanto es también una actitud en las relaciones que afecta al comportamiento interpersonal. Se refiere principalmente (no exclusivamente) a la comprensión de las situaciones, no de forma intelectual, sino analizando la vida cotidiana y sus problemas concretos. No se necesita tener un diploma de escuela secundaria, para encontrar la respuesta adecuada. Hay muchos artesanos inteligentes que captan las situaciones con claridad y que son capaces de decir rápidamente: “esto no tiene sentido”. Son personas normales, sencillas, que tienen sus principios.

Yo definiría como lista a la persona que puede dominar las cosas, engañar a los otros y jugar en su propio beneficio. El prudente no se deja engañar, pero tampoco corre tras la primera información sino que se para a repensarla. Tiene a la vista la totalidad, tanto para ese momento como para el futuro. Aunque prescinde del propio egoísmo, no por eso es tonto. Considera las consecuencias y ve lo que puede venir. Se pregunta qué es lo razonable. Ser prudente no es negar o dejar de lado los propios intereses. La responsabilidad necesita el arte de la ponderación entre el propio provecho y el provecho de los demás. Según mi experiencia, lo mejor es que, al final de una negociación, nadie tenga la sensación de haber sido engañado. Cuando pienso, por ejemplo, en las difíciles negociaciones sobre la construcción de un hospital en China, financiado por nosotros, llego a la conclusión de que, al final, los chinos tuvieron su hospital y yo tuve la garantía de un contrato y el reconocimiento de una institución eclesial por parte del Partido Comunista. Los dos quedamos contentos.

La prudencia puede poner en relación unas cosas con otras.

Necesitaríamos muchas personas que tuvieran estas habilidades.

Personas que transmiten claridad

De igual forma que se está más a gusto con personas amables que con las que transmiten agresividad o confusión y oscuridad, también se está mejor con personas que transmiten claridad.

Cuando pienso en modelos o en personas a quienes les pondría el adjetivo de “prudente”, me acuerdo siempre de mi antiguo prior y pienso, por ejemplo, en la situación en que le puso un novicio psíquicamente inestable, que entró en su habitación y lo increpó enfurecido. En su excitación se dirigió a la repisa de la ventana, cogió una maceta de un cactus florido y se lo lanzó a los pies. Luego, volvió en sí por el ruido y dijo: “Padre prior, ¿qué debo hacer ahora?”. A lo que el prior contestó sosegadamente: “¡Las maletas!”. Nada más; solo estas dos palabras. Esto es prudencia. Con ello le decía: no necesitamos discutir y tampoco debemos excitarnos. De esta forma se aclaró la situación.

En otra situación distinta lo tuvo también igualmente claro. No prolongó el periodo de prueba a un novicio que había cometido algunos deslices, al cual yo quería, sin embargo,

dar otra oportunidad. Entonces me dijo: “Básicamente no estaría en contra, por simpatía hacia la persona de que se trata. Pero si ya en el periodo de prueba, cuando es consciente de que tiene que poner el máximo empeño, tiene tales deslices en cosas pequeñas, ¿qué pasará cuando esté comprometido del todo y sea uno de nosotros? No tendrá la fuerza psicológica para dominarse continuamente”.

Ver las cosas de manera sensata, abordarlas claramente y actuar con calma: a esto se le llama capacidad de juicio y de previsión, y de tomar una decisión prudente basada en la propia experiencia de vida. El hecho de que, según él, era mejor “perderle”, no tenía nada de intransigente, ni estaba dictado por la exigencia de una norma idealista y ajena a la realidad. Estoy muy contento de haber “perdido” en aquella ocasión.

Es importante tener en cuenta que las personas a lo largo de su vida permanecen fieles a sí mismas y que, en general, su carácter no cambia. Es verdad que las personas pueden cambiar y es propio de individuos inteligentes cambiar su percepción de la realidad. Por ejemplo, Tomás de Aquino, uno de los más grandes eruditos que escribió sobre Dios las cosas más profundas y llenas de sentido, parece que dijo al final de su vida que todo lo que había escrito le parecía paja comparado con lo que Dios le había revelado.

Forma parte de la sabiduría de la vida entender cada vez mejor cuánto se relativizan las cosas a lo largo de una vida, qué poco importantes son los asuntos de este mundo e incluso nosotros mismos. Es muy importante comprender que, aunque yo siga mi camino, tenga una tarea y asuma una responsabilidad, en último término, todo esto no depende de mí. La sabiduría de la vida consiste en encuadrar de esa manera las cosas y relativizarlas lo que es algo más y algo distinto a la prudencia, aunque con humor las dos pueden ir juntas.

Con ayuda del humor

Quien es prudente toma distancia y de ahí nace el humor. El humor puede ser, incluso, una actitud: no permanecer fijo en una idea si veo que algunas cosas no van; *non quadrant* como se dice en latín. Algunas definiciones de inteligencia están llenas de humor: “La ventaja de la inteligencia frente a la estupidez es que un inteligente puede hacerse el tonto. Al contrario es más difícil”. A veces, frente a un fanfarrón hueco, frente a la hipocresía y también frente a una determinada mezcla de devoción y aldeanismo, solo ayuda la exageración irónica de esta misma mezcla para aclarar lo que no cuadra.

Yo siempre he tratado de huir de la gente que me parece hipócrita, que se muestra muy devota o que alardea de la virtud de la devoción o de la humildad. Un hermano de comunidad muy anciano, nuestro procurador general en Roma, mucho antes de los ordenadores, me pidió un día un típex. Le di dos o tres tiras. Un poco más tarde vino diciéndome que no sabía qué había hecho con ellas por lo que le di un paquete entero. Él, que actuaba siempre de forma modesta y que quería ser muy pobre, dijo: “¡No puedo llevarme todo!”. Entonces yo le dije: “Bueno, tampoco es mío...”. Él sonrió con ironía y comprendió.

Tampoco los monjes benedictinos están libres de tentaciones irracionales y de emociones exageradas. Un ejemplo: a veces yo llevaba en coche al padre Engelbert que ya había cumplido ochenta años. En una ocasión volvíamos a Roma y estábamos en medio del tráfico romano. Había llovido, el tráfico era muy denso y teníamos que ir parando continuamente ante los semáforos. Nada más ponerse rojo, como no había tráfico en el sentido contrario, quería que saliese de la fila y fuese por ese carril. Pero enseguida empezaban a pasar coches por lo que si hubiera hecho tal maniobra, los hubiera bloqueado. Entonces le dije: “No, Padre, eso no lo puedo hacer”. “Desde luego que sí, hágalo”. “No, no lo hago”. Esto se repitió dos o tres veces y cuando por fin nos paramos en un semáforo, me dijo furioso: “Ve Vd., si me hubiera hecho caso, habríamos pasado”. Le dije sonriendo maliciosamente: “Pero Padre, a su edad y después de tantos años de profesión y sacerdocio, yo hubiera esperado de Vd. un poco más de paciencia”. No lo dije cínicamente porque el cinismo ofende al otro, pero sí con un poco de ironía que es, como el humor, una forma de indicar la verdad. Entonces, reaccionó, se quedó callado, respiró profundamente y dijo: “Dios le pague este ejercicio de humildad”. Con ironía se pueden calmar incluso pasiones desbordadas. Desgraciadamente ya no tenemos hoy tipos como el padre Engelbert.

El idealista imprudente

El sabio y el prudente tienen una cosa en común: quieren lo mejor, aceptan la realidad como es e intentan manejarla o reaccionar ante ella. Se diferencian esencialmente de los idealistas. El idealista es un perfeccionista que piensa no solo que todo se puede, sino que tiene que ser realizado de forma tan ideal como él se imagina. Aquí hay dos errores. El primero, pensar que se puede alcanzar la perfección y tomar el propio ideal como absoluto, y el segundo absolutizar el propio ideal. El idealista quiere lo mejor; además quiere imponerlo por las buenas o por las malas y, con bastante frecuencia, sin tener en cuenta la realidad.

Quien quiere la verdad total en las relaciones recíprocas, verá enseguida que esto no funciona. El periodista Jürgen Schmieder escribió el libro *Du sollst nicht lügen!* (*¡No mentir!*), sobre un experimento que había realizado, consistente en ser sincero con todos durante cuarenta días, no diciendo más que la verdad en la esfera privada y en la profesional. En este tiempo perdió muchos amigos. Solo un idealista puede creer que siempre y en toda circunstancia se puede decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. El punto de vista de Schmieder es el siguiente: “Durante el experimento he notado que esta honradez radical no funciona sino que hay límites”. Entre otros el respeto a los demás y, también, la capacidad limitada de los otros para soportar la verdad completa. En América se dice: *Tell the truth and run* (*Di la verdad y corre*). Al que dice la verdad no siempre se le mira bien. Esto valió tanto para los profetas de la Antigüedad como vale para los políticos del presente. No es necesario ser un cínico o un nihilista moral para saber que si un político dijera en nuestro país toda la verdad, y la dijera siempre y exclusivamente, no le votarían nunca. La gente no quiere escuchar nada

negativo. Comprenderlo es una señal de realismo, y una señal de prudencia tomarlo en consideración. Las personas no quieren ser engañadas o que se les mienta, pero muchas no resisten que se les confronte con la verdad total.

Pensemos en el periodismo de investigación. Es importante dar a conocer verdades ocultas o veladas porque una verdad reprimida puede envenenar a la sociedad; tiene que salir a la luz del día. Pero la otra cara de la medalla es que puedo exponer la verdad de tal forma que otros se hundan con ello. Esto sería equivocado. Porque la verdad no puede destruir a las personas. Puede hacer caer castillos de naipes falsos, pero no debe ser nunca utilizada de forma que aniquile a otras personas. Casi no me atrevo a citar a san Benito otra vez, que en su instrucción al abad prohíbe que se hagan públicos los errores o fallos que aún no sean conocidos por todos; tanto respeta a cada uno, que no quiere que se divulgue su desliz. En ese caso no se trata de encubrir, porque no se puede tachar de encubrimiento cualquier forma de discreción.

¿Se puede exigir siempre la verdad?

En 1533, el humanista Sebastian Franck, en su libro *Paradoxa*, acuñó el siguiente refrán latino: *Mundus vult decipi (El mundo quiere ser engañado)*. La opinión pública está ávida de leer noticias malas y fascinada por lo negativo. Pero, en principio, todo ser humano tiene en su corazón la esperanza de que su vida transcurra de manera positiva. No todo el mundo puede asimilar un diagnóstico del tipo tienes cáncer, tu vida llega a su fin. Además, nunca se puede formular de forma tan dura porque tampoco los médicos lo saben de forma definitiva. Un hombre de cuarenta años, que se encuentra en la mitad de su vida, que tiene esposa e hijos, o peor aún, una madre que tiene que dejar abandonados a su marido y a sus tres hijos, pueden venirse abajo ante semejante verdad. Otras personas son más fuertes; por ejemplo, un hermano de comunidad, con un puesto directivo en Estados Unidos, me escribió recientemente para decirme que tenía cáncer y que, probablemente, solo le quedaban seis meses de vida. Tenía alrededor de setenta años y confesaba: “Acepto consciente mi enfermedad. Digo sí a tener que morir. Mi tiempo se ha terminado”. Otro, en su situación, habría perdido la cabeza y entrado en pánico.

Diagnósticos como éste tienen que ser comunicados cuidadosamente y considerando cada caso individual. Cada uno debe encontrar su camino; todo depende de la capacidad de relacionarse con los propios límites. Una persona que afronta la vida con sabiduría, cuando se entera de que tiene cáncer, puede tomar decisiones prudentes, redactar sus últimas disposiciones o prepararse para concluir bien su vida, para no hacer daño a sus allegados y para que todo se ordene a lo mejor.

En conclusión, con mentiras, o mejor, en un sistema mentiroso no se puede llegar a ser feliz. Maximiliano Kolbe, que en 1941 entregó su vida por otra persona en un campo de concentración, lo formuló así en su escrito: *A cada uno se le indica su camino*:

No existe ninguna persona bajo el sol que no busque la felicidad. En todo lo que hacemos tenemos ante los ojos la felicidad como meta, de una u otra forma, y aspiramos a ella por naturaleza. Pero la felicidad, que

no está basada en la verdad, puede durar tan poco como dura la falsedad. Solamente la verdad es y puede ser el fundamento de la felicidad tanto de los individuos como de toda la humanidad.

Prudente en la vida y sabio

La cercanía de la muerte puede conducir a una verdad como esta: estando una vez con una señora mayor junto a la tumba de su marido, me dijo: “En el fondo, en este mundo todo lo tenemos prestado”. Una frase solo, pronunciada no sin melancolía, pero que reconocía plenamente la finitud y la transitoriedad, se me quedó grabada profundamente. Esta es la sabiduría de la vida, a la que sigue una praxis de vida prudente.

Una persona sabia ha tenido muchas experiencias en su vida, pero no considera la experiencia de las contradicciones solo desde el punto de vista intelectual. Sabe que la fragilidad y la transitoriedad forman parte de la vida. Su vida posee una escala de colores más amplia, en la cual también lo oscuro tiene su lugar y los colores no lucen siempre radiantes. Esta sabiduría es algo que se construye a lo largo de la vida; es una actitud madura ante las condiciones y valores de la vida humana.

La prudencia denota algo que se expresa en el comportamiento concreto; en cambio, la sabiduría es una actitud mucho más amplia y fundamental. La persona sabia sabe que la desgracia también forma parte de la vida o que el sufrimiento también puede formar parte de la felicidad, mientras que la prudencia intentaría utilizar estrategias concretas para evitar la desgracia.

La sabiduría presupone una gran experiencia de vida y por eso quizá, con frecuencia, solamente se puede alcanzar con la edad. Experiencia y conocimiento se concentran también en los refranes que son el poso de la sabiduría de la vida. Por ejemplo, sobre la relatividad de todos los planes: “El hombre propone y Dios dispone”. O una variante, en pasado: “El hombre proponía y Dios reía”. También la capacidad de aprender de las consecuencias de nuestras acciones forma parte del *sentido común*: “Gato escaldado, del agua fría huye” u “hombre prevenido vale por dos”. Es decir, está bien vivir el momento presente, pero quien tiene responsabilidades sobre otros debe ir más allá. Hoy hablaríamos de “sostenibilidad”. Comprender, planificar y actuar van juntos. Ser prudente es planificar desde el principio hacia dónde ir, aunque “el más inteligente cede” porque aunque conozca su derecho, no toma como absoluto lo que reconoce como justo, e intenta incluir a los demás en ello.

La sabiduría va aún más allá y se refiere a la totalidad de la vida. Acepta también que la vida cambia y que la muerte es parte de la vida. De esto se deriva un profundo amor por la vida y por el otro. La sabiduría podría ser el resultado de conocimiento, experiencia e ideas inteligentes, y es, desde luego, mucho más que reflexión y aprovechamiento de nuestras capacidades cognitivas y afectivas. De la sabiduría puede surgir una prudencia totalmente práctica.

“Sed prudentes como las serpientes”

Jesús dijo: “Sed prudentes como las serpientes” y continuaba: “Y sencillos como palomas”. Esto es inusual. Lo que Jesús dice en Mateo 10,16 se refiere al comportamiento de los cristianos en el mundo. En otro lugar dice: “Os envío como corderos en medio de lobos” (Lc 10,3). Pienso con frecuencia en este pasaje, por ejemplo, cuando estoy en debates en televisión con gente que me ve como enemigo.

El peligro que amenaza a los enviados de Jesús por parte de personas hostiles se ilustra con la imagen de las ovejas entre los lobos. “Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros vestidos de ovejas pero por dentro son lobos rapaces” (Mt 7,15). Se trata aquí del arte del discernimiento. Por supuesto que el discurso sobre la prudencia de la serpiente y la sencillez de la paloma no es una norma de comportamiento que hay que aplicar literalmente, sino que exhorta a actuar con toda prudencia humana y a la vez con la sinceridad querida por Dios.

Jesús mismo dio ejemplo de la virtud de la prudencia. En el Sermón de la Montaña radicalizó las disposiciones antiguas o, mejor dicho, las interpretó en su sentido más pleno.

Cualquiera que mira a una mujer y la codicia ya ha cometido adulterio con ella en el corazón. Por tanto, si tu ojo derecho te hace pecar, sácatelo y tíralo. Más te vale perder una sola parte de tu cuerpo y no que todo él sea arrojado al infierno. Y si tu mano derecha te hace pecar, córtatela y arrójala. Más te vale perder una sola parte de tu cuerpo y no que todo él vaya al infierno (Mt 5,28-30).

Esto no hay que tomarlo al pie de la letra y tengamos que arrancarnos el ojo o separarnos la mano del brazo con el hacha. Más bien quiere decir: Toma muy en serio lo que te digo, y también lo que ha dicho la tradición, y sé honesto.

Los fariseos no lograron “engañarlo”. Era demasiado inteligente. Sus preguntas retóricas tuvieron efecto: “Quien de vosotros esté sin pecado que tire la primera piedra” (Jn 8,7). Resulta curioso observar cómo todos los acusadores se fueron yendo, cuando eran ellos los que querían apedrear a la adúltera.

Prudencia, en sentido bíblico, significa también reaccionar en el momento, ser capaz de reconocer la situación, juzgarla correctamente y luego, en su caso, hablar claro (quizá incluso muy claro). No existe un tiempo para la discusión y la argumentación y un tiempo para la acción. Jesús echó en cara a la gente su falta de honestidad y la confrontó con su falta de sinceridad. La violencia no era lo suyo, pero para echar a los mercaderes del Templo pasó a los hechos.

Cómo ser más prudentes

Se dice que todos llegamos a ser prudentes, unos más pronto y otros más tarde. Pero esto se consigue no solo a base de golpes, sino en la medida en que somos más humildes y comprendemos que no sabemos muchas cosas y dependemos de otros aceptando su consejo. Llegamos a ser más prudentes cuando ampliamos nuestro horizonte y nos interesamos por los demás. Quien conoce mejor al otro tiene también una mayor capacidad de diálogo.

En el desempeño de mi oficio me comporto exactamente como dice san Benito:

Siempre que en el monasterio haya que tratar asuntos de importancia, convoque el abad a toda la comunidad... “Hazlo todo con consejo, después de hecho no te arrepentirás” (Prov 31,4) (RSB. 3).

Cuando asumí el cargo de abad primado en Roma, lo primero que hice fue formar un “Consejo” para que me asistiese. Para formar parte de él, llamé a aquellas personas jóvenes y mayores que representaban la autoridad en la casa porque tenían responsabilidades importantes: el rector de la Facultad, el prior de la comunidad y los dos responsables de la economía. Después he agregado tres personas de la Confederación, que habían sido elegidas por la Asamblea de Presidentes para asuntos importantes y ya habían actuado en otra comisión permanente, porque constituían un puente con los otros presidentes de las abadías.

Durante mi periodo como abad de Santa Otilia fundé también un Consejo Escolar para nuestro Instituto de Enseñanza, partiendo de la misma idea: No se puede –y tampoco se debe– saber todo. Esto contribuye a aligerar el trabajo. Naturalmente, junto a las comisiones oficiales, se pueden convocar también otras mesas de trabajo compuestas *ad hoc*.

Son numerosas las posibilidades de organizar la gestión. Pero la vida puede hacer su propia contribución y lo hace a veces de manera dolorosa. También de la experiencia se puede aprender: “La experiencia es la madre de la ciencia”. Los errores cometidos, una vez reconocidos, nos ayudan a reaccionar la próxima vez de otra forma más correcta. Esto también es verdad en el campo de las relaciones interpersonales. Cuando uno se da cuenta de que ha herido a alguien, pondrá más cuidado la siguiente vez.

También se aprende de las acciones positivas. Hay que mantenerse abierto a lo nuevo, sin perder nunca el asombro ante otros puntos de vista.

En este sentido, para mí es también muy importante el saber maravillarse continuamente por la belleza de la naturaleza y por lo que el arte puede realizar. Existe una intuición estética, una comprensión de la percepción, que puede ser no solamente lógica, sino también existencial o emocional. Precisamente en el arte se puede alcanzar conocimiento y verdad y extender el horizonte de la propia percepción. En algunos museos hay cuadros que no me canso de contemplar de una forma consciente y buscada. Por ejemplo, en Dresde, la *Madonna* de Rafael y *La moneda del tributo* de Tiziano. Cuando los veo, mi alegría nace por la profundidad de la representación que capta totalmente la situación y hace visible lo que la palabra no puede expresar. La palabra de Jesús muestra aquí una dimensión distinta. Igual me pasa en el Louvre con los “esclavos” de Miguel Ángel, encadenados a la piedra. O en el museo del Prado, cuando contemplo la representación de la *acedia* de El Bosco donde se ve a un monje que ha perdido totalmente el gusto por la vida y mira triste por la ventana. Rara vez se ha expresado tan densamente la “pereza del corazón” y lo que la tradición llama estado de ánimo de tedio. En contraste con ello, también en el Prado, *Adán y Eva* de Durero son dos pinturas en las que se expresan maravillosamente la alegría por la corporalidad del hombre, por la belleza del cuerpo humano, belleza entendida como forma de la verdad que llena de

alegría. Me sucede lo mismo cuando escucho música. Los domingos por la mañana prefiero escuchar algo de Mozart, mientras que por la tarde prefiero a Bach, especialmente las sonatas para flauta. Si tengo que hacer alguna cosa, me tranquilizo con esta música que transmite no solo una profunda verdad espiritual, sino que suscita en mi interior una feliz sintonía. Mozart y Bach, he aquí la felicidad.

*El término “prudencia” forma parte del vocabulario clásico de las virtudes cardinales cristianas aunque en el lenguaje actual ha asumido un significado mucho más reducido, como se comprenderá leyendo el comentario del autor: El término alemán “Klugheit”, que puede traducirse como “sensatez”, expresa mejor el término griego o latino original. Donde ha parecido necesario para la comprensión del lector lo traducimos por “sensatez”. En español hay una gran cantidad de términos con que se puede traducir “Klugheit”: prudencia, inteligencia, discreción, sensatez, sagacidad, asentamiento, buen sentido, sabiduría, perspicacia, astucia... En cada caso se utilizará la palabra que parezca más apropiada (N. de la T.).

LA FORTALEZA

*¿Por qué no seguir la corriente si va más rápido quien no se opone a la mayoría?
Quien se atreve a avanzar, solo recibe palos.*

Está claro que el que es valiente arriesga algo. Y por eso algo le puede ir mal. Pero sin coraje tampoco se consigue nada extraordinario. Quizá se viva una vida cómoda, pero eso ¿hace feliz? Quien arriesga, gana y construye su felicidad. Hoy en día tenemos demasiados hipócritas en nuestra sociedad. Si soy libre para decir lo que pienso, a mí me va mejor, y a los demás también.

No me va a pasar nada

Sé exactamente desde cuándo no he vuelto a tener miedo. Tenía yo treinta y siete años e iba conduciendo un coche desde Roma a Santa Otilia, un maravilloso día de verano, con el cielo azul. Se veían retamas amarillas hasta donde alcanzaba la vista. En la mediana de la autopista, adelfas blancas y rojas en flor. Era todo sencillamente bello y yo era feliz. De repente se me pasó por la cabeza pensar: ¿Qué pasaría si tuviera ahora un accidente mortal? Dios mío, dije yo, no sería tan malo. Con mis treinta y siete años he vivido más experiencias hermosas que otros con ochenta. Si tuviera que ser hoy, me daría igual.

Desde entonces ya no tengo ningún miedo. En aquel momento dije adiós a la vida.

Por supuesto que tengo miedo a los precipicios escarpados o a los descensos rápidos en las pistas de esquí. Pero no se trata de cobardía, sino de la prudencia que da la edad. Cuando los huesos envejecen y ya no se está en forma, no se deberían hacer determinadas cosas. Por lo demás no tengo miedo “ni al caballero, ni a la muerte ni al demonio”, recordando el grabado de Durero con el mismo título. Me siento seguro en Dios y sé que después de todo nada me puede pasar.

Ruth Pfau, una monja que, en aquellos años de abundancia del milagro económico en Alemania, se fue a Pakistán como médico especialista en lepra, y volvió al comienzo de los años setenta, comprobó algo esencial: lo que falta en Alemania es lo que en inglés se conoce como *challenge*, desafío, reto. Según ella, la falta de coraje para el riesgo es el defecto propio de esta sociedad. No nos dejamos desafiar. Con esto no hablaba de cobardía sino de la falta de disposición activa para enfrentarse a la vida y vivir para los propios valores. Decía: “Cuando no se aprecia el valor del riesgo, se hipotecan las grandes cosas de la vida. Porque la vida, la vida real, no es barata”.

Esto es lo que cuenta: asumir algo que puede salir mal, pero que debe ser abordado porque tiene un valor mayor, porque es bueno en sí mismo.

El cristianismo “por el Reino de los cielos” (Mt 19,12) tiene una perspectiva distinta: “Entre vosotros no debe ser así” (Mt 20,26). Que Jesús resista a los poderosos, se comprometa absolutamente con la verdad y la veracidad, y entregue por ello su propia vida es, según los criterios normales, debilidad y absurdo. Sus discípulos tenían al principio miedo porque el valor les llegó después. Esto es lo que vemos a través de la historia del cristianismo. Pero la exigencia del ejemplo de Jesús permanece.

Fe, esperanza, amor presuponen libertad y el valor de arriesgar. La libertad es una señal de los hijos de Dios. Atreverse a la libertad significa renunciar a la seguridad absoluta. Quien quiera ser libre debe hacer acopio de valor. ¿Y de qué modo se expresa esto?

Lo contrario de valiente

Nuestro mantra interior es ir siempre con mucho cuidado. Sin embargo, necesitamos una fuente de inspiración que nos quite el temor a las dificultades y que nos haga afrontarlas con fortaleza. También en lo que se refiere a la fe estamos muy interesados en tener garantías. A veces tenemos la impresión de que la Iglesia se ha convertido en una compañía de seguros. Cuando miro la lista de las cualificaciones exigidas a los dirigentes de la Iglesia siempre echo en falta la pregunta sobre el valor para asumir riesgos, las nuevas ideas y tener coraje; sin embargo, la obediencia parece estar en primer plano. La lealtad es necesaria, pero ¿no acecha así el peligro de una intimidación “desde arriba” y de un conformismo y sumisión “desde abajo”? ¿Quién quiere meterse en líos, quien quiere comprometer su carrera? Cuando una persona conocida, un sacerdote, dice a su obispo alto y claro, lo que debe hacer no es raro que termine marginado el resto de su vida, quizás para fortuna de los alumnos de formación profesional de la escuela a la que lo trasladó.

“También el mameluco muestra coraje, pero la obediencia es la joya del cristiano”, dice Schiller en la balada *La lucha con el dragón*.

La obediencia puede ser creativa pero también puede limitar la creatividad. Mentalidades necesitadas de seguridad y con aversión al riesgo se infiltran en las estructuras y organizaciones. ¿No hemos burocratizado todo y definido cuidadosamente los respectivos ámbitos de competencia? En los jardines de infancia, en el ámbito social, en las parroquias, todo se tiene previsto, al igual que en los departamentos de juventud, diaconía, etc. del arzobispado. Aparentemente allí funciona todo a la perfección, pero existe el peligro de acabar planificando todo hasta el último detalle. En cambio, la libertad, nunca se repetirá bastante, es el sello distintivo de los hijos de Dios.

Ponerse en el lugar de Dios es una blasfemia. A un alcalde de Baden, en cuyo municipio el párroco había sido acusado de abusos sexuales, le preguntaron cómo nadie de la comunidad lo había denunciado. Él dio una respuesta significativa: “Si una persona en nuestro municipio critica al alcalde, se considera que tiene valor cívico, pero si alguien

exterioriza una sospecha semejante contra el párroco es una blasfemo”. Aquí hay algo de verdad. Y esto sirve para cualquier lugar en que la Iglesia se caracteriza por el poder. La verdadera, la auténtica blasfemia, es que esto sea así.

No es muy diferente en la sociedad civil. Muchos alemanes están desanimados y temen arriesgarse. Recientemente se publicó en la sección de economía de un periódico el resultado de una encuesta en la que se preguntaba sobre el tema de la autonomía en el trabajo con la siguiente interrogación: “¿Con cuáles de las siguientes afirmaciones está Vd. de acuerdo?”: “La autonomía es un riesgo”: 70%; “es complicado cambiar de puesto de trabajo”: 37%; “es una forma atractiva de vivir, dice la gente joven”: 31%. El Instituto de Demoscopia Allensbach constató que si en el año 2000 el 29% de la población consideraba la disposición al riesgo como importante, en el 2010 eran solo el 14%. Entre los menores de treinta años, el asentimiento cayó del 36 al 20% en el mismo lapso de tiempo. Temor al riesgo es lo contrario de fortaleza. La fortaleza tiene algo que ver con la disposición al riesgo y arriesgar significa renunciar a la seguridad; significa, por ejemplo, hacerse autónomo, renunciar a la seguridad de trabajar con otras personas en algún sitio y recibir el salario con regularidad. El autónomo, el que no sabe qué será lo próximo, corre un riesgo, por lo que necesita coraje, fortaleza. Por eso, hay que acoger con agrado el hecho de que, en las últimas encuestas, el número de trabajadores autónomos haya subido.

La sumisión, lo contrario al coraje, no existe solo en la Iglesia, sino también e incluso más en empresas, en la Universidad, en cualquier sitio en donde están en juego el poder y la jerarquía, donde hay cuestiones de influencia y posición.

Esto se refiere no solo a los aduladores y serviles sino, de forma algo más sutil, a los conformistas, con su característica postura de obediencia complaciente. Los que no contradicen nunca los proyectos del superior, interpretándolos siempre con total aquiescencia, son cómodos y agradables. Ocurre lo mismo entre los superiores eclesiásticos que entre los jefes de la economía o de la política: “¡Por supuesto, primer ministro, nadie lo hace tan bien como Vd.!””. “¡Muy bien, magnífico, Excelencia!”. Cuando los políticos están de viaje, el séquito actúa como si fuera la corte y cuando el médico jefe visita a los enfermos van con él todos sus asistentes. Sin duda que se trata de transmitir experiencia, pero una puesta en escena semejante seguro que les gusta.

Estos símbolos del poder o rituales de potencia siguen los patrones del comportamiento biológico del orden jerárquico, la lucha por el territorio y la salvaguarda del poder. La sumisión demostrada por los subordinados refuerza, por una parte, las pretensiones de liderazgo del jefe mostrando su fortaleza y, por otro lado, le reta como si estuviera estimulado por una droga a realizar funciones para las cuales si no fuera así posiblemente no estaría dispuesto. Como personas que somos, tenemos entendimiento para enjuiciar estas actitudes de manera crítica y autocrítica, pero muchos suspenden el juicio ante esto. Quizá, en tales situaciones, liberan endorfinas que actúan de igual manera en las personas que en los animales, es decir, como drogas endógenas que provocan estados de euforia. La valentía es algo distinto.

Esos sí que fueron héroes

A veces me preguntan: ¿Hay en la historia de su Orden héroes destacados, gente de la cual Vd. pueda decir que tienen algo de santidad y a la vez son personas particularmente valientes?

Me resulta difícil establecer criterios. Cuando estoy en Dar es Salam (Tanzania) paseo muchas veces por el cementerio donde están nuestros primeros misioneros ya que África oriental fue el primer territorio de misión de nuestra Orden, a finales del siglo XIX. Voy entre las filas de tumbas y miro cuántos años vivieron los que estuvieron en esta misión; todos murieron muy jóvenes. La media está entre seis meses y tres años de actividad, solo uno llegó a los diez años. Fueron diezmados por enfermedades tropicales, fallecieron de malaria o de insolación. No tuvieron miedo a nada y vivieron con la conciencia de transmitir la fe a las personas y así ayudarles a conseguir el bien. Vivieron para una tarea que para ellos era sagrada. El gran bien que querían realizar era el mandato de Jesús: “Id por todo el mundo”, y ante esto nada les parecía demasiado difícil.

Nuestros primeros misioneros fueron a África sin conocer la lengua ni cómo era el nuevo país. Pero tenían *un* motivo que les impulsaba: llevar a las personas la fe liberadora. Por esta razón soportaron todo y no escatimaron riesgos. Se pusieron en camino hacia lo desconocido como Abraham.

¿Fueron unos fenómenos excepcionales? No, eran personas completamente normales. Sorprendentemente, en el periodo anterior a la Primera Guerra Mundial fue cuando tuvimos el mayor crecimiento de vocaciones. Entonces los jóvenes monjes se dejaban motivar por los desafíos sabiendo que debían contar con una muerte temprana. En esto no éramos los benedictinos los únicos, ni mucho menos.

Es verdad que la seguridad es una necesidad humana básica. Pero en esto, como en todo, es necesario ser moderados. No en vano se habla de arrogancia, pues existe también un amor excesivo por el riesgo. Los jugadores natos extreman el riesgo porque son adictos. Los jugadores de azar están en peligro de arriesgarlo todo y perderlo todo.

Asumir un riesgo significa que, después de haber ponderado todo, se asumen las consecuencias negativas, si se está dispuesto a afrontar algo que no se puede controlar del todo. ¿Cómo se puede asumir algo así? ¡Porque es algo importante y tiene en sí un valor!

La libertad es la joya del cristiano

Jesús es para mí la encarnación de una persona valiente, porque defendió la verdad hasta las últimas consecuencias. Murió por su visión ideal, su misión y vocación. No tuvo un final feliz, pero sí un final bienaventurado, porque terminó con la Resurrección. Su vida da fuerza a los cristianos para nadar contracorriente. No se trata de nadar contracorriente por principio y en todos los casos, sino de comprometerse con la verdad, la veracidad y la honestidad. Lo que ocurre es que con ello, con frecuencia, se nada contracorriente. No en vano la fe es una de las tres virtudes teologales. La fuerza para

vivir una nueva vida tiene su fundamento en la fe.

También los grandes santos, como por ejemplo san Francisco de Asís, muestran que, gracias a la fe, tuvieron el valor de seguir a Jesús y nadar contracorriente. Para san Benito la vida de estudiante romano era muy superficial, y se retiró a la soledad del Subiaco.

¿A qué esperamos los cristianos ante modelos tan claros? ¿Cuándo vamos a liberarnos de las estructuras anquilosadas?

Después del Concilio Vaticano II hemos cometido un error aunque sea con la mejor intención. La Iglesia quería actualizarse y para ello nos hemos integrado totalmente en la sociedad y en su mentalidad de seguridad. A nuestra sociedad, y en especial a nuestra Iglesia, les falta el coraje de la fe. Hay algunos grupos que crecen porque exigen valentía a la gente joven. Les piden sacrificio, lo cual supone también renunciar a la libertad. En Roma se les reconoce enseguida: llevan la raya del pelo al mismo lado, todos van vestidos de la misma forma, casi como clonados. Pero ¿qué pasa con la libertad y la responsabilidad individual? Las estructuras autoritarias parecen ofrecer seguridad total y para ello piden una entrega total. Pero esto le corresponde a Dios, no a las personas que no pueden abdicar de la propia responsabilidad, de su conciencia.

Tenemos que volver a aprender que hay que estimular la valentía también en la fe. ¿Cómo se puede avivar el fuego? A veces, cuando pienso en la Iglesia, me acuerdo del musical *My fair lady*, donde Eliza está en el hipódromo de Ascot con el profesor Higgins, que tiene que enseñarle buenos modales y una forma de hablar correcta. Eliza quiere animar al caballo que no corre lo suficientemente deprisa, pero como no es todavía tan refinada como se imagina su profesor, sino muy espontánea y amante de la verdad, grita ante toda esa educada sociedad: “¡Mueve el culo!” (en alemán, solemos decir “¡Métele pimienta en el culo!”).

En el Evangelio no se utiliza un lenguaje tan fuerte pues se habla de “sal” de la tierra, pero la realidad es que nuestra Iglesia necesita más pimienta, más fuego, más coraje. Esto significaría, por ejemplo, que un párroco permitiera realmente a los laicos trabajar en la comunidad y por la comunidad. También para esto se necesita valentía. El párroco tiene que fiarse de otros, en lugar hacer todo él solo, y precisamente esto crea libertad. Los laicos tienen buena voluntad, pero él no les ve capaces. La confianza requiere valor y valor significa que no debo organizar todo, que tengo que dejar algo al Espíritu Santo y el Espíritu Santo no se atiene a las reglas. Este valor es el que le falta a la Iglesia, porque se ha inculturado demasiado en la sociedad; tendría que reencontrar la valentía de ser la contrasociedad.

Cuando todo está perfectamente organizado, desde la dirección centralizada hasta la fiesta parroquial, me surgen muchas dudas. Tener valor significa confiar, abandonarse, internarse en lo imprevisto. En nuestra Iglesia en Alemania hay muy poco coraje.

La Iglesia de Alemania no es obviamente la Iglesia universal. En Francia, por ejemplo, crecen mucho las bases y en los Estados Unidos es normal que la parroquia esté sostenida por laicos, incluso económicamente. En África, la vida entera de las personas es un riesgo, y a pesar de ello hacen fiesta, según el dicho: Mañana, Dios dirá.

Aquí siempre hay alguien responsable para cada cosa: todo está perfectamente organizado, gestionado burocráticamente y de forma centralizada. En la Iglesia alemana se dan muy pocas oportunidades a la iniciativa personal, hasta de la parte económica, a pesar de multiplicarse las comisiones; al final, en la Iglesia y también en las parroquias, las decisiones las toma el párroco. ¿Qué hicieron los apóstoles cuando necesitaron un sucesor para Judas? Tiraron la moneda al aire y vieron en su resultado la voluntad de Dios. No fue Pedro el que eligió a uno, ni tampoco se hicieron encuestas. Solo hubo un criterio: el elegido tenía que haber estado desde el principio con ellos; la persona en cuestión debía poder mostrarse como testigo de Jesús. ¿No podríamos reconocer la voluntad de Dios también hoy en las decisiones tomadas democráticamente, como hicieron entonces los apóstoles al arrojar la moneda al aire? No se trata de que el pueblo elija a sus pastores sino de que la Iglesia busque la voluntad de Dios por este camino, bajo la guía de Pedro. No se trata de que el pueblo sea soberano en la Iglesia porque la dirección la lleva el Espíritu Santo. Son decisiones inspiradas por el Espíritu de Dios, como fue entonces la decisión sobre el sucesor de Judas mediante la suerte.

El frenesí organizativo se extiende desde la parroquia hasta las instancias más altas. Me da qué pensar el hecho de que, en algunos actos religiosos en los que interviene el Papa, la indumentaria del clero está prescrita hasta el mínimo detalle. ¿Es esto lo que decía Jesús en el Evangelio?

Valiente y sincero

La valentía es un estímulo para superar el miedo, no solo cuando están en juego el cuerpo y la vida. El valor no es, de ninguna manera, una virtud exclusivamente masculina, al contrario. Estoy pensando en una chica de once años que, abofeteada por su profesor (en aquel entonces las bofetadas no eran aún un tabú), se plantó delante de él y le preguntó: “Y ahora, ¿se siente Vd. mejor?”. Esto es valor.

O bien en otra mujer que contradijo a su jefe. Cuando una de sus compañeras se tomó el permiso de maternidad, tuvo el jefe un ataque de ira y dijo: “¡El día de su boda le tenían que haber regalado un cesto de píldoras!”. Este señor tenía dos hijas y la empleada le preguntó: “Si se hubiese tratado de sus hijas ¿le hubiera Vd. dicho lo mismo a su mujer?”. Esto lo dijo de una manera tan inteligente además de valiente, que le dio ocasión para relativizar su propia agresión.

La palabra valentía proviene del griego *arete*, que se refiere a la valentía del guerrero; ya en la antigüedad el concepto se extendió también a la libertad de expresión. Es claro que hoy, en la Iglesia, no pones en peligro la vida al hacer uso de esa libertad, pero sí puedes ser silenciado por ello. Leonardo Boff es un ejemplo, aunque también el padre Pío durante muchos años no tuvo permiso para publicar ni para aparecer en público. También a él el Santo Oficio le impuso silencio, aunque resulta consolador comprobar que en 1999 Juan Pablo II le beatificó y en el 2002 fue canonizado. También Tomás de Aquino estuvo cerca de acabar en la hoguera, a causa de Aristóteles. Pablo habló de la *parresia* como fruto del Espíritu Santo. En los Hechos de los Apóstoles y en las Actas de

los Mártires de los primeros cristianos nos encontramos continuamente con mujeres que se portaron valerosamente, como por ejemplo Tecla, Inés o Catalina de Alejandría; todas testigos de esta virtud.

Esta libertad para hablar está fundada en Jesucristo. No consiste solo en mostrarse valiente y hablar arriesgadamente buscando el bien propio sino en defender la verdad o el bien con todas las consecuencias. La apuesta por esta cualidad constituye su sello distintivo. Valentía, según la definición de Tomás de Aquino, es aceptar perder algo por un bien mayor. Un asesino a sueldo puede ser atrevido pero no valiente. La valentía es una virtud humana, no tiene nada que ver con la crueldad.

La franqueza debe ser, por supuesto, una cualidad de los medios de comunicación. Para promover el bien común no solo se necesitan periodistas valientes sino que también hace falta gente que se mantenga firme ante los medios. Los periodistas están obligados a decir la verdad y deberían destapar lo oculto haciéndolo accesible. Los periodistas hacen gala de una curiosidad justificable, pero existe también el derecho a decirles que no tienen que saberlo todo por la fuerza. No existe una frontera que determine los límites de manera definitiva y exacta, sino que es una cuestión de discreción. En todos estos temas acabamos siempre en la libertad. Reconozco la libertad del otro para escribir lo que considere importante, pero me tomo la libertad de decir que lo que ha escrito no es cierto.

Tampoco existe una ley que obligue a alguien a exponerse a los medios de comunicación. ¿Por qué debería hacerlo si sabe cómo funcionan y no quiere exponerse a esos mecanismos? Esto no es un acto de cobardía sino que puede ser cuestión de prudencia.

Fortaleza y prudencia

¿Es la fortaleza siempre una virtud? Superar el miedo significa saltar. En el salto de altura, los cobardes nunca llegarán lejos. Los deportistas tienen que ser fuertes e intentar continuamente superar los límites. Pero un salto desde un trampolín de diez metros no es un hecho moralmente valioso. Los montañeros necesitan valor para superar lugares peligrosos. Pero lo hacen para sí, por la experiencia de una aventura. Solo cuando un hecho hace referencia a un todo mayor, a los otros, a algo valioso que tiene consecuencias positivas para la colectividad, el valor se convierte en virtud. Solo cuando todos asumimos la responsabilidad por esta sociedad, cuando buscamos de manera prudente y responsable vencer el miedo y actuar, tendremos una sociedad en la que las personas libres puedan encontrarse libremente.

Los hermanos Sophie y Hans Scholl, miembros de la organización “La rosa blanca” que en 1942, con riesgo de su vida, repartían octavillas contra los nazis, o los conspiradores del 20 de julio, que aceptaron su propia muerte para derrocar el criminal régimen de Hitler, fueron realmente personas valientes. En nuestros días, en Munich, demostró valor Dominik Brunner, cuando fue asesinado en una estación de tren de cercanías por delincuentes juveniles al no permitir que amenazaran y causaran lesiones a

los más débiles ante los ojos de todo el público. Para él esa actuación representaba un valor, un bien mayor que su propia tranquilidad. No se resignaba al hecho de que los inocentes fueran intimidados y tomó a los niños amenazados bajo su protección. Desafortunadamente el incidente terminó mal, pero estoy convencido de que lo hubiera vuelto a hacer. Una persona semejante no hace algo solamente para sí, para “poderse mirar en el espejo”, sino por los demás. Pero incluso aunque hubiera actuado así por impulso, hay que concederle un valor civil, porque ¿qué hubiera pasado si no hubiera intervenido?

Recientemente hemos leído que el 73% de los habitantes Hamburgo encuestados tiene miedo de viajar en medios de transporte públicos ¿A quién no le llama la atención las muestras de mala educación, negligencia y caos, los cristales rotos y los asientos destripados en autobuses y trenes, la basura esparcida por todas partes y las paredes manchadas? ¿Quién tiene el valor de hacer frente a los que manchan y destrozan?

Naturalmente que, en una situación confusa y peligrosa, cada uno tiene el derecho y el deber de evaluar el riesgo. No están excluidas la prudencia y la precaución.

En situaciones extremas no todo el mundo tiene la fuerza psicológica que necesita el valor. También puede ser importante la independencia de circunstancias externas porque quien no tiene familia, tiene más fácil hacer frente a situaciones peligrosas. En la resistencia contra el nacionalsocialismo hubo con frecuencia esposas que apoyaron el valor de sus maridos y cuidaron de la familia cuando ellos estaban en prisión.

Valientes son también las madres que, estando al final de sus fuerzas, siguen cuidando a sus hijos enfermos. También se necesita valor para aceptar a un niño discapacitado aunque también aquí la recompensa a esa valentía es la libertad que se logra, es la felicidad que se regala, es la alegría que se tiene a cambio.

El salario del miedo

En nuestra sociedad hay demasiados hipócritas. Necesitamos personas valientes que emprendan iniciativas, que hagan algo, que se acerquen a los demás. Cuando soy libre para decir lo que pienso, me va mejor a mí y también a los demás. Demuestra valor quien dice algo que parece que le alinea con los perdedores o que le sitúa frente a lo *políticamente correcto*. Esto tiene consecuencias cuando no se cambia de lugar. En cuanto se exterioriza la opinión, la situación puede volverse en contra de uno mismo.

El científico y experto en impuestos Paul Kirchhof, por ejemplo, en una campaña electoral, casi llevó a su partido a la derrota porque las perspectivas políticas fiscales que presentó y las verdades que expresó en los debates emocionalmente polémicos de la campaña, lo llevaron al descrédito. Lo políticamente correcto no se confronta con argumentos sino que, de inmediato, juzga y condena moralmente, y margina.

A pesar de ello vale la pena pensar creativamente. Decir la verdad allí donde es incómoda es decisivo. Solo esto nos permite avanzar. Para realizarse en la vida es necesario superar el miedo, aunque no se trata solo de poder decir “le ha plantado cara”. Yo pienso muchas veces en mi prior Paulus que podía estar en una reunión durante un

largo rato sin decir una palabra. Cuando parecía que se había llegado a una conclusión maravillosa, con una sola frase, apartaba una sola carta del bello edificio y caía todo al suelo.

Yo siempre he procurado tener cerca a personas que no me sigan la corriente, que no tengan miedo de decir la verdad, sea oportuna o inoportunamente.

El salario del miedo sería, por tanto, hacer justicia a la verdad, haber hecho lo correcto. “Soy feliz, cuando me atrevo a decir abiertamente a otros mi opinión. El mundo está demasiado reprimido. Todos se preocupan por la opinión pública y no por la propia”. Merlin, un estudiante berlinés de quince años, respondió con las frases anteriores en un número extra de la revista “Der Spiegel”, dedicado al tema de la pubertad. La pregunta era: “¿Qué mueve a la gente joven? ¿Qué la pone contenta? ¿Dónde encuentra su felicidad?”. Los resultados apuntaban cosas de lo más diversas. No solo el primer beso, también una nueva idea o un salto desde el trampolín. Pero también la libertad de mantener la propia opinión y la propia posición.

Cuando yo defiendo mi opinión frente a alguien que quizá tiene más poder o fuerza que yo, estoy haciendo una experiencia liberadora. Estoy venciendo mi miedo a la autoridad, a la mayoría, a la masa. Posicionarse frente a lo que todos opinan y dicen nos hace libres y nos fortalece. Saber que una verdad importante no se ha hundido, que ha tenido consistencia aunque no haya sido reconocida, nos produce una buena sensación. Con mi libertad he provocado que algo cambie para bien. Esto es la felicidad.

Sin embargo, la verdad tampoco debe matar sino que debe ser utilizada por amor a la persona.

¿Cómo tomar decisiones audaces?

San Benito dice:

Siempre que en el monasterio haya que tratar asuntos de importancia, convoque el abad a toda la comunidad (RSB. 3,1).

Hemos dicho que a toda la comunidad porque muchas veces el Señor revela al más joven lo que es mejor (RSB. 3,3).

Hay que escuchar, por tanto, no solo a los experimentados y a los viejos prudentes con una larga experiencia de vida, sino también, por así decir, a los punta de lanza. La Sagrada Escritura se hace eco de esto; por ejemplo, en el Antiguo Testamento, el joven Salomón o el joven David juegan papeles importantes. Probablemente también san Benito tenía la experiencia de que los jóvenes están dispuestos a asumir riesgos. Esto se debe a una simple realidad biológica: una persona mayor es insegura físicamente y debe protegerse, lo que se traspa al ámbito psíquico. Si yo, por ejemplo, quiero cruzar un torrente, puedo saltar alegremente por encima o dar un rodeo y buscar un puente. Una persona joven, que no sea miedosa, saltará. Puede suceder que se caiga dentro, pero corre ese riesgo. Entonces tendría razón la persona mayor que busca el puente porque ya no está tan ágil y no quiere correr el riesgo; en su caso, eso es lo normal, pero si un joven

no tiene el valor de saltar por encima de un torrente, hay algo que no va.

El miedo es una experiencia humana básica; sirve para proteger a las personas e impedir asumir un riesgo demasiado grande. Con frecuencia me he reunido con cristianos que viven en estados autoritarios donde reina el método del temor para reprimir a la población. A mí me impresiona ver cómo estas personas defienden su fe. Les suelo decir que sean prudentes para que puedan llegar a la meta. Para ello se necesita precaución y también coraje, porque les amenazan las represalias y la cárcel. Con frecuencia el miedo es más fuerte. Recuerdo que una vez un sacerdote me lloró amargamente porque había renegado de la fe en un momento decisivo. “No tuve fuerza. No he nacido para mártir”. Yo le dije: “Hubo uno que hizo lo mismo; se llamaba Pedro”. En su dolor por su fallo, sin embargo demostró estar en el camino correcto.

El filósofo Ludwig Wittgenstein dice:

Quien es feliz, no debe sentir temor, ni siquiera ante la muerte. Solo quien no vive en el tiempo, haciéndolo en el presente, es feliz (*Diario filosófico*, 8/7/1916).

En última instancia, todos y no solo las personas que deben probarse a sí mismas en un régimen de opresión que les hace temer por su vida, tenemos un temor básico a la muerte y este miedo solo se supera por la fe. La fe da la fuerza para abandonarse en Dios; no en uno mismo, sino en otro. Esta fe no es desesperada sino valiente, una fe que solo se demuestra en casos serios, cuando la fe se convierte en esperanza. De esto hablaremos más extensamente.

Nadando contracorriente

A mí me divierte nadar contracorriente. Me estimula superar dificultades y después decir: “Genial, lo he conseguido”, como el montañero que se alegra cuando ha coronado la cima. No se trata solo de los obstáculos, sino de la meta, de la realización de algo que merece todos los esfuerzos. Con frecuencia es una meta inhabitual, como por ejemplo, ser para otros una roca en el fuerte oleaje o una especie de pilar, que les ofrezca seguridad y apoyo lo que también supone una motivación. Entre los hermanos de mi comunidad esto crea confianza, yo los respaldo y ellos se atreven a más. Una vez estaba yo en el Japón donde viví cuatro semanas en monasterios budistas y en donde participé en la meditación zen. Lo pasé mal porque los dolores en las piernas eran casi insoportables. Sin embargo fue una experiencia importante y supuso un impulso para el diálogo interreligioso en nuestro monasterio coreano. Ante esto, uno de los hermanos dijo: “Si el abad primado lo hace, también nosotros podríamos atrevernos”.

También se necesita mucho valor para avanzar en el diálogo intercultural. En 1992 viajé a China para la consagración de la iglesia de Paldogu, que estaba financiada con dinero alemán. Muchos me habían advertido que no me arriesgara y, de hecho, los chinos quisieron arrestarme dos veces. En Yanji vinieron por la noche tres policías a mi habitación del hotel: “Denos su pasaporte”. Les contesté: “No, no se lo voy a dar”. Si se lo hubiera dado, habría pasado mucho tiempo hasta que me lo hubieran devuelto.

“¿Dónde ha estado hoy por la tarde?”. “Ya lo sabe Vd. Yo he presentado mi agenda, y lo que he hecho ya lo saben”. Había pasado lo siguiente: después de la consagración de la iglesia, el líder religioso local quiso obsequiarme con algo que me agradara y le pedí que me llevara en coche a nuestra antigua abadía. El portón estaba abierto, entramos en el recinto e hice un par de fotos. Y ahí empezó todo: el portón se cerró detrás de nosotros y nos vimos ante unos policías. Durante una larga hora estuvimos negociando y al final tuve que entregarles la película. Con ello parecía estar todo zanjado pero, a las nueve de la noche, vinieron de nuevo tres policías: uno de la secreta, otro de la estatal y un militar. Querían empezar un interrogatorio pero no se lo permití. “Yo necesito el pasaporte, tengo que seguir mañana mi viaje”. “Vd. no puede seguir viaje mañana”. “Entonces no se construirá un hospital en la ciudad vecina. Voy a viajar para planificarlo”. Me preguntaron que si tenía personas de contacto y como había entregado por la mañana al Jefe de Cultura de la ciudad una fuerte suma para una escuela, le nombré aunque no pudieron contactar con él por una serie de razones desconocidas. Entonces nombré al Presidente de la Universidad cuyo hijo estudiaba en nuestro colegio de Munich con una beca del estado de Baviera. Este hombre, una especie de eminencia gris de la provincia, se puso de mi parte y reprendió por teléfono a los tres policías de tal manera que palidecieron, se pusieron de pie y se disculparon varias veces.

Utilizar cierta astucia, hermana pequeña de la prudencia, puede ser un apoyo al valor. Acompañé a los tres policías hasta la salida del hotel y les dije cuánto amaba a China. Probablemente en América no habría salido tan fácil de una situación semejante.

Después de esta aventura nos podemos preguntar: ¿Merece la pena correr semejantes riesgos? Mi respuesta es: depende de la calidad y significado de los objetivos. A mí me interesaba tener una visión de la Iglesia en China. Quería llevar adelante allí una obra social a favor de la gente en nombre de nuestra congregación y para realizarlo no cedí. Para ello se necesita obstinación y quizá también terquedad, pero al fin, mereció la pena. Se trata de adaptarse a las circunstancias sin perder nunca la visión de conjunto.

Las experiencias exitosas solo se consiguen cuando se toman decisiones valientes. Quien es valiente arriesga algo aunque puede salir mal. Pero no será posible conseguir nada especial cuando no se arriesga nada. Quizá se tenga una vida cómoda pero podríamos preguntarnos si vivir así nos hace felices.

LA TEMPLANZA

Solo se vive una vez. Por eso, hay que vivir de forma intensa. ¿Por qué no puedo meter en mi corta vida todo lo que quepa?

Muchos han malogrado así su existencia. Y no se trata solamente del alcohol, si no de que si no mantengo la templanza, la moderación, me destruyo lo cual es contrario a la felicidad. Uno se siente mejor cuando es moderado. Solo a través de la templanza tengo la posibilidad de vivir bien o, mejor dicho, de sobrevivir.

El banquete de Trimalción

Un fenómeno que se está extendiendo es el coma etílico. Los afectados son en su mayoría jóvenes e incluso niños que beben de tal manera alcohol que ya no saben quiénes son y lo único que pueden hacer es vomitar. Hace unos años, en Alemania, más de 23.000 niños y jóvenes fueron ingresados en hospitales, algunos inconscientes, después de un consumo excesivo de alcohol.

No es una novedad decir que la falta de moderación es autodestructiva y que ha existido siempre. El banquete de Trimalción (en latín *Cena Trimalchionis*) es el episodio mejor conservado y más conocido del *Satyricon* de Petronio (fallecido el año 66 d.C.). En él, se cuenta la historia de unos glotones invitados por el esclavo liberto Trimalción, poseedor de una gran riqueza. Su mesa era como la salida de la *cloaca massima*: un lenguaje vulgar popular y grosero, un mundo sin dioses, una civilización que relativizaba todas las relaciones humanas. Para lograr mayor placer, los participantes de este festín, cuando ya físicamente no podían comer más, introducían plumas de pavo real en la garganta y se hacían cosquillas hasta vomitar para así poder seguir comiendo el siguiente plato. Devorar, tragar, es una imagen genuina y poco apetecible de la falta de templanza.

Los animales dejan de comer cuando están saciados; como mucho se produce el efecto Pavlov; entonces se les hace la boca agua debido a un esquema estímulorespuesta, conduciéndoles las reacciones químicas a comer. Pero esto no es lo normal. Se dice que un gato saciado no atrapa ratones. Un animal sabe cuándo ha comido bastante pero, al parecer, un ser humano no.

Nosotros, los seres humanos, somos la peor de todas las especies ya que destruimos el mundo y no porque pasemos realmente hambre. Dejamos a otros morir de hambre para que a nosotros nos vaya bien.

El concepto de templanza no lo inventaron unos monjes ascetas ni tampoco es una

concepción particular benedictina sino que personas sabias de todas las tradiciones llamaron la atención sobre el hecho de que el hombre puede dominar su instinto. En la tradición islámica se encuentra el siguiente consejo: “No bebáis todo de una vez, como hace el camello, sino en dos o tres tragos” (Hadiz).

Aristóteles (384-322 a.C.) trató a fondo de este fenómeno en su *Ética a Nicomaco*. Él llama a la templanza el justo medio, e indica que no se trata de mediocridad. Si la temeridad es el exceso de valentía, la cobardía es lo contrario. El justo medio es la determinación. La autodisciplina está entre la euforia y la insensibilidad, la generosidad entre el derroche y la tacañería.

Un maestro zen chino Sun Tung-po (1036-1101) lo dijo con estas palabras: “Cuando tengas hambre, come algo, pero deja de comer antes de estar saciado”.

San Benito y el vino

El famoso doctor en medicina psicosomática Thure von Uexküll, con motivo de su 95 cumpleaños, que celebró disfrutando de una salud óptima, confesó a un periódico: “He bebido vino siempre en cantidades considerables, pero nunca sin medida”. El viticultor que le enviaba el vino, precisó: “El sabio ha bebido diariamente hasta una edad avanzada, dos o tres botellas de vino, pero un vino “sano”, producido de manera natural”. Y el mismo Uexküll añadió: “Si solo el ascetismo alarga la vida, estoy a favor de reducir el ascetismo”.

Ironías aparte, la ascesis es positiva. Se basa siempre en la razón. Mantener la medida justa es expresión de prudencia. Lo que Uexküll practicó es, de alguna manera, una ascesis porque no cedió nunca al placer de beber por encima de una medida saludable. Con la edad cambian los límites. Yo mismo, a mi edad, no puedo comer tanto como antes, aunque me gustaría. Lo mismo se puede aplicar al consumo de alcohol; ahora tomo menos y me cae bien. La medida justa genera el verdadero bienestar.

San Benito no prohíbe el consumo de vino, pero recomienda a los monjes que

Cuiden no llegar a la saciedad o a la embriaguez. Aunque leemos que el vino no está hecho para los monjes, como en nuestros tiempos no se les puede persuadir de ello –estamos en el siglo VI– convengamos al menos en no beber hasta la saciedad, sino moderadamente.

Se les concede una “hemina” al día, entre un cuarto y algo menos de medio litro (la interpretación de esta unidad de medida varía). Además en verano, cuando hace mucho calor o si tienen que trabajar duro, el abad puede concederles una cantidad mayor:

Mas si, por las circunstancias del lugar en que viven, o por el trabajo, o por el calor del verano, se necesita algo más, lo dejamos a la discreción del superior, con tal de que jamás se dé lugar a la saciedad o a la embriaguez. Y, aunque leamos que el vino es totalmente impropio de monjes, porque creemos que hoy día no es posible convencerles, convengamos, al menos, en no beber hasta la saciedad, sino sobriamente, porque “el vino hace claudicar hasta a los más sensatos” (RSB. 40).

Y luego dice Benito con mucha comprensión:

Pero si por las condiciones locales no se puede adquirir ni la cantidad indicada, sino mucho menos, o incluso absolutamente nada, bendigan a Dios porque habitan en ese lugar y no murmuren.

Por otra parte, santo Tomás de Aquino, que creció y vivió en una zona en la que había vino, dijo que si uno se abstiene conscientemente del vino de tal forma que contraría gravemente a la naturaleza, no estará libre de culpa. En Italia, el vino forma parte por tradición de la bebida normal de la mesa, como antiguamente la cerveza en Baviera. El vino no era considerado entonces como un placer en el sentido actual, sino la bebida normal en las comidas. Naturalmente sabían que puede emborrachar, lo que ya entonces era un vicio. Por eso dice san Benito que todo se debe hacer con medida.

Nietzsche dijo que es más fácil renunciar totalmente a una apetencia que mantenerla a raya. Yo diría lo mismo: es más fácil ser radical que mantener la medida justa. Esto es lo que diferencia a los benedictinos de otras comunidades religiosas que se imponen rígidos ejercicios de penitencia. Respeto la seriedad de estos comportamientos, pero creo que debemos decidir por nosotros mismos cuál es la medida justa que no se puede fijar por ley. Necesitamos libertad y capacidad de decisión para poder decir: Hasta aquí llego y de aquí no paso. Lo demás no me conviene.

Una vida sin límites

El verdadero problema del exceso no está hoy en el comportamiento erróneo del individuo sino que es una característica típica de nuestra época. En el capítulo 47 de la Regla de San Benito se encuentra la siguiente pauta: “Para que todo se haga a su debido tiempo”. El modo que tenemos de tratar el tiempo, ese bien precioso de nuestra vida limitado de forma definitiva por la muerte, es la muestra más clara de lo profundamente que ha penetrado el exceso en nuestra vida, adoptando rasgos estructurales. La aceleración parece no conocer límites. Nuestro tiempo no conoce pausa. En un mundo en que durante todo el día todo se puede hacer por ordenador, se han flexibilizado y acelerado los procesos. Cada vez hay más personas que no tienen modelos de tiempo preestablecidos. Con ello no ganan mayor libertad sino que pierden su orden interior. El tiempo está desconcertado. Ciertamente no todo va más deprisa. Con motivo de su cien cumpleaños, el especialista en ética social Oswald von Nell-Breuning comunicó su experiencia relacionada con el tiempo: En los años veinte necesitaba quince minutos para ir desde su Facultad en St. Georgen a la Estación Central de Frankfurt, hoy emplea “solo” veinticinco.

Vivimos en medio de contradicciones no resueltas. Acelerando no resolvemos la falta de tiempo. En una época de aceleración en todos los ámbitos de la vida como es la actual es necesario cuidar el sentido de la fuerza creativa, que necesita de la moderación y de la tranquilidad. Somos prisioneros del tiempo, pero la libertad es otra cosa. Muchos ejecutivos atrapados por la falta de tiempo, lo experimentan cuando participan “temporalmente” en la vida de los monjes: la sucesión ordenada de oración, trabajo y lectura espiritual ofrece la posibilidad de percibir la propia vida de una forma más clara y preparar el camino para que transcurra en la dirección correcta.

Pensemos en la avidez de información, es decir, la avidez por estar presente y no perderse nada. Intentamos hacer todo al mismo tiempo y de una vez, y esto rinde. A pesar de enviarnos SMS, WhatsApp, correos, estar en Twitter, Facebook, utilizar Skype, sin embargo tenemos la sensación de no enterarnos de lo que es decisivo. Tenemos a nuestra disposición una inmensa cantidad de informaciones que nos asalta y ocupa nuestro cerebro, causándonos estrés físico y daños psíquicos. Dicen los neurocientíficos que quien hace esto, aunque sea solamente un día, se deja instrumentalizar por las informaciones y no es dueño de sí mismo, pierde su creatividad y finalmente también su libertad. Nos convertimos en personas ávidas de novedades y al mismo tiempo simples “receptores instantáneos” de informaciones que pasan sin dejar huella. También en esto es importante establecer límites, encontrar la propia medida. La fortaleza del yo, dicen también los neurocientíficos, solamente la desarrollamos si no nos dejamos avasallar por los asaltos, si no saltamos ante el primer timbrado del teléfono, sino que lo dejamos sonar, si no abrimos inmediatamente un email, aunque quizá lo esperemos con impaciencia. Lo mismo sirve para Facebook. Cuando damos publicidad en lugar de comunicar, cuando revelamos nuestra intimidad sin motivo, no hacemos otra cosa que “prostituirnos a nosotros mismos sobre la base de la avidez de información”. Ernst Pöppel, profesor de psicología médica en Munich, ha denominado así este comportamiento, según el cual uno se muestra a sí mismo pero sin abrirse realmente, como ocurre cuando se tienen cien amigos virtuales pero ninguno real. También en esto es importante la medida. La medida es la persona humana, yo mismo y el otro real, al que yo me dirijo, al que escucho atentamente, con el que puedo reír, llorar, discutir y reconciliarme.

Poner freno a la avidez

La palabra “medida” tiene para los oídos modernos una connotación severa: limitación, restricción, freno y control. Lo mismo vale para el concepto de “media”. Ambos, al parecer, no tienen mucho aroma de libertad, aunque no indican otra cosa que poner freno a la avidez.

Platón utiliza una imagen hermosa: compara los instintos con los caballos que tiran de un carro y que por su fuerza se convierten en peligrosos si comienzan a desbocarse. Entonces es necesario un cochero que con sus riendas domine a los animales y mantenga el coche en el camino correcto. Cualquier otra solución sería peligrosa. Las riendas de la razón, el instrumento de la moderación, dan la posibilidad de hacer frente a los peligros con cautela.

Los instintos pueden ser necesarios para sobrevivir. El hombre llega al mundo como un ser instintivo; está ávido del mundo y grita cuando siente hambre para que se le dé algo de comer; llora cuando tiene dolores o algo le disgusta. Sin embargo, en el curso de su vida debe aprender a poner freno a los sentimientos agresivos para poder ser libre, aunque nunca se podrá liberar de sus instintos y vivir como un ser desencarnado.

El filósofo Ludwig Feuerbach dijo que nuestro esfuerzo tiende al absoluto. La

inclinación a lo absoluto –y, con ello, la tendencia a superar la medida justa–podemos decir que es innata en nosotros, pero se convierte en peligrosa si asume la forma de una religión equivocada. Quien no tiene Dios, tiene la tentación de proyectar su impulso hacia lo absoluto en un “siempre más” material.

La persona que tiene un ansia desmesurada desea el goce absoluto, el placer inconmensurable. “Todo placer quiere eternidad”, dice Nietzsche. Pero al final de esa avidez o de esa ansia no se encuentra nunca la felicidad de una plenitud real. La avidez es, con seguridad, la señal negativa de un impulso ilimitado hacia el absoluto.

Solo los seres humanos comen hasta la náusea o beben hasta no poder más. De forma totalmente equivocada llamamos a este comportamiento “animal”. Nos *parece* que los animales no tienen medida, aunque el perro que devora hambriento un plato de comida, parará cuando haya saciado su apetito. Hablamos de avidez cuando se supera el límite natural del instinto. La avidez no proviene del reino animal, sino que forma parte de la libertad de las personas.

La medida, o bien la falta de medida, es uno de los temas centrales de la filosofía antigua. Séneca y Marco Aurelio nos han dejado una amplia doctrina sobre la virtud. El núcleo de su pensamiento es que yo puedo renunciar libremente a algo. El cuerpo me puede decir lo que le gustaría, pero yo puedo decidir no hacerlo. Por ejemplo, esta tarde no leo más o dejo de hacer alguna cosa; me gusta jugar, pero sé también cuándo debo terminar. Las tentaciones son grandes y podemos perder el control terminando en conductas patológicas pues disfrutar puede convertirse en adicción al placer, igual que el trabajo intenso puede llegar a ser adicción al trabajo. Y de las adicciones solo nos vemos libres cuando percibimos y respetamos los límites naturales.

Cuando hablo de los instintos no me refiero solamente al instinto de comer o al sexual, sino también a la ambición, al ansia de poder, al deseo de reconocimiento y prestigio, a la lucha por el territorio y a los ademanes de jefe de la manada, de defensa de mi supremacía; todos los modelos arcaicos descritos por la etología que no hacen a la persona libre sino dependiente.

Mantener la medida significa siempre tener disciplina. No dar curso libre a los instintos no es sin embargo una limitación de la libertad; por el contrario, es hacer posible la libertad más allá de la determinación biológica. Quien vive según la virtud encontrará siempre la medida justa porque sabe que no existe una felicidad infinita. La medida justa significa también ser capaz de ponerse límites, saber y aceptar cuándo es suficiente. Estar contento con aquello que verdaderamente se necesita y disfrutar de lo que se tiene.

Las personas adictas al placer devoran y tragan. La imagen contraria es la del que sabe disfrutar del placer con tranquilidad, que saborea lentamente y paladea con gusto una buena comida o un buen vino. El sibarita que traga un buen paté de oca no llega a degustarlo, sobre todo si después vuelve a estar ansioso y quiere cada vez más. El arte de la vida consiste en gozar lo que es bueno, pero también saber decir en el momento adecuado: es suficiente.

No se trata de renunciar por renunciar sino tener la medida correcta. Un bello ejemplo lo tenemos en la Regla benedictina: Benito dice que en Cuaresma el monje debe tomar

un poco de todo y renunciar a un poco de todo, ya sea en la comida y bebida o en el sueño. No debe exagerar en nada y someter la renuncia al parecer del abad para no caer en el pecado del orgullo.

La libertad es una fuente de felicidad. Mantener la justa medida significa encontrar la libertad en lo que se tiene. La avidez nos hace esclavos porque solamente se mira a sí misma y está ligada al ego salvaje. Mantener la justa medida es por tanto la liberación de la avidez y la libertad de uno mismo. Esta libertad plena es ya una felicidad. Pero si además de esta forma llego a ser libre para hacer el bien, entonces la felicidad es aún mayor. Esto también tiene que ver con la justicia, porque si soy libre, si estoy reconciliado conmigo mismo, tendré también la libertad de reconciliarme con los demás.

¿Martillo o matamoscas?

Intentar comprimir en una vida finita un máximo de placeres y de experiencias, no es ninguna receta de felicidad sino, en definitiva, vivir impulsado por el miedo a la muerte. Las drogas me proporcionan una emoción rápida pero terminan por matarme porque me hacen dependiente del primer chute. El que no logra mantener la medida con las sustancias estimulantes, pronto perderá el gusto por todo.

Cuando mantenemos la justa medida hacemos bien a los demás y también a nosotros mismos. Si queremos eliminar las moscas de la ventana, con un matamoscas lograremos el efecto deseado; si usáramos un martillo, el golpe quizá sería más efectivo, pero al final resultaría contraproducente.

Mantener la justa medida también ayuda en la relación con los demás. Es lo que se conoce como “proporcionado”. Esto vale también para los castigos. La medida justa repercute en una mayor adecuación social. No excederse en nada, ni siquiera por perfección. Los perfeccionistas destruyen lo que quieren conseguir por las consecuencias de sus pretensiones, pareciéndose en esto a los alborotadores que insisten en su propio derecho de forma destructiva y no son capaces de comprometerse. La confrontación y el compromiso requieren una medida justa. Un buen juez, por ejemplo, debe ser capaz de sopesar todo. Benito ya advirtió de que no se debía quebrar la caña cascada. Hay otra imagen muy significativa también utilizada por él: “Si fatigo demasiado a mi rebaño, morirán todas las ovejas en un día”.

La codicia devora el cerebro

El empresario Jürgen Schneider, haciendo autocrítica, formuló en uno de sus libros esta idea: “La codicia devora el cerebro”. Quizá lo hizo demasiado tarde porque, según una sentencia del Tribunal de Frankfurt, tenía un “patrimonio neto atestiguado” de alrededor de 2,5 miles de millones de euros y estaba huido con una suma de alrededor de 122 millones; en 2010 fue nuevamente indagado por sospecha de fraude. La codicia no congenia con la prudencia. La codicia de dinero, de poder y de influencias puede convertirse en una sensación embriagadora. Por el contrario, si utilizamos el poder de

manera positiva, con sabiduría y responsabilidad, tendremos la posibilidad de realizar y colaborar a un ordenamiento de vida lleno de sentido.

Existe también el otro lado, el lado oscuro del poder: el placer de dominar a los otros y desfogar el propio ego. Entonces hablamos del vértigo del poder, una situación en la que no juega ningún papel la prudencia, la justicia y la templanza. Cuando se dice de un poderoso que “está pegado a la poltrona”, la imagen nos muestra el núcleo de la cuestión: quien está pegado, está atado, no es libre.

El poeta Dante lo sabía bien: la codicia no trae la felicidad, por lo menos no para siempre. Los codiciosos quieren lo absoluto y se asan a fuego lento en el infierno. En *La divina comedia*, Dante pone a los codiciosos en un infierno propio en donde empujan eternamente pesados bloques de piedra, castigo bastante duro, con la imagen expresiva de dar vueltas en torno a una meta inalcanzable.

¿Es capaz la codicia de generar libertad? Hay gente que así lo afirma. La conocida fábula de las abejas de Bernard Mandeville parte del hecho de que el Estado de las abejas solo funciona porque las abejas son egoístas. Conclusión: “Únicamente con la virtud no se llega lejos. Quien quiera volver a una edad de oro no debe olvidar que en aquella época se comía bellotas”. Mandeville quiere decir que hay que agradecer el bienestar a una actitud que se basa en el deseo de tener más. Este deseo tiene, por otra parte, un lado oscuro y puede transformarse en una avidez desenfrenada de más y más. Esta avidez no conduce muy lejos, como hemos visto en la crisis de los bancos. Cuando se argumenta que la codicia lleva al progreso de la humanidad, que el bienestar de la humanidad no sería posible sin este estímulo, hay que objetar que es verdad que no podemos progresar sin una aspiración continua a mejorar y acrecentar los bienes, pero que esta aspiración no debe degenerar en codicia, sobre todo cuando es a costa del puesto de trabajo de muchas personas y de poner en dificultad a las familias.

No es fácil establecer el límite entre codicia y aspiración a tener más. Para ello tenemos nuestra libertad y nuestra inteligencia. Una rentabilidad del seis por ciento en una inversión de dinero la considero un buen beneficio, no necesito más. Cuando alguien me propone invertir dinero en su negocio con un interés del treinta por ciento, le respondo que no puede tratarse de algo honesto y que por tanto tengo que renunciar a ello.

Con toda seguridad, las virtudes hubieran servido de ayuda antes de la crisis bancaria y del estallido de la burbuja financiera. En el caso de los banqueros no es inteligencia lo que les ha faltado, sino honestidad. Que ellos mismos no entendieran algunos de sus productos financieros les era indiferente. Lo principal era producir mucho dinero. También ha faltado inteligencia a los clientes que tenían que haber preguntado con insistencia: ¿Qué tipo de oferta es esta? ¿Es segura? La codicia produce congestión en ciertas áreas del cerebro. Sucede como en las ofertas gratuitas, que según se ha comprobado provocan algo así como un estado de aturdimiento y ofuscación de la mente.

De todas formas, no debemos apuntar con el dedo a los otros demasiado deprisa. Al fin y al cabo todos podemos caer en la codicia; solo tenemos que estar expuestos a una

tentación suficientemente fuerte. Quien rápidamente levanta el dedo acusador y moralizante se debería preguntar: ¿Qué sucedería si tuviera cerca de mí día y noche dos millones y tuviese la impresión de que nadie me iba a ver si los tomase? Es una gran tentación; somos débiles y podemos caer en ella.

Qué nos promete el dinero

El dinero promete felicidad aunque, a veces, podríamos compadecer a los que les toca un gran premio en la lotería. Hace poco leíamos que un grupo de apuestas siciliano fue brutalmente agredido por la mafia después de ganar. Eran unas cuantas personas que jugaban a la lotería en un pueblo del sur de Italia, Pischici, y que ganaron un premio millonario en 1998. Los afortunados eran noventa y nueve. Mateo Constante, un pescador, se compró con el dinero del premio el restaurante “L’Orizzonte” que poco después se quemó. Michele Mastromatteo que trabajaba de socorrista, llegó a ser también propietario de un restaurante y hoy recuerda con nostalgia aquel hermoso tiempo en que disfrutaba de la playa. Gianni Tavaglione de cincuenta años, no tiene trabajo y está lleno de deudas después de que su restaurante también ardiera y fuera obligado por sus “amigos” a pagar el alquiler. Otro murió de cáncer; otro de los afortunados, propietario de un kiosko, constató: “Ahora, de nuevo todo es normal, también en Pischici. Los que eran pobres, han vuelto a serlo mientras que los ricos siguen siendo ricos”. Quizá algunos sencillamente son más listos y hacen carrera, mientras que otros nunca lo conseguirán.

Si analizamos la vida de personas que aparentemente han tenido suerte, observaremos que con frecuencia son cualquier cosa menos felices. Hace poco hubo en Italia otro premiado por la lotería que se vio sorprendido por la avalancha de peticiones de sus vecinos con preocupaciones urgentes; no ha vuelto a ser feliz a causa de la envidia de sus viejos amigos. La codicia les ha devorado a todos, incluido él.

¿Qué pasa con el dinero que es tan fascinante? ¿Es la felicidad un bien material de consumo? Naturalmente que con dinero se tiene el mundo del consumo a los pies, se puede procurar el poder, se puede comprar la capacidad de influir y todo lo que se puede vincular a una vida más intensa. Para muchas personas, el tener más y el poder consumir más, significa también “una vida más inteligente” y sin trabajar. Si se trata de un trabajo monótono es un objetivo comprensible. Pero está en un error quien cree que con el dinero se puede obtener la felicidad. El dinero solo nos hace felices cuando con él hacemos felices a los demás.

Los ciudadanos libres de la antigua Roma o de Grecia no realizaban trabajos duros sino que valoraban el tiempo libre como tiempo para la actividad cultural creativa. Lo decisivo es la libertad. La avaricia, la codicia, es perjudicial para la creatividad porque encadena a las personas a valores exteriores, a valores materiales.

¿Es la modestia solo un adorno?

“La modestia es bella pero se llega más lejos sin ella”. Este dicho es tan falso como este otro: “Quien es honesto y sigue las normas es tonto”. Porque esto no lo dice el prudente sino el ambicioso, que quiere venderse bien para hacer carrera.

Modestia y humildad son las dos hermanas pequeñas de la virtud cardinal de la templanza. No son sin embargo virtudes de segunda clase sino que van juntas. Lo opuesto es la soberbia. También la soberbia es un instinto que tiende a la desmesura.

Es obvio que también con la humildad se puede faltar a la moderación como ese monje del que se cuenta que dijo una vez: “Hay una virtud en la que nadie me supera: la humildad”. Si alguien se vanagloria de humildad, es seguro que no la posee. Sin embargo, los padres del cristianismo, como san Benito en el capítulo VII de su Regla, describen la humildad, la actitud básica del cristiano, como una subida hacia Dios en doce grados. Esta es la paradoja: hay que descender para ascender hasta llegar a la perfección. Jesús habla de ello con frecuencia: “Quien se enaltece será humillado y quien se humilla será enaltecido” (Lc 14,11; 18,14; Mt 23,12).

La templanza tiene que ver con la humildad y ésta es lo contrario de la presunción y de la soberbia. Nuestra sociedad funciona, sin embargo, de otra forma porque valora solamente al que tiene éxito, al que sabe presentarse y venderse bien. La aspiración a tener más es esa ansia a tener más influencia sobre los otros, más poder y más riqueza. Jesús invierte el orden de los valores: “El que se haga pequeño como este niño, ese es el mayor en el Reino de los cielos” (Mt 18,4). También en los Salmos y en los Profetas se alaba a los pequeños, a los humildes y a los pobres.

Experimentar la propia pequeñez puede suponer un progreso y la humildad puede ser la percepción de la justa medida: quien se sabe pequeño ante lo infinito se convierte en grande, porque intuye la grandeza del infinito. La persona humilde es la verdaderamente inteligente; se libera de la tensión incesante que alimenta la propia inquietud interior, derivada de la continua comparación con los demás.

Ser modesto no significa que haya que negar la estima de uno mismo y que se deba colocar siempre la luz bajo el celemín. Todos conocemos el pasaje bíblico: “No se enciende la luz para ponerla bajo el celemín” (Lc 8,16). La luz debe iluminar, pero por sí misma, no necesito hacer yo nada.

La humildad simplifica la vida y quizá precisamente por eso es un camino hacia la felicidad. El padre Stanislaus Maudlin, nacido en 1916, era una persona con una gran experiencia de vida. Desde la abadía benedictina Blue Cloud en Marvin (Dakota del Sur), en los EEUU, explicó en el volumen *The Wisdom of the Benedictine Elders* por qué el valor de la humildad (en latín *humilitas*) era tan importante para él. *Humilitas* está en relación con *humus* (tierra):

Sé como la tierra, acogiendo todo en ti, para después hacer crecer nuevas flores, una nueva vida, un nuevo fruto, un nuevo ser. Me gusta acoger las cosas en su naturaleza más sencilla. Las pocas palabras que nos dejó san Benito me facilitan la vida bajo muchos puntos de vista. Yo también desearía hacer la vida más fácil a otras personas. Vivimos en una sociedad un tanto artificial y complicada. Cuando hablo sobre la necesidad de detenerse, de hacer una pausa, intento ayudar a las personas a relajarse y a reconocer la simplicidad de la vida y la simplicidad de nuestro destino en el plan de nuestro Creador.

Hay algo de desmesura cuando queremos ser el centro. Quien conoce su medida permite a los demás ser tenidos en consideración, afirmarse. No tiene necesidad de envanecerse a costa de los demás. La justa medida significa también reconocer que yo soy “normal”. Así podemos estar seguros de nosotros mismos incluso cuando no seamos los mejores ni los más fuertes.

La modestia, como renuncia, puede ser relajante. Alguien me habló de una joven amiga suya que ingresó en un monasterio y que le dijo que una de las cosas mejores de su nueva vida era no tener que ponerse todos los días ante el armario de la ropa a pensar qué se ponía. También yo conozco esa sensación. En cuanto me pongo el hábito, ya estoy “vestido”. Pero cuando salgo de viaje y me tengo que cambiar de ropa, me coloco ante el armario, después de haber echado una ojeada a Internet para ver la temperatura que me espera, y me pregunto qué atuendo debo llevar. Me parece una cosa absolutamente inútil.

Puedo aparecer como un poco idílico, pero me resulta satisfactorio decir: “Es suficiente con lo que tengo, no necesito tanto. Me basta con ir bien vestido, no necesito estrenar cada año algo”.

Cuando el bien es demasiado

Los monjes antiguos decían que todo exceso viene del demonio. Esto quiere decir que el bien también puede ser demasiado. Incluso puede suceder que el mal se presente en forma de bien. Las personas pueden sobrepasar sus propios límites por una meta más alta como, por ejemplo, los médicos que están veinticuatro horas de servicio. No podemos excedernos en lo que se refiere al verdadero bien: cuando ya no puedo más, debo terminar.

“El bien puede ser demasiado”, por ejemplo, cuando a los niños se les colma de juguetes, o cuando un rico llena a su mujer de joyas vistosas, como si fuera un árbol de Navidad, incluso aunque le guste a la mujer.

La templanza tiene que ver con los límites. La hospitalidad puede ser algo maravilloso, tanto para el huésped como para el que hospeda. San Benito dice que se acoja al huésped en los monasterios como a Cristo, pero en algún momento hay que decir basta. Se dice que después de tres días el huésped comienza a “oler mal”; por eso en los monasterios existe la regla de darles gratuitamente hospedaje tres días. Después entran en la vida normal colaborando en el trabajo y ganándose así su estancia.

También puede exagerarse la devoción. Orar sin reposo hasta olvidarse del trabajo o de cocinar no es hoy precisamente el peligro más grande, aunque también existe. Por ello añade Benito que aquí también es importante la justa medida: orar a determinadas horas, trabajar a determinadas horas, leer a determinadas horas, descansar a determinadas horas...

Se puede exagerar en todo, incluso en las relaciones familiares. Es maravilloso que los hijos tengan relación con la familia, pero no querer marcharse del “hotel mamá”, dificulta la madurez. En Italia, los hijos varones suelen estar pegados a la mesa de mamá casi

hasta el matrimonio. En alemán los llamamos “nesthocker”, palabra que designa a los pajaritos que no quieren abandonar el nido. Hay hoy una multitud de hijos adultos que continúan viviendo con mamá y papá porque les resulta más cómodo. Casi el 45% de ellos han admitido en una encuesta que no abandonan la casa de los padres por comodidad. Es evidente que la virtud de la templanza tiene también consecuencias sociales.

La pasión es otra cosa

¿Es la templanza falta de pasión? No, y en esto estoy de acuerdo con el filósofo Hegel que dice que no sucede nada grande en el mundo sin pasión. También en la Biblia se afirma: “Porque no eres ni frío ni caliente, te vomitaré” (Ap 3,16). La pasión es la disponibilidad para comprometerse con algo y entregarse a ello. Algo así puede ser el amor por la profesión o el eros del conocimiento, es decir, el impulso para entender y comprender algo. Es lo que tienen los buenos estudiantes: esfuerzo, voluntad de hacer grandes cosas, de alcanzar una meta. Es totalmente claro que ser moderado no significa quedarse sentado y esperar hasta que se pase el deseo.

Moderación significa frenar una pasión desordenada y enderezarla en la dirección adecuada. Pienso siempre en los caballos corriendo; si se les abandona a sí mismos, sin alguien que los guíe, terminará el carruaje en el suelo.

Una persona inteligente sabe que para conocer su propia medida tiene que superarla. Esto es importante sobre todo para los jóvenes que se tienen que dar cuenta de sus posibilidades. Por supuesto que un adulto responsable también debería conocer sus propios límites. Hace poco leí un artículo sobre un accidente que había ocurrido en un parque de atracciones italiano, donde la montaña rusa catapulta a más de cincuenta metros y a una gran velocidad causando una verdadera emoción que produjo un desgarramiento en la aorta a una famosa deportista. En estos casos dan ganas de decir: “¡Ella se lo buscó!”. Todos sabemos que para montar en esas atracciones hay que tener el corazón sano, pero somos así: nos atrae lo excitante.

La templanza significa, por tanto, percibir y respetar los límites por el propio bien. Esto se adquiere mediante su ejercicio, que no solo los monjes deben practicar cada día. También el dominio de sí depende de la práctica y de la actitud interior. Hay una frase original de Tomás de Aquino que dice: “No es verdadera virtud la de los tacaños que no se conceden actos lujuriosos porque podrían costar dinero”. Tomás era un gran realista y conocía bien a las personas.

La templanza de los monjes

Si damos crédito a las investigaciones, los monjes y las monjas viven más años que el resto de ciudadanos. Se dice que los cartujos y los trapenses tienen la mayor esperanza de vida. Esto va unido a un tipo de vida equilibrado que satisface no solo al alma sino también al cuerpo.

En Austria se publicó hace poco un estudio según el cual la gente cree que los monjes y las monjas son más felices y están más contentos que los demás. Si lo son realmente, no puede afirmarlo la encuesta. Aunque en el pasado existía el cliché opuesto: "pobre gente la que está tras los muros, esos sí que son infelices", hoy ya no está tan extendido. Vivir en armonía con la naturaleza, llevar la vida con un ritmo ordenado según una medida natural, en la percepción de muchas personas es un elemento de felicidad. Además a muchos les parece un lujo.

La templanza tiene que ver siempre con el orden. Una jornada estructurada alivia el peso de lo cotidiano porque no me veo obligado continuamente a elegir lo que debo hacer. Sé que a determinada hora debo ir a la liturgia; el día está estructurado, la justa medida está preestablecida. La jornada del monje es una jornada sana, es un ritmo que, de por sí, tranquiliza y puede conducir a la paz interior. El sentirse en sintonía, en armonía, ocurre sobre todo en la iglesia, en el coloquio con Dios y sobre todo en la plegaria *comunitaria* en el coro.

También la templanza es un camino de crecimiento. Con la edad experimento mis límites, sobre todo los límites de la resistencia física. Si vuelo durante dos días, experimento las consecuencias otros dos más, aunque solo sea por arrastrar las maletas y por el sueño perdido. ¿Qué hubiera dicho san Benito ante estas situaciones? Probablemente diría: sigue mientras puedas; en algún momento esto se resolverá por sí mismo.

Cuando alguien tiene que imponerse límites, puede sufrir un colapso la confianza en sí mismo. Cuando ya no vemos bien, no oímos correctamente, nos cansamos cuando corremos o cuando ya no podemos subir y bajar las escaleras rápidamente, estamos ante un signo de que la muerte se avecina, ante un ensayo para la muerte. Con frecuencia, cuando veo a la gente en el aeropuerto correr y apresurarse, pienso que yo ya no lo puedo hacer, y a continuación añado: Y además ya no lo necesito.

De una necesidad puede nacer la felicidad, o al menos la virtud, aceptando lo que no se puede cambiar, reconociendo en todo la justa medida y viviendo según ella.

LA FE

¿Por qué creer? La confianza puede ser buena pero solo el control sobre las cosas da seguridad.

Hemos perdido la confianza en las iglesias que son garantes de la fe.

¿Quién puede decirnos algo que nos ayude en la vida? Yo creo solo en mí mismo.

Naturalmente puedo estar totalmente seguro si sigo el lema: “Confiar está bien, no fiarse mejor”. Pero la vida humana solo tiene éxito si nos podemos fiar los unos de los otros. La fe en Dios es algo que va más allá.

Todas las experiencias que tenemos con la Iglesia nos confirman en que nadie cree solo por sí mismo. Según mi experiencia, esto ocurre sobre todo cuando se trata con los jóvenes; el hielo se derrite de repente porque experimentan el hecho de superarse a sí mismos, de vivir la plenitud.

“Quien ama, conoce a Dios”, dice la Biblia. Porque ¿qué sería de nosotros si no hubiera personas que amaran, que creyeran y se superaran a sí mismos?

La fe, comunidad y hogar

He tenido la suerte de haber vivido la fe desde el principio en comunidad, con mi madre –mi padre estaba en la guerra–, con los vecinos y en la comunidad de mi lugar de nacimiento. En el pueblo de la región de Algäu en el que crecí, era algo natural ser miembro de la Iglesia, unos católicos y otros evangélicos. Yo me sentía tan en casa dentro de la comunidad católica que conocía cada piedra de nuestra parroquia. Mi recuerdo más lejano es de la Navidad de 1942, cuando tenía dos años y medio. Fui a casa de nuestros vecinos directamente hacia el árbol de Navidad, bajo el cual encontré dos galletas y tres bloques pequeños para hacer construcciones y, de repente, me di cuenta de que había alguien detrás de mí. Me di la vuelta; era el señor de la casa que acababa de regresar con una licencia de la guerra y vi cómo sus ojos brillaban por mi alegría. Entonces, mi corazón de niño se abrió del todo. En esa Nochebuena, en la Misa de Gallo, mi madre me colocó delante de ella en el banco y me sujetó fuerte. Yo no hacía más que mirar y sorprenderme. El incienso, la luz, el canto me sobrecogían. Mi primera experiencia fue: la fe es bella. La fe desarrolla las mejores posibilidades de la persona, la hace feliz y alegre. Lo externo también favorece, pero la fe no es para mí una cuestión externa o teórica. La felicidad también tiene que ver con el lugar en que se nace, con la pertenencia y la resonancia interior. Y desde el principio he unido esto con la Iglesia. El

lugar donde nací y la Iglesia eran una sola cosa. Esta fe era parte integrante de la vida. Ya como monaguillos nos integrábamos en esa vida; participábamos en las bodas y funerales en verano y en invierno. Cuando charlábamos en la iglesia, el sacristán, que se sentaba detrás de nosotros, nos daba un capón. En invierno pasábamos tanto frío que tiritábamos y por respeto no podíamos llevar guantes. A menudo era tanto el frío que se me congelaba la mano con que sostenía el incensario, pero ofrecía con gusto el sacrificio por el difunto que veía en el fondo del sepulcro. Una vez murió un cazador y la persona que hizo el elogio fúnebre dijo: “Hans, ahora que estás aquí, ve a cazar a las praderas eternas”. Cuando murió uno de los veteranos de la Primera Guerra Mundial, la banda de música tocó, como era costumbre, “Ich hatt’ einen Kameraden” (Yo tenía un camarada), y todos cantaron la canción con tanta fuerza que el resultado fue una verdadera alegría. También me acuerdo de una costurera, de aquellas que entonces se decía “a domicilio”, es decir, que iba de casa en casa y cosía colchas, cortinas y manteles, o sea, ropa blanca, que solía asistir a todos los funerales. Estaba allí de pie, llena de miedo ante ese placer malsano, con las manos crispadas y los brazos a lo largo del cuerpo, y cada vez que los veteranos disparaban tres salvas de cañón, ella daba un grito. En resumen, nada de lo humano era ajeno a esta fe. Era belleza, seguridad, patria y protección. Un espacio de confianza y una puerta de entrada de lo divino en este mundo. Una experiencia de felicidad.

Cercanía a las personas

Obviamente las estructuras de nuestra sociedad e incluso del mundo han cambiado desde entonces. El materialismo y la secularización tampoco se paran ante las regiones rurales. No hacen falta encuestas para reconocer que ya no existe una Iglesia a la que pertenece la mayor parte de la población. Hoy se trata, más bien, de experimentar la Iglesia como el lugar donde las personas reciben el mensaje liberador y alegre de la fe. La Iglesia no es una asociación que no nos sirve de nada y cuyo sostenimiento debemos pagar; tampoco es una institución de prohibiciones sino una comunidad y el lugar donde la persona que busca puede encontrar ayuda.

Cuando yo era niño, el párroco de mi pueblo no hubiera podido ser acusado de clericalismo. En mi parroquia solamente había un servicio religioso a las nueve de la mañana. Después el párroco se iba a desayunar; estaba con la gente y se enteraba de lo que pasaba y cuáles eran sus problemas. Más tarde decidió decir una misa más temprano para que las mujeres pudieran preparar la comida, aunque para los no madrugadores había otra a las once. Luego, los domingos había una misa por la tarde y, finalmente, hubo también una misa de vísperas, los sábados por la tarde. Hoy hay cinco misas, pero van menos personas a la Iglesia. Hoy hablamos de misa comunitaria, pero entonces ya la teníamos sin una particular teología de la comunidad, y la gente caminaba dos horas a pie para llegar a la iglesia. También hoy se trata de llegar a las personas en su propia realidad vital. Un párroco debe tener corazón para los problemas de la gente, escuchar lo que la mueve y, en todo lo que diga y haga, ser un testigo de la Buena Noticia.

Entonces, ¿cuáles son hoy los problemas de las personas? Dentro de poco, en Munich, la mitad de los núcleos familiares serán unipersonales. Este tipo de familias en Berlín es aproximadamente el cincuenta y tres por ciento del total y el número continúa creciendo en Alemania. La cultura urbana, por tanto, hace a las personas no solo libres, sino también "singles", sin hijos. La estadística de divorcios era del cuarenta por ciento en el 2010, aunque también el divorciado necesita un sitio en la Iglesia. Y quien está divorciado y vuelto a casar ¿no puede entrar en la iglesia más allá de la pila de agua bendita o de la pila bautismal al fondo del edificio? ¿Puede ser la condena una solución? Si falla el matrimonio de una persona de veintiocho años, ¿debe permanecer célibe el resto de su vida? ¿No decimos que el celibato es una gracia particular? Por eso la fe tiene una respuesta que ayuda a la persona en su necesidad. En la compleja situación de las familias actuales, veo yo una gran necesidad. Para mí, la situación ideal sigue siendo – aunque pueda parecer conservador –, la familia patriarcal donde los niños crecen rodeados de hermanos y aprenden comportamientos sociales, donde se cuida a la abuela y no se depende, tanto en los buenos como en los malos momentos, de las instituciones para cuidar a los ancianos.

Pensamos que manejamos nuestra vida y sin embargo nos hemos convertido en una sociedad de prótesis, en la que cuando una cosa no funciona la sustituimos por una pieza de recambio. Ya no estamos dispuestos a aceptar la vida como es. En esta situación, la Iglesia debería mantener alto el ideal, y descubrir las cosas cuestionables y las mentiras, dónde y sea quien sea la persona afectada. No se debería, sin embargo, sospechar que detrás de ello está siempre el principio del placer y la sexualidad. La mayor parte de las veces juegan un papel importante problemas humanos más profundos, por ejemplo, la incapacidad para asumir un compromiso de permanencia.

Un obispo particularmente piadoso, situado entre los más conservadores y que murió ya hace algunos años, expresó una vez la siguiente opinión: “Basta con hablar continuamente de la fe a la gente. Con el tiempo llegarán a creer”. Yo entonces pensaba: “Esto es un engaño”. La gota que cae constantemente lo único que hace es horadar la fe y a lo sumo petrificar el desinterés. Dios no se hizo hombre para traernos un catecismo, sino que ha venido para traer la Buena Nueva a nuestras vidas, para nuestra salvación. Necesitamos un lenguaje de anuncio que ilumine la fe, haciéndola consistir no en tener por verdaderas determinadas proposiciones, sino como una respuesta existencial y liberadora a las preguntas de fondo de nuestra vida. No hay que confundir la fe con el conocimiento del catecismo; el catecismo da respuestas a preguntas que surgen de la fe cristiana. Es algo así como una confirmación y una orientación en la fe. De hecho, no queremos correr detrás de cualquier fábula. La fe se acredita ante la razón, que también es un don de Dios, aunque es algo más. En la primera carta de Juan se dice que llegamos a Dios mediante la práctica del amor. “Quien ama, conoce a Dios”. Quien obra como Dios, comprenderá y reconocerá a Dios, obteniendo la gracia de la fe.

Las estructuras no generan vida

¿Dónde se vive hoy una fe de ese género? En el congreso ecuménico de Munich en 2010, estando yo en el pódium disertando sobre el tema “Ecumenismo y proceso de reforma en la Iglesia”, intervino una alta representante de la Iglesia evangélica renana, que presentó la estructura del congreso: la frecuencia de los encuentros, a qué nivel, quién hablaría y qué se iba a discutir. Tengo gran respeto por todos estos esfuerzos. La claridad es importante y para ello se necesitan procesos ordenados y estructuras transparentes. Pero ¿es importante para el ecumenismo, la convivencia y la cooperación entre las distintas tradiciones del cristianismo? Afortunadamente, en aquel congreso había representantes de las iglesias cristianas libres y de los ortodoxos de Alemania. Además en el mundo tienen lugar numerosos encuentros y discusiones ecuménicos. Pero ¿cómo se puede llegar a un pensamiento y a una actuación común? El ecumenismo es una relación concreta entre personas concretas. Las estructuras, o bien los cambios estructurales, nunca han generado vida. Las estructuras son importantes para que la vida tenga un soporte, pero la vida es algo más. Pienso que esta perspectiva es todavía más importante cuando miramos el ecumenismo en el mundo. En África del Sur hay millares de iglesias libres. ¿Qué aspecto tendrá allí el ecumenismo? Seguramente no estarán en primer plano las discusiones académico-teológicas sino la actuación común, el esfuerzo por una reconciliación radical.

Es posible una Iglesia viva. No es necesario ir a África para ver cómo la fe llena las iglesias. Por ejemplo, en el norte de Italia están las iglesias llenas de gente joven ya que los italianos son personas profundamente religiosas. Nosotros, los alemanes, estamos tan marcados por la Ilustración que nos avergonzamos de pronunciar la palabra “Dios”. Tenemos miedo de hablar de nuestras experiencias religiosas porque pensamos que tendríamos que expresarnos según las categorías del catecismo y responsabilizarnos de ello. Preferimos callar sin atrevernos a utilizar expresiones religiosas en público. En esto admiro siempre la naturalidad de los cristianos de los movimientos carismáticos. Ese miedo a decir o a hacer algo equivocado no nos permite llegar a ser felices en la fe. Por eso me alegro de la espontaneidad de los fieles de las iglesias italianas, donde se nota que se encuentran bien con Dios. A algo así se refería Jesús cuando dijo: “Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18,3).

Sal de la tierra, luz del mundo

La perspectiva de la Buena Nueva no se refiere a la propia institución sino al mundo. En mi opinión, el mejor ejemplo es la comunidad de San Egidio en Roma, cuyos miembros provienen del movimiento del 68 y estudiaron en la universidad al inicio de los 70 del siglo pasado. La confrontación con la Biblia, la oración, la Eucaristía, la cercanía a los pobres, el diálogo interreligioso y el servicio a la paz y a los derechos humanos son para ellos asuntos estrechamente unidos. La diversidad de sus actividades se puede observar en sus actuaciones a nivel político en todo el mundo, la lucha contra el sida en África, y también en el servicio a los ancianos y a los enfermos psíquicos, la lucha contra la droga y su implicación contra la pena de muerte. Esta diversidad es también en la que

se debería integrar la fe y probar su eficacia. Yo, que acompañé el nacimiento de la comunidad, he admirado sobre todo que no son solo gente que protesta, sino que vive el Evangelio y quiere hacerlo efectivo en la sociedad.

Los primeros comenzaron a estudiar teología en San Anselmo porque allí se enseñaba una teología cercana a la vida. Entonces era yo profesor de filosofía. En nuestra Facultad era obligatoria la asistencia, pero de su comunidad solo venían dos que eran los que tomaban apuntes. Tuve que persuadir a mis colegas de que estos alumnos después trabajaban juntos en casa y les cundía más que estar sentados en clase, etc. Eran jóvenes comprometidos de alrededor de veinte años o mayores, que estudiaban todo tipo de carreras y que hacían teología como complemento, a fin de dar una base sólida a su implicación, motivada por su compromiso cristiano. Los profesores les apoyamos activamente cuando programaron vacaciones para gente necesitada.

Hoy, aquellos estudiantes ocupan puestos de responsabilidad en Italia y en todo el mundo. Han entendido el Evangelio como “sal de la tierra” (Mt 5,13) y lo han puesto en relación con la realidad de este mundo. Han tomado en serio la frase: “Renovad la tierra”. Este proyecto no busca solo el propio bienestar espiritual, sino también la felicidad del otro. La fe tiene una intención social: quiere justicia y paz, y renovar la faz de la tierra partiendo de la visión del Reino de Dios. Por ejemplo, a una cocina social de la comunidad de San Egidio acuden cada día trescientas personas. Los miembros de la comunidad han creado escuelas de idiomas para los inmigrantes y cuidan a enfermos psíquicos. Hace algún tiempo, cuando se suprimieron por ley los hospitales psiquiátricos de un día para otro, los pacientes que hasta entonces estaban internados, se vieron abocados a vagar sin rumbo por la vía pública. Las familias estaban desbordadas o desesperadas. Entonces, los miembros de la comunidad de San Egidio hicieron un censo y comprobaron las personas pobres y ancianas que no tenían en Roma absolutamente ninguna referencia y habían caído en la miseria. Fue cuando ellos *hicieron* algo.

Este tipo de servicio está determinado por la necesidad y las preocupaciones de las personas. Los pastores de almas tienen que escuchar las preocupaciones y necesidades, la situación real de las personas y, partiendo de la fe, interesarse por ellos, buscar una respuesta, dar consuelo o apoyo. De eso se trata, no de instruir.

El fracaso como oportunidad para la fe

La vida no es solo júbilo, bulla y alegría. La perfección no es posible en esta vida porque la enfermedad puede frustrar los planes que teníamos, podemos suspender un examen, no aprobar el carnet de conducir, romperse el matrimonio, fracasar en la carrera. A veces se dice que lo bueno de ser monje es que no aspiran a hacer una carrera que tengan que perseguir a cualquier coste. Pero Goethe añade maliciosamente y no sin un fondo de verdad: “Aunque el monje sea pequeñito, le gustaría ser un abadito”.

También y precisamente entre la gente piadosa, hay fallos debido a la propia inclinación al mal. Los fallos y el pecado son también parte de la Iglesia. Se requiere humildad. Humildad significa hacerse perdonar a sí mismo y mirar abiertamente incluso

las verdades amargas. La Iglesia experimenta esto con toda crudeza en el caso de los abusos sexuales. Si hasta ahora su papel era el de perdonar, ahora es ella la que tiene que pedir perdón. La frase referida a la Iglesia, *simul sanctus et peccatrix* (santa y a la vez pecadora), se había convertido en retórica, pero ahora se ha hecho evidente su significado. Como el Papa Juan Pablo II dijo en Fátima, los fallos por el pecado han llevado al desastre a la Iglesia. Pero incluso esto puede convertirse, según como nos comportemos, en una posibilidad para creer en un Dios misericordioso que ama.

Martin Buber dijo que “el éxito no es un nombre de Dios”. También en el fracaso se puede encontrar la gracia: la gracia de pedir perdón a Dios y a los hombres. Esto es difícil y, sin embargo, nos hace increíblemente humanos y libres.

También Jesús, al menos exteriormente, fue un fracasado como nos dice el primer capítulo del evangelio de Juan: “Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron” (Jn 1,11). Estoy convencido de que Él esperaba que las personas se convertirían. Para nosotros es difícil ver a Jesús también como hombre.

Una vez estaba yo con una enferma y quise hablarle de Jesús; ella señalando la cruz me dijo: “Él sabía que en tres días todo habría pasado”. Quizás esto no se corresponde con el catecismo porque Jesús al final solo tuvo un pensamiento: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46). La confianza en que Dios no le iba a dejar entre los muertos no era una certeza, ni siquiera lo sabía con anticipación. Era fe, confianza. Aquí tampoco sirve pensar: “Como era Dios, lo sabía todo de antemano”. Lo decisivo es que este Dios se hizo hombre. En su sufrimiento comprendemos lo que significa hacerse hombre.

La libertad forma parte de la fe

La libertad cristiana es algo bueno e importante, interior y exteriormente. Siempre ha existido. Santa Catalina de Siena, por ejemplo, es elogiada con frecuencia, incluso por los obispos, como modelo de sinceridad cristiana porque se posicionó contra el sistema eclesial y expresó su opinión ante los jerarcas. Pero los que la alaban añaden que antes había orado y permanecido en silencio durante veinte años. A mí no me gustaría esperar tanto tiempo. Ya en su época, el mismo Pablo estaba a favor de la libertad de expresión. No se debería tener miedo a ella ni en el amor ni, mucho menos, en la fe.

El miedo es hoy una sensación de fondo del ser humano: miedo al aburrimiento y al vacío, miedo a perder, miedo a caer en la escala social y en la pobreza. Miedo a la muerte. En última instancia, miedo a la nada. Si no hay Dios, la confrontación con la nada es inevitable. Cuando no hay Dios, no existe más que la nada. Solo la nada.

La libertad es lo contrario del miedo. El arquetipo de la fe bíblica es una virtud hecha de valentía, capacidad de riesgo, confianza y esperanza. En el Génesis 12-13 se narra cómo Abraham rompe con las ataduras familiares y sociales, y se va con su mujer estéril a un país extranjero respondiendo a la llamada de Dios y a la promesa de descendencia. El impulso fundamental del cristianismo se puede definir por confianza, amor y esperanza.

Antiguamente, el miedo era utilizado con frecuencia para atraer a la gente a la iglesia y moverla a confesarse. Un buen sermón era aquel que infundía miedo a los devotos. Hoy no se puede confiar en que las personas vayan a confesarse por miedo al purgatorio o al infierno. Los cristianos maduros conocen bien sus insuficiencias y sus pecados. Los sermones amenazantes pertenecen al pasado.

Superstición y miedo van juntos. Cuando entran en juego las herraduras o la pata de conejo, se habla de la fuerza de la magia porque se quiere alejar el mal conjurándolo. Con frecuencia, las personas no se abandonan en Dios y, de hecho, lo manipulan, sea con oraciones o con exorcismos.

A mi juicio los exorcismos son problemáticos. Un muy buen psicólogo católico me aseguró de forma convincente, que podía explicar desde la psicología las llamadas posesiones diabólicas. Querer tener poder sobre el mal puede ser una tentación mágica para conjurar los miedos. Naturalmente que si a una mujer enferma se le convence de que está poseída por el diablo, le aflorarán sentimientos de poder del tipo: yo soy el diablo, él está en mí, mientras que en los otros aparecerán otros sentimientos de poder: nosotros somos los señores del mal. Ahí es donde está el diablo.

El miedo psicológico es señal de falta de libertad. La confianza es el núcleo del mensaje cristiano: confianza de no estar abandonados al miedo, confianza en que somos libres para volver a comenzar de nuevo, en que no fallaremos nunca de manera definitiva por nuestra culpa, y que nuestra vida siempre podrá renovarse completamente.

La verdad nos hace libres. En esto consiste para mí el valor y la fuerza de la fe religiosa: liberar para la verdad, eliminar el miedo y suscitar confianza. Todas las religiones tienen en último término la intención de transmitir sentido y de hacer posible un horizonte más amplio de una vida plena de sentido. La contribución del cristianismo es la liberación del hombre para la salvación y la perfección de la felicidad en la gloria de Dios.

La fe, una experiencia como el amor

No estoy totalmente seguro de seguir en mi vida el lema: “Fiarse está bien; no fiarse, mejor”. Incluso el mayor fanático del control experimentará decepciones. La vida humana solamente tiene éxito cuando creemos en los otros, cuando nos fiamos de los demás. Solo nunca podré resolver todo en la vida. El jefe debe confiar en sus colaboradores; si instala cámaras para supervisarlos, es posible que se desmotiven y que se limiten a trabajar de acuerdo con lo mandado.

Confianza sin embargo no significa ingenuidad. En los negocios tengo que asegurarme de no ser engañado. Si en el terreno de las relaciones interpersonales, por ejemplo entre colegas, desaparece la confianza, la relación resulta despiadada. En ese campo, y también en los negocios, la fe y la confianza son absolutamente necesarias. Naturalmente puede haber decepciones. Cuando se ha cometido un error hay que pedir perdón y hay que concederlo. Solamente de esta forma se puede restaurar la confianza.

La confianza en Dios se funda en la necesidad primordial de confiar que tenemos los seres humanos, pero va más allá. Para los cristianos, la confianza se deposita en

Jesucristo, en quien Dios se ha hecho tangible. Veo en la Sagrada Escritura quién era Jesús, la fascinación que ejercía y confío en Él; además, no estoy solo en este confiar. Nadie cree para sí solamente. Yo estoy inserto en una comunidad de fe aunque, como solemos ser bastante individualistas, sintonizamos más con la idea de que la fe es una cuestión privada que queda en mí, en lugar de compartirla con otros. La seguridad de la fe, sin embargo, no sale de mí sino que es algo que me regalan desde fuera. El fundamento de la confianza y también de la fe es: “Creo porque tú lo dices”; confío en los testigos de la fe que han contado sus experiencias con Jesús.

Si miramos a Jesús veremos que también Él es un salvado. La confianza en Dios lo salvó y nos prometió que, si seguimos el mismo camino, también seremos salvados con Él. Junto a Él las personas eran felices y esto sigue siendo válido en la actualidad. También hoy puede dar confianza a quien sufre, si une su sufrimiento al de Cristo, mirando su propia experiencia a la luz de la historia de Jesús y de su Pasión. De esta manera saldrá de su esfera individualista y experimentará que no es el único que sufre. Para muchas personas esto es un consuelo y una experiencia de solidaridad. El creyente puede experimentar esa cercanía de Dios que nos hace felices no solo en los buenos momentos sino también en la desgracia.

Nuestra fe cristiana ofrece una seguridad básica: vivir eternamente; esta certeza proviene de Dios y se transmite a través del encuentro con otras personas, no con las dignas de reverencia sino con las dignas de fe.

A esto se llega mediante un diálogo concreto: “¿Qué posición tienes *tú* frente a la fe? ¿Cómo te comportas *tú*?”. Cuando propongo estas preguntas a jóvenes, veo que, de repente, algo cambia en ellos haciendo que se derrita el hielo porque experimentan que pueden desprenderse de sí mismos y ser libres. Muchos no llegan a creer precisamente porque no llegan a salir de sí mismos. Solo en la medida en que uno se libera de sí mismo se logra la madurez humana y espiritual. La fe es una experiencia similar a la del amor. En su tercera carta, san Juan dice: “El que hace el bien es de Dios”, queriendo decir que solo el que ama como Dios, puede experimentar quién es Dios. En esto consiste la experiencia de Dios. No se trata, por tanto, de un concepto abstracto de Dios; no es el Dios de los filósofos, sino el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, como escribió el filósofo francés Blas Pascal en 1654 al relatar su experiencia mística. Dios no es alguien que está enfrente, al que se le puede percibir como a cualquier objeto de nuestra realidad humana, ni es algo que se pueda tener por verdadero y aprender de memoria como un teorema matemático.

Solamente puede creer el que ama. El modelo de este amor a Dios es Jesús: “Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho”, dice en el lavatorio de los pies (Jn 13,15). Estar en el amor es estar en Dios. Tampoco aquí sirve estar delante, detrás o seguido de otro. “El amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios”. Esta frase de la primera carta de Juan (4,7) es para mí la expresión central para describir en qué consiste en definitiva la fe y cómo es el proceso de creer: Quien ama, conoce a Dios.

Este Dios es plenitud de vida, una plenitud indescriptible. Él es el Dios de la vida y de

la comunidad. No reina sobre todas las cosas como el primer motor inmóvil, sino que comparte su plenitud, su vida, con otros seres, con nosotros mismos. “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?”, canta el salmista en el salmo 8. El ser humano es asumido en la plenitud de la vida de Dios y participa de esa vida y de esa luz.

La fe no supone una felicidad concreta ni la acumulación de momentos hermosos sino que es el convencimiento de que seré feliz cuando esté completamente en Dios. Solamente en la unidad con Dios se encuentra la felicidad sin sombras y la paz perfecta. Tomás de Aquino dice:

La fe no aquieta el deseo de felicidad, sino que lo excita (...) La suprema felicidad humana no está en el conocimiento de fe (*Suma contra los gentiles*, III, 40, 2).

Así, la fe desemboca en la esperanza: yo espero que esta felicidad sea posible en Dios, como vida en plenitud, como una vida eterna en la que ya no habrá llanto, luto, lamentos ni dolor.

No hablamos solo con una perspectiva ultraterrena y escatológica, sino que también podemos experimentar todo esto aquí, en el presente, aunque de manera frágil. No existe el paraíso en la tierra y hay que desconfiar de quien nos lo prometa. Pero la eternidad está presente entre nosotros, en medio de la vida. Es como cuando la luz entra por la rendija de una puerta e ilumina el espacio en el que vivo.

Esta fe también hace posible una relación positiva e intensa con la Iglesia, con todas las debilidades que pueda tener. “Feliz el pueblo que te pertenece”, dice el salmista (Sal 32,12). La comunidad que pertenece a Dios puede considerarse afortunada. Y también puede considerarse afortunada la persona que pertenezca a este pueblo aunque sufra cualquier necesidad: “Señor, tú lo debes soportar porque también yo lo soporto”.

LA CARIDAD

Amor: palabra demasiado grande y fórmula vacía. A mí me es suficiente amar a mi compañero. Más allá no vale la pena amar. El amor no tiene valor en el mundo actual caracterizado por la indiferencia. Es mejor permanecer frío.

Quien no ama no experimentará nunca la plenitud de la vida. El amor, como satisfacción de una necesidad, termina en la explotación recíproca. La frialdad no es una alternativa porque en el frío emocional no florece nada, no hay libertad, no se origina nada auténticamente humano. La indiferencia es la muerte del amor y la frialdad el principio del fin de la humanidad, es decir, lo contrario de la felicidad, que al fin –y también ahora– es lo que verdaderamente cuenta.

El amor es una experiencia cumbre

Hace ya muchos años, cuando era yo diácono, me encontraba con un grupo de jóvenes de camino hacia Achenkirch porque pensábamos ir de excursión a la montaña; sin embargo ellos se enfrentaron a mi propuesta: “No nos gusta nada, es demasiado difícil pues la montaña es muy alta. Nos quedamos aquí”. Entonces dije con fuerza: “¡Subimos!”. No cedí, a pesar de que aquel día tenía fiebre. Y me impuse solo con mi autoridad. Luego, ante la maravillosa vista que se divisaba desde la cima, los jóvenes, aunque un poco aletargados, empezaron a abrazarme. No cesaban de hablar con entusiasmo haciéndose lenguas de lo bello que era todo. Esa experiencia no hubiese sido posible sin la superación de la propia comodidad.

¿Qué tiene que ver esto con el amor? El amor es mucho más que un bello sentimiento. Es también un riesgo, una aventura, un esfuerzo. En psicología existe la expresión “experiencia cumbre”, que describe la vivencia de una alegría profunda y del éxtasis, una sensación en la cual se amplía el horizonte y se supera el ego. Amor significa que dejo entrar al otro. Solo cuando me aventuro en el amor, se me abren perspectivas; solo entonces me enriquezco y tengo experiencias de las que antes no tenía ni idea. La aventura y el riesgo del amor es entrega, donación de sí, apertura al otro. Esto vale tanto para el amor entre amigos como para el amor erótico o sexual. Sin embargo, el amor es ante todo olvido de sí mismo, la superación del amor a uno mismo de tipo narcisista. El amor no solo nos hace sentir de modo más intenso quiénes somos, sino que al mismo tiempo nos sobrepasa y nos muestra lo que podemos llegar a ser. Nos toca en lo más íntimo del corazón y nos remite a algo que es mayor que nuestro corazón y que se hace

evidente en la relación con el otro.

En el amor a otra persona, a una mujer, a un hombre, a un niño, pero también a un valor, a Dios, en la entrega a un trabajo o a un arte, salgo de mí mismo. Me inclino hacia algo que está fuera de mí yo, y esta entrega me enriquece despertando a la vez en mí mismo las mejores posibilidades.

Solemos distinguir entre amor, en el sentido de una fuerte relación emocional hacia una persona absolutamente concreta, una orientación hacia una persona, y el estado de “estar en el amor”. Esto es algo distinto a un lígüe con connotaciones eróticas. Cuando alguien ama realmente a una persona, solo piensa en esa persona. *Está* en el amor. El amor es por tanto como una fuente de la cual vive. Existe también el amor por el conocimiento, el eros del estudio, cuando solo se piensa en el estudio, pasando el día y la noche ante los libros para comprender o resolver un problema o para encontrar la respuesta a una pregunta. Sea cual sea el objeto del amor, el que ama abandona todo para alcanzar su objetivo.

Lo decisivo es que el amor vincula y, precisamente por ello, regala libertad. Se involucra en algo haciendo posible lo que hasta ese momento no lo era. Por eso, al ser tan central para la libertad, es también el fundamento de todas las virtudes y el requisito para una vida buena.

Perderse y encontrarse a sí mismo

El egocentrismo y el impulso a satisfacer la propia necesidad son contrarios a la esencia de la felicidad. Es bastante difícil hacer comprender a una sociedad narcisista que la felicidad nace cuando yo me pierdo a mí mismo, cuando estoy con otros. La felicidad, por tanto, no es un asunto personal. Naturalmente puedo ser feliz cuando estoy en mi habitación escuchando música solo para mí. Por ejemplo, hace poco, para alegrar mi espíritu, escuché el motete *Exultate, jubilate* de Mozart, con el maravilloso Aleluya, cantado por la soprano. Me gustó tanto que lo escuché una segunda vez. Pero en el amor a la pareja o a un amigo hay algo más: la comunicación por la que gustamos compartir con el otro la propia experiencia, hacerlo partícipe. En un libro antiguo sobre la amistad, el *Laelius* de Cicerón, leemos:

Si alguien subiera al cielo y contemplara la naturaleza del universo y la belleza de las estrellas, la vista más maravillosa no tendría ningún encanto para él. Pero tendría una gran alegría si tuviera a alguien a quien contárselo (nº 88).

Mi amigo o cualquier persona que me quiera nunca envidiará mi felicidad; al contrario, el amor comparte la felicidad y así la multiplica.

Quien ama, se pierde a sí mismo. Cuando alguien se enamora, decimos que “perdió la cabeza”, y es verdad. Se trata de una apertura a un horizonte más amplio, que comprende también el descubrimiento del horizonte de sentido. Sin esta apertura no es posible la felicidad. Sin la ampliación del horizonte de sentido las personas corren y se afanan por lograr nuevas experiencias, que solo pueden ser un sucedáneo.

En realidad, quien ama no se pierde a sí mismo sino que se encuentra a sí mismo. La promesa de Jesús lo avala: “El que hallare su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí la encontrará” (Mt 10,39).

Ciertamente que se puede decir, y muchos lo hacen: “Me deja frío. Me basta con el amor a mi pareja”. A esto solo puedo responder: “¡Qué pobre eres!”.

El amor erótico es una forma de esta apertura hacia el otro; se trata de una forma elevada, sin duda, pero lo que sucede en el amor erótico se encuentra en muchas formas y modos de actuar que constituyen nuestras vidas y la enriquecen. Prescindir totalmente del otro sería mortal, para mí y para los otros. Cada uno tiene la obligación de contribuir al bien de los demás. Cuando el agua derriba los diques e inunda algún país dejando sin techo a millones de personas, nadie puede permanecer indiferente. La ayuda es, entonces, una forma de amor. Reaccionar ante las necesidades de los demás y estar a su lado en los malos momentos es un reflejo profundamente humano.

En cierta ocasión animé a un matrimonio a aceptar un hijo del que sabían que iba a nacer con el síndrome de Down. Todos sus amigos les aconsejaban que abortaran, pero no lo hicieron; después, la felicidad que experimentaron era increíble. Es verdad que una elección de este tipo supone una carga que no es para todos. En su decisión pusieron por delante el amor que les recompensó con una increíble riqueza.

El amor no necesita grandes hazañas ni situaciones excepcionales. Se ve de lo que es capaz el amor cuando alguien se preocupa por los otros. Puede tratarse de algo tan normal como la intervención de los bomberos voluntarios ante el fuego y cómo después de apagarlo, cuando se sientan para beber una cerveza y tomar algo, se percibe su alegría porque han trabajado más de lo normal y más que si hubiesen estado sentados ante el televisor. El trabajo en común, en el que cada uno se crece superándose a sí mismo y olvidándose de su pequeño mundo, enriquece la vida. Así se produce la felicidad.

¿Qué tiene que ver esto con el amor? Esto *es* el amor, el amor al prójimo concreto.

Consolar a un niño que llora, ver a través de las lágrimas unos ojos que ríen y percibir cómo brillan, es también felicidad. La persona que con su amor no va más allá de la relación emocional con su pareja, incluso que conscientemente se limita a eso, nunca experimentará lo que es vivir en plenitud. Quien utiliza a su compañero o compañera para su felicidad personal, al final verá cómo falla también esa relación. Solo cuando abandono mi ego, experimento cosas que no experimentaré nunca sin un verdadero sí al otro.

En cualquier caso, la frialdad no es la alternativa al amor. Ya solo con oír la palabra comienzo a congelarme. En la frialdad emocional no florece nada, no se origina nada humano. La indiferencia es la muerte, la muerte de todo amor y el comienzo del fin de la humanidad.

¡Abrazaos!

El alemán solo se conoce la palabra “amor”. En griego existe el *eros*, el deseo ardiente que comprende también la sexualidad. Pero también existe la *philia*, el amor de amistad,

y el amor cariñoso que cuida del otro, el *agape*.

La expresión “hacer el amor”, tan usada ahora, hace referencia al sexo. La gente joven consume pornografía a través de Internet. Basta con introducir la palabra “sexo” en Google para que aparezca la peor pornografía. Incluso los niños pueden acceder a ella sin filtros.

Pero el deseo de un amor profundo no se puede extirpar. Hace tiempo, en un número especial de la revista *Der Spiegel* dedicado al tema de la pubertad, una estudiante de diecisiete años describía así cómo se imaginaba la felicidad: “Cuando siento que me sucede algo bello, algo nuevo. Cuando tengo una idea fantástica o cuando veo con ojos totalmente nuevos a una persona porque me he enamorado de ella”. Las historias de amor no terminan nunca.

Sin embargo, las más bellas historias de amor no suceden ni en la literatura, ni en el cine, ni en el teatro, sino en la vida real. Cuando veo en la estación o en el aeropuerto cómo corren al encuentro dos personas que se esperan y se abrazan, me digo a mí mismo: “¡Maravilloso! Abrazaos y disfrutad. ¡Qué bello!”. El amor juvenil es algo maravilloso, aunque sepamos que puede no ser duradero. Tras esta constatación no hay melancolía, sino ese realismo que he aprendido de los italianos.

Los italianos no se escandalizan cuando los jóvenes se abrazan y se besan apasionadamente en público. En Alemania, por lo menos antes era así, esto irritaba e indignaba a la gente: ¡Estas cosas no se hacen en público! Los italianos valoran las diversas etapas de la vida y dejan que cada uno actúe como mejor le parezca. A los jóvenes se les permite un poco de todo. De todas formas, también se espera que el joven muestre responsabilidad; después, a una cierta edad, cuando muchas cosas no son como antes, también lo aceptan con tranquilidad. Así es el camino del amor y de la vida.

El amor redime

“Solo el amor redime”, dijo Benedicto XVI durante la Misa de la fiesta de Pentecostés de 2010. Esta es la fórmula breve del mensaje de salvación del cristianismo.

Superarse a sí mismo es lo que ocurre en una pareja de enamorados y, de forma aún más intensa, en el amor de las personas por Dios. Esto es lo que quiso decir Benedicto XVI cuando pidió a sus sacerdotes el celibato por amor, lo que presupone una personalidad madura.

Suponiendo que todavía fuese válida la frase de Nietzsche sobre el cristianismo: “Los cristianos deberían parecer más redimidos”, ¿podríamos sacar la conclusión de que en la Iglesia como institución falta el amor?

Es verdad que existen en algunos grupos signos visibles de amor, pero no deberíamos tener falsas expectativas. ¿Puede el amor configurar una institución? Yo creo que más bien no. El amor puede determinar la relación entre personas concretas. Pero cuando las instituciones, con una definición sociológica, se ven como sistemas de reglas de determinados organismos, con formas de organización complejas, entonces es algo distinto. Yo tengo la costumbre de traer piedras de los lugares a donde voy. No son

piedras preciosas, sino piedras sólidas que me recuerdan a los monasterios. El amor tiene en común con la institución tanto como una flor de montaña con una de las piedras que tengo yo en mi habitación.

Pero cuando se habla del amor como el valor último y decisivo, entonces es aún más fuerte el contraste con la realidad vivida.

El papa Benedicto tenía razón al decir que el amor redime. Esto no solo es verdad en la esfera de las altas consideraciones teológicas, según las cuales el amor de Dios libera a las personas. El amor llega a la cotidianidad más normal, la más concreta. Cuando alguien que tiene miedo encuentra a otro que le presta atención, pierde el miedo y adquiere confianza y coraje para vivir. En el amor no hay miedo. Las instituciones pueden estar a veces marcadas por el miedo.

Verdaderamente el cristianismo es una religión loca, porque coloca el amor en el centro. Sería deseable que las personas que viven en las instituciones de la Iglesia y se inspiran en el mensaje del amor que se hizo hombre, estuvieran marcadas con mayor frecuencia y más fuertemente por esta locura, por este modo arriesgado e intenso de aceptar la vida, de dar un sí al otro. También el celibato tiene algo de locura y por eso molesta a muchos, aunque resulta curioso comprobar que todos los que se muestran alterados ante él, no tienen obligación de mantenerlo ni tienen nada que ver con la Iglesia. Vivir una vida célibe en una época en la que el sexo lo es todo, es un signo con gran significado. El amor no es el disfrute de los instintos. El amor es creativo. Si una sociedad se abandonase a sus instintos resultaría totalmente destructiva. Otto Kuss, especialista en el Nuevo Testamento, lo dejó escrito en el libro de visitantes del Colegio de Santa Otilia: “Quien ama está loco; y quien no está un poco loco, no puede amar”.

El amor no puede dividirse

¿Se puede dividir el amor entre relaciones espirituales, corporales y sociales? O bien, ¿en el amor a sí mismo, al prójimo y a Dios? Soy escéptico ante tales subdivisiones. Incluso la idea de un amor con una posible estructura triádica, a uno mismo, al prójimo y a Dios, es artificial. Típico del alemán es hacer distinciones hasta en el amor: primero el amor a sí mismo, luego el amor al prójimo y por último, como corona, el amor a Dios. Yo soy precavido cuando hablamos del concepto de amor a sí mismo, si es que con ello entendemos algo distinto a la consideración de las propias fuerzas y capacidades, porque detrás veo el peligro del egocentrismo y del narcisismo. Es posible estar totalmente con uno mismo y con los otros. Cuando estoy con el otro, estoy también conmigo mismo. De igual forma que no puedo separar el amor a una persona del amor a Dios, no puedo separar el yo en estas dos actuaciones. El filósofo judío Martin Buber lo subrayó en repetidas ocasiones: la persona solo puede crecer en la relación yo-tú. Solamente a través de un tú, el yo se convierte en un yo pleno.

El altamente erótico Cantar de los Cantares de la Biblia describe el arquetipo de la relación de Dios con su pueblo y con la humanidad. Dios se ha enamorado perdidamente de sus criaturas, aun cuando cometan tantos errores. Esto es algo maravilloso: Dios

corteja al hombre como un enamorado corteja a su novia. El amor erótico es un signo concreto del amor de Dios por el hombre. Dios se ha encaprichado de él y esto es algo completamente distinto al motor inmóvil, en el que los griegos veían a Dios. También nosotros vamos hacia Dios porque la nostalgia de su presencia impulsa nuestro corazón. En definitiva podemos decir que el amor es un deseo infinito.

Mi prójimo puede ser la ventana hacia Dios, y por eso el amor al prójimo no se puede separar de forma abstracta del amor a Dios: los hombres que se entregan verdaderamente a los demás, se entregan también a Dios. No puedo amar a Dios sin amar lo que tiene en su corazón, es decir, su creación. “Lo que hicieréis al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hicisteis” (Mt 25,40). La enfermera que cuida a una persona o que asiste a un moribundo no se pone a reflexionar si en esa persona ama a Dios sino que ve la necesidad que tiene y sale al paso. No se puede comprender conceptualmente el proceso de una relación interior de este tipo. Cuando doy un vaso de agua al que tiene sed, cuando doy pan al que tiene hambre, estoy dando agua y pan a Cristo presente en él. Tiene la cualidad mística del uno e indiviso amor.

Amor y moral

El amor entre amigos y también en pareja no consiste en decirse continuamente cosas bonitas para halagarse. El amor no es un camino de rosas; puede estar de acuerdo con la verdad, puede provocar cólera, puede significar incluso dureza cuando hay que abrir los ojos al otro y dejarle claro que ha equivocado el camino. El mejor ejemplo nos viene de la educación. Los niños deben aprender a dominarse y también aprender de los padres dónde están los límites; hacerlos entender que esto puede ser una expresión de amor.

En la predicación de la moral encontramos aparentes contradicciones. Por una parte está la exaltación del amor y por otra una demonización de la sexualidad y del placer. Detrás de ello se oculta una visión sabia de la naturaleza humana ya que las pasiones grandes y violentas pueden bloquear totalmente la razón. De hecho existe la pasión erótica y sexual en la que –en sentido figurado– podemos decir que perdemos la cabeza y el equilibrio interior.

El amor puede tener algo de anárquico, de salvaje. No es raro que un hombre que vive una relación estable encuentre una mujer que lo fascine de tal forma que ponga en peligro esa relación duradera (o viceversa). Tampoco es infrecuente que una persona esté tan embelesada por bienes terrenales como la riqueza, el poder o el deseo de ser admirada, que se pierda a sí misma, que olvide todo lo demás, incluido Dios, e incluso actúe contra sí misma. Puede suceder, por supuesto, que diversas personas me “toquen” en el plano emocional. Pero cuando los sentimientos son la medida de todas las acciones desaparece la atención hacia las relaciones existentes que debo respetar. Las dos cosas son justas: el amor no se limita a una sola persona, pero (también cuando se trata del amor sexual) es una unión exclusiva con un compañero o una compañera. El ser humano es así, no puede repartir el afecto de pareja entre varias personas. Acaece con frecuencia ver personas que tienen varias relaciones en el ámbito sexual, pero no podemos hablar de

amor cuando en una multiplicidad de relaciones sexuales se utiliza a la pareja para satisfacer el propio erotismo. Existe también la pasión que lleva a una dedicación absoluta y al don absoluto de sí mismo. La pasión también necesita riendas, y no me refiero solo a la pasión sexual. También el amor al prójimo necesita ser razonable porque se puede dar el caso de una persona que se gaste tanto junto a la cama de un enfermo que acabe con sus fuerzas. Hay que pensar en uno mismo para que poder seguir regalando amor.

No hay amor sin pasión

“El corazón alegre es el resultado normal del corazón que arde de amor”. La madre Teresa de Calcuta definió la pasión como un camino hacia la felicidad y la alegría. El amor apasionado no se vive solamente en la relación erótica o sexual, sino que actúa también en la dedicación caritativa a los otros. Y también en la pastoral. Un guía espiritual tiene que amar a la gente. Tener pasión por las personas no significa enamorarse de repente de ellas, sino tener un corazón grande para acogerlas; cuando un guía espiritual no llega a esto, es mejor que trabaje en tareas administrativas o en un archivo.

Si me entrego por amor, debo hacerlo con pasión. Sucede como en la música: una música sin pasión no es música. El corazón del artista debe sumergirse tanto en la música que mueva y estremezca el corazón de los oyentes. Lo que pasa con las personas se puede comparar con la ley física a la que obedece la vibración de dos cuerdas. Cuando una comienza a vibrar, vibra también la otra, y así surge la resonancia.

El amor está hecho de conquistas. Que yo me enamore significa que deseo ardientemente entrar en resonancia con el otro y recibir una respuesta. Si no la recibo, lucho por ella, porque para mí esa mujer o ese hombre tiene tanto valor que me gustaría tenerla o tenerlo a cualquier precio. El amor unilateral, aquel que dice “aunque tú no me ames, no puedes impedirme que yo te ame”, está ciego. No se puede obligar a nadie a amar. Amar significa dejar al otro su libertad. Si él no quiere, sencillamente no quiere, y debo dejarlo en paz.

Qué es lo que despierta el amor

La vida solitaria, de “single” (como se dice ahora) al menos cuando se presenta como ideología, con frecuencia está basada en el narcisismo, en la incapacidad de confiar en otra persona y amarla. Se querría disfrutar de la vida y permitirse todo. Ciertamente que podemos gozar de la vida, pero con medida. El amor es también placer, pero no podemos amar solamente por el placer.

“Amar la vida” significa ser feliz de estar en el mundo. Amor significa que la vida me viene al encuentro en el otro. Al experimentar esto, me doy cuenta de lo bella que es la vida. Cuando amo a otro, también mi vida es bella.

El amor es una afirmación activa: también el otro debe sentirse amado. Cuando se tiene confianza, se ponen de manifiesto cualidades que antes no estaban o no eran

visibles. Por ejemplo, cuando los jóvenes experimentan el amor comienzan a escribir poesía. Pasa como con las rosas que se abren cuando el sol, la luz y el calor actúan sobre ellas y que cierran sus pétalos cuando el sol se pone al atardecer. Su belleza se ve plenamente cuando se abre la flor.

Se trata de interpelar y ser interpelado. El amor se despierta en los jóvenes por estímulos externos: la belleza de un rostro joven, de un cuerpo joven.

Solo bajo la luz y el calor del amor se hace visible la belleza que hay en cada persona; es entonces cuando se desarrolla su potencial. El amor tiene algo de proceso creativo, es una forma de participar en la obra de la creación. La psicoterapeuta Verena Kast habla de “Herauslieben” (que podríamos traducir por “gran amor” creativo), que significa algo así como sacar afuera y hacer visible lo que está presente en el otro y que aún no ha salido a la luz: esto es amor.

Recientemente vi en un aeropuerto a una mujer joven con tanto sobrepeso que apenas podía caminar; a su lado iba su novio que jugaba con las manos de ella. Me pareció una expresión de lo que se querían.

La religiosa Ruth Pfau, médica especialista en lepra, que trabajó más de cincuenta años en Pakistán y que trató a personas muy desfiguradas, creyó en cierta ocasión que no podría seguir amando, aunque acabó diciendo:

Pensándolo más despacio, siempre se puede amar. Sencillamente porque Dios no crea “restos de fábrica”. En cada persona hay algo hermoso, algo precioso, quizá solo algo trágico, pero siempre algo que yo puedo amar. De alguna forma se transparenta que nuestra vida es un don, una propiedad inserta en el amor.

Cultivar la pasión

Los estímulos físicos por sí solos no constituyen el amor. También ellos tienen que ser refinados; solo entonces son más que una simple señal de apareamiento para conservar la especie según la biología reproductiva.

Somos seres culturales. Incluso el amor entre las personas no está en estado natural. Todo debe ser cultivado, también nuestro amor. Los jardines japoneses o el arte japonés del ikebana son para mí el ejemplo más hermoso de este amor cultivado. Solo conscientemente se pone en evidencia la belleza plena de las cosas. La cultura no es obstáculo para la belleza sino que permite que resplandezca. Solamente un amor cultivado es un auténtico amor humano que produce alegría y no desilusiona.

Cuando se trata solo de pasión, la persona se pierde. Entonces todas las demás relaciones le son indiferentes.

La frialdad es el otro extremo. Frialdad es cuando voy a la cama con el manual del amor. “El amor no se aprende”, dice Rilke en un poema refiriéndose a ese cultivo que requiere disciplina y paciencia, atención y respeto. El amor no piensa solamente en su propia satisfacción, sino en la del otro. El amor es una relación con un tú de modos muy diferentes.

El amor transforma. Cuando un joven es “tocado” por otra persona, libera nuevas fuerzas ampliando sus posibilidades de vida e incrementando su intensidad. Cuando eso

ocurre, el joven zafio comienza a vestirse de manera distinta y el matón se transforma en un joven sensible. En presencia de mujeres, incluso hombres adultos y rudos se convierten de repente en delicados. El hombre que ama a su mujer y el padre que ama a su hijo relativizan los bienes de este mundo más rápidamente que quien vive para sí mismo. El amor puede cambiar a las personas. No solo debe ser cultivado, sino que tiene el poder de refinar.

Los narcisistas se enamoran de sí mismos porque no confían en el otro. Sin embargo, el amor significa poder darse hasta la entrega total de sí mismo. Platón, en el mito de los “hombres bola”, narra que, en el origen, el ser humano fue creado en forma de una esfera que después fue separada en dos mitades; por este motivo las dos mitades se buscan continuamente. Solo en la nueva unidad se alcanza de nuevo la perfección. Por tanto llegamos a la plenitud, a nuestra verdadera forma, solo por medio de otro. Necesito al otro para poder ser “redondo”. Con las palabras de Martin Buber: El yo se realiza solo en el amor al tú.

Necesidad emocional

La intimidad, en cuanto lugar de una relación de confianza y protección, caracteriza una relación exclusiva. Esto no vale solo para relaciones de amor entre adultos, porque todos deseamos una atención emocional e intentamos obtenerla de diversas formas. Incluso el niño la necesita de sus padres. Este es precisamente el problema de la educación en un internado: cuando un niño está triste necesita caricias, pero el educador tiene que estar atento a no ser él el que necesite las caricias del niño. Por otro lado, es preciso ofrecer un afecto cordial al niño, pero no se puede convertir en una relación exclusiva, ni mucho menos tener una connotación sexual. Los abusos se producen siempre que se olvida esto en las relaciones asimétricas. Es muy algo bello que un niño o un joven te abran su corazón. Puedo alegrarme de ello, pero si intento obtenerlo, se convierte en un abuso. También los educadores adultos tienen que saber canalizar sus propias necesidades emocionales. Incluso los educadores adultos casados pueden construir una relación con alguien más joven, e incluso hacerle “caricias”, aunque siempre manteniendo los límites. El educador debe ser consciente de la problemática inherente a estas relaciones. En los internados religiosos se ha prestado poca atención a estas cuestiones y, confiando en que los sacerdotes jóvenes tendrían una relación natural con la juventud, se les ha asignado este trabajo sin una reflexión suficiente y sin la preparación adecuada. Puede ocurrir que, de repente, se encuentren confrontados con su propia necesidad de amor. Menos mal que desde hace algún tiempo hay cursos de formación específicos para prefectos de internados que sensibilizan en este tipo de relaciones.

El difícil amor a los enemigos

“Yo os digo: amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen” (Mt 5,44).

El primer prior nativo de nuestra abadía de San Mauro en Hanga, Tanzania, el padre Gregory Mwageni me dijo una vez: “Cuando me bautizaron, me parecía imposible poder amar a los que no fueran de mi clan”. Añadía: “Nosotros estamos acostumbrados a hacer todo por los miembros de nuestra tribu. Pero todos los demás, son enemigos potenciales”. El amor a los enemigos no significa lo que designamos como “amor-odio”, es decir, una relación emocional tan intensa que en su expresión llegue hasta lo opuesto. Jesús habla en Mateo 5,44 del amor a las personas que me quieren mal. Por principio, el amor no tiende a separar sino que busca la cohesión y la unión. Amar al enemigo significa que me ocupo de una persona aun sabiendo que me quiere infligir un mal. Por ejemplo, cuando cuido con gran entrega a prisioneros de guerra.

Yo creo que el amor transforma al enemigo, alejándolo de una actitud agresiva, haciendo surgir en él su humanidad de forma que el mal pueda ser vencido por el bien. Si yo voy, por ejemplo, a Corea del Norte, al principio advierto la reserva que existe hacia mí como extranjero. Esta prudencia tiene un significado muy arcaico: toda persona extraña es un peligro para nuestra vida. También ocurre algo parecido en nuestros países occidentales donde las tendencias nacionalistas temen que los extranjeros nos arrebaten los puestos de trabajo o sean unos parásitos que gasten el dinero de nuestro sistema social sin nada a cambio. Sin embargo, cuando me encuentro con un individuo en particular todo parece distinto. Entonces se dicen frases como: “Los demás no sirven para nada, pero este sí”. Un caso clásico es el que ocurrió en las trincheras de la Primera Guerra Mundial cuando los soldados situados en las líneas de frente enemigas intercambiaron cigarrillos; se habían dado cuenta de que “el otro” era también una persona; entonces ya no pudieron disparar sobre él.

El “amad a vuestros enemigos” ha tenido consecuencias hasta en las instituciones estatales. Nuestro sistema está diseñado para la rehabilitación del delincuente y esto es también expresión del amor al enemigo, es cristianismo objetivado, similar a la obligación de socorro fijada por la ley. Ya no se ve solo en el delincuente a la persona que ha cometido el mal, sino a alguien a quien se le concede la posibilidad de cambiar.

La indiferencia es mortal

Lo contrario del amor no es el odio sino la indiferencia, esa actitud que desprecia al otro, lo abandona y le da a entender que me da igual que exista o no. Esta es una agresión muy violenta porque despoja al otro de su dignidad. Cuando odio, tomo al otro en serio; la indiferencia, por el contrario, es una falta total de estima: “Tú para mí eres cero. No eres nada”. Es lo más mortal que se le puede decir a alguien.

Esta actitud no se limita solo a las situaciones de conflicto político sino que también ocurre con frecuencia en el matrimonio. Cuando dos personas viven juntas y no significan nada la una para la otra, nos encontramos ante una situación mortal para la relación. Solamente cuando entro verdaderamente en el otro puedo descubrir en él un núcleo humano y solo cuando percibo este núcleo puede una relación producir de nuevo alegría.

Tomás de Aquino dijo: “Del amor proceden el gozo y la tristeza” (*Suma Teológica* II, II, 28). Esto es lo que le distingue de la indiferencia: el espectro emocional tiene en el amor su origen y su fuente. Junto a la transitoriedad, en el amor se encuentra el dolor por la pérdida. Con frecuencia el pensamiento se dirige al límite de toda relación representado por la muerte. “Quédate”; en este deseo que se encuentra en todo amante, se esconde el anhelo fundamental de permanencia y de eternidad.

El texto más bello sobre el amor

El texto más bello sobre el amor se encuentra en el capítulo 13 de la primera carta de san Pablo a los Corintios. No se trata en absoluto de un texto tranquilizador, de una “bendita armonía”, como podemos comprobar desde el inicio: “Si hablara las lenguas de los ángeles y de los hombres pero no tuviera amor, soy como bronce que suena o címbalo que retine” (13,1).

El valor supremo no es la profecía ni el martirio. Lo más provocador es que incluso la fe es relativizada en comparación con el amor: “Aunque tuviera tanta fe como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy”. El amor es el valor primero.

“Si diese todos mis bienes a los pobres y entregase mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve” (13,3). También entregar los bienes puede ser un acto de egoísmo, como por ejemplo, un mecenas de arte que deja en herencia todos sus tesoros a la ciudad, pero exige que edifiquen un museo con su nombre. El mayor gesto filantrópico no es nada sin amor; cuando se le mira atentamente puede resultar egoísta y vacío.

Luego describe Pablo las cualidades del amor: “El amor es paciente, es bondadoso. No tiene envidia, no es jactancioso, no es arrogante, no se aprovecha de los demás, no busca lo suyo, no se irrita, no lleva cuentas del mal” (13,4).

Quien perdona y lleno de amor dice: “Olvidemos el pasado”, no está trivializando la cuestión.

“No se alegra de la injusticia, sino que se goza con la verdad: lo excusa todo, lo cree todo, lo espera todo, lo soporta todo” (13,6-7). Las virtudes de la justicia y de la fortaleza están comprendidas en ella.

Al final aparece el anhelo de eternidad:

El amor nunca pasa. Desaparecerán las profecías, cesarán las lenguas, acabará la ciencia porque parcial es nuestro conocimiento, y parcial nuestra profecía. Pero cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto (13,8-10).

Ahora subsisten las tres: la fe, la esperanza y el amor. Pero la mayor de todas es el amor (13,13).

Es un texto maravilloso que se ha convertido en lectura habitual en las bodas. De todas formas, en estas ocasiones yo suelo elegir el evangelio de las bodas de Caná. ¿Por qué? Porque allí Jesús valora plenamente el matrimonio e incluso participa en su festejo; además cuida de que haya suficiente vino mientras los buenos ascetas hubieran preferido transformar el vino en agua. Sin embargo, este no es el verdadero amor a las personas.

Siempre hay gente que quiere que los demás sean como ellos y no pueden alegrarse de que los otros gocen de la vida. Esto es justamente lo contrario del amor. El amor concede al otro la libertad, lo acoge y lo respeta como es, lo que supone un buen trabajo. Tenemos que ser capaces de reírnos de nosotros mismos; necesitamos autoironía y humor, capacidad de relativizarnos a nosotros mismos.

Si lo logramos, el amor será una fuente de fuerza que no cesará nunca de manar. No se acaba nunca sino que, más bien se incrementa cuando se vive. Lo que Gregorio Magno decía sobre la virtud vale, incluso con mayor razón, para el amor:

Quien tiene hambre y sed de la virtud, cuando la consigue, experimenta saciedad. Pero una saciedad que no se vuelve insensible con la satisfacción, sino que, por el contrario, produce mayor apetito.

Para que el hombre sea hombre

Cuanto más miramos a las personas con los ojos de Dios –sobre todo si lo hacemos con una orientación religiosa– con más fuerza le amamos. El amor a los hombres y el amor a Dios van juntos. Pablo comparó la relación entre Dios y los hombres con una relación conyugal. Hoy, en una sociedad tan marcada por la pornografía como la nuestra, nos es difícil afirmar que la unión íntima entre hombre y mujer en el acto sexual es un signo divino. Muchos lo verían hoy como una sublimación difícilmente comprensible ya que lo consideran un placer que no necesita ninguna explicación trascendente. Da la impresión de que desaparece el misterio de la sexualidad.

“Quédate un poco más, eres tan bello”. La búsqueda incesante del éxtasis es una expresión de esa trascendencia de la persona humana que no se puede eliminar. El amor, también el amor sexual, es siempre un impulso a la búsqueda de la felicidad sin fin. La industria pornográfica intenta embrutecer y perpetuar el impulso, aunque la repetición del estímulo sexual no produce la plenitud del deseo sino que más bien embota la calidad de la experiencia. El deseo permanece y continúa dejándose sentir.

Quien no ama, no conoce a Dios. Quien ama, lo conoce sin ningún esfuerzo especial. Solamente el que ama puede comprender la actuación y el corazón amoroso de Dios. “Solo se ve bien con el corazón”, dice el Principito de Saint-Exupéry. Nosotros estamos en el amor cuando nos olvidamos por completo de nosotros mismos, cuando no buscamos nuestro propio provecho sino el de los otros. Nos desviamos del amor cuando, de manera narcisista, nuestra referencia somos nosotros mismos. El discurso de que el mundo se ha olvidado de Dios expresa que, en el fondo, está sin amor. La necesidad de creer y las necesidades de nuestra sociedad están muy cercanas.

La pérdida de la capacidad de compromiso, la incapacidad para alegrarse espontáneamente, la desaparición de la confianza, la propensión al control, repercuten en el clima de la sociedad. Estos fenómenos tienen también implicaciones religiosas. Necesitamos confianza, amor y libertad para que la persona sea persona y la sociedad siga siendo humana. Cuando estas capacidades primordiales van desapareciendo, nuestro mundo se banaliza y se encamina hacia un estado orwelliano donde todo funciona perfectamente porque todo está bajo control. Pero sin confianza, sin libertad y sin amor

la comunidad se desmorona, resultando imposible la felicidad.

LA ESPERANZA

Nosotros, los realistas, lo sabemos bien: quien de esperanza vive, desesperado muere. “Quien todavía hoy da esperanza, miente”, dice el cantautor alemán Wolf Biermann. ¿Por qué no esperar lo peor, cerrarse en el propio juicio e instalarse?

Esperar lo peor está bien, pero es solo la mitad del realismo. Se debe, y se puede, buscar una salida incluso en situaciones difíciles. Mi experiencia me dice que el futuro no suele ser tan malo como parece. Hay un proverbio que dice: “Cuando Dios cierra una puerta, abre una ventana”. El pesimismo es hermano de la inercia. Biermann añade: “Quien mata la esperanza es un canalla”.

Un problema grave de esperanza

En 2008 se le diagnosticó un cáncer al artista plástico y director de cine, teatro y ópera Christoph Schlingensief, que con sus provocativas ideas siempre daba qué hablar. Aún no tenía cuarenta y siete años. En los dos años que vivió hasta su muerte, escribió un conmovedor libro sobre sus miedos y sus esperanzas, titulado: *¡El cielo no puede ser tan bello como esto! Diario de un enfermo de cáncer*. Poco tiempo antes de morir añadió: “No deseo en absoluto el cielo, ni tengo ganas de tocar el arpa, cantar y gandulear en algún lugar sobre una nube”. Esto me recuerda un poco a Aloysius, el mozo de cuerda muniqués gruñón, pero serio cuando decía: “Cielo... (aquí es sinónimo de morir y de muerte, del final de pensar y trabajar). Quizá estaré alguna vez en algún lugar entre las estrellas sin poder hacer nada. Me gustaría ayudar y lo haría con mucho gusto, pero no podré hacer nada. Desgraciadamente tengo mucho miedo a ese cielo”. Schlingensief cuenta que pensó suicidarse, pero renunció a ello: “En cualquier caso quiero seguir siendo cristiano...”.

El encuentro con el miedo al final de la vida, la confrontación con la impotencia del propio yo, representa un “problema grave” para la esperanza, incluso para los cristianos.

Cuando pienso en qué puede consistir la esperanza me viene a la memoria esta historia: una vez me telefoneó una mujer contándome sus problemas cotidianos. Su marido estaba enfermo de Alzheimer y desde hacía varios años lo cuidaba con gran sacrificio aunque no se lamentaba. Al final de la conversación telefónica dijo: “En el fondo lo hago con gusto. Él siempre ha sido un buen hombre. Y quizás tendré una recompensa...”, demostrando así su sobria esperanza bávara. No se trata de si “cuenta” o no aunque no está excluida categóricamente esa posibilidad. La gracia de la esperanza

es que no ofrece ninguna seguridad firmada y sellada. A pesar de ello no llega a la desesperación sino que confía en una posibilidad positiva. Esta mujer seguía el impulso de su corazón agradecido buscando el bienestar de su marido enfermo. Tenía una espiritualidad “pegada al suelo”, no como las que propagan continuamente valores sublimes y se desesperan cuando la cosa va en serio.

La esperanza no consiste en un optimismo que dice alegremente: “Basta con pensar en positivo y todo irá bien”. Como mucho, esto sería una forma superficial de confianza. “Esperamos” de forma natural a que mejore el tiempo, a que el examen sea fácil o a que “nuestro” equipo gane, cosas que no están en nuestras manos y cuyo éxito desconocemos. La esperanza expresa el anhelo de que las cosas sucedan como nosotros deseáramos, pero como virtud para la vida es más que un deseo piadoso. Su fuerza va más a lo profundo y apunta a que nuestra vida sea buena y esté llena de sentido.

Otra historia de matrimonios que a mí me ha impresionado es la siguiente: la teóloga Uta Ranke-Heinemann escribió en 2010 un artículo para el periódico “Die Zeit” en el que decía: “Desde el 11 de septiembre de 2001, el día del fallecimiento de mi querido esposo, que durante cincuenta y seis años fue la felicidad de mi vida, solo he tenido un pensamiento: volver a encontrarle en el más allá... He perdido la fe, pero la esperanza y el amor permanecen en mí”.

La muerte no es solo el rompeolas de la esperanza, sino también el “problema grave” de la fe y del amor. Con la muerte se termina la esperanza de alcanzar los objetivos de este mundo. Pero la esperanza es más grande y va más allá. Cristo espera en la cruz que el Padre no le abandone entre los muertos. Con Él también esperamos nosotros lo mismo más allá de la muerte, esperamos el cielo, la cercanía definitiva del amor de Dios. No puedo, por tanto, separar la esperanza y la fe, en el sentido de confianza, del amor. Uta Ranke-Heinemann dice haber perdido la fe. Es verdad que saber los contenidos del catecismo resulta relativo ante la muerte. Pero ante ella, la fe como confianza y esperanza asume un peso existencial. La fe misma se pone a prueba, pero no la comprensibilidad racional de determinadas afirmaciones. Ahora todo está en duda. La muerte de una persona querida –y también la mía propia e inevitable– es la gran interrogación de la vida.

Es una pregunta que se refiere a la totalidad. ¿Qué sentido tiene todo? Y sobre todo, ¿hay un sentido?

La fe en la vida más allá de la muerte es la piedra de toque. Si no fuera así, dice Pablo, todo lo demás no tendría sentido. Para mí hay algo seguro e inamovible: la confianza en Cristo Jesús y la certeza de que Él me ayuda y me ayudará. Dios me conducirá a la vida porque yo soy uno con Cristo Jesús. Como teólogo respondo a la pregunta por la esperanza con mi fe: la esperanza apunta al cumplimiento definitivo, al retorno de Cristo.

El lenguaje de la esperanza

Para quien no está acostumbrado al lenguaje bíblico, es difícil traducir lo que significa

“retorno de Cristo” y aún más difícil que lo comprenda una persona que lo ve todo negro porque, por ejemplo, no tiene trabajo o tiene cáncer o ha perdido a su amor y solo encuentra tristeza en su vida.

A esa persona no puedo presentarle esta imagen, ni siquiera una esperanza que la sustituya. Solamente puedo intentar entrar en diálogo con ella y decirle: si miras tu vida con atención, te darás cuenta de que tiene un sentido y que va hacia algo.

En uno de nuestros hospitales misioneros en África comprendí que hay que ser prudentes cuando se usan fórmulas teológicas. Allí, en África del Sur, un día iba yo caminando por los pasillos de un hospital con una religiosa, la hermana Reinolda, que no solo era una mujer enérgica sino también santa (de hecho se ha iniciado su proceso de beatificación). Esta maravillosa mujer había ayudado como comadrona a nacer a veinticinco mil niños. Hoy la gente la venera y hace peregrinaciones para visitar su tumba. En nuestra visita llegamos ante un jefe zulú. Ella le habló del amor de Jesús y otras cosas similares. ¿Cuál fue la reacción del jefe? Después de escuchar todo dijo solamente: “¡Esperemos que no aparezca ahora un león en mi *kraàl*! (en mi cuadra)”. La hermana siguió hablando con devoción aunque él no decía nada. Como sus esperanzas iban en otra dirección, no reaccionaba en absoluto a las consideraciones devotas. ¿Y qué hacía la santa hermana Reinolda? Me dijo sonriendo: “Al final lo conseguiremos”.

No deberíamos sonreír demasiado deprisa. Su eficacia no dependía tanto de lo que ella decía sino que era ella la personalización de la esperanza en lo que hacía. Quien vive así no necesita hacer grandes discursos teológicos. Una persona así dice mucho más con el lenguaje convincente de su propia vida que lo que pueda expresar con un lenguaje religioso-teológico.

Transmitimos realmente esperanza cuando experimentamos cercanía en el sufrimiento, cuando al acercarnos a alguien su vida es distinta, mejor, más rica, más plena. Cuando donde hay desesperación y necesidad, alguien enciende como un rayo de luz. Atender a quien no tiene esperanza, da esperanza; se trata de escucharle hasta que sepa de nuevo qué hacer. Quizá solo dure hasta el día siguiente, pero es suficiente.

Lo que voy a decir a una persona desesperada que venga a mí no lo sé por adelantado. Pero lo que sé es que tenemos que reflexionar juntos. Quizá de la conversación emerja alguna perspectiva que no se consigue mediante fórmulas teológicas, cuyo significado más profundo, en el mejor de los casos, solo resulta claro para el que lo explica. Esta nueva perspectiva no necesita remontarse hasta la vida del más allá.

Cuando las personas se tratan unas a otras, nace la esperanza que abre siempre una puerta. “Los que entráis, abandonad toda esperanza”, dice Dante a la entrada del infierno en *La divina comedia*. De ahí no se sale, se cierra el paso a la perspectiva de felicidad. Es lo que Jean-Paul Sartre describe en su obra *A puerta cerrada*: las personas cerradas en sí mismas pueden ser el infierno unas para las otras. Cuando se abren a los demás, se abre también la puerta de la prisión de la desesperación.

Los pesimistas tienen más dificultades

No es falta de realismo contar con lo peor aunque es solo medio realismo. La esperanza forma parte del realismo. Incluso en situaciones difíciles se puede y se tiene que buscar una salida. Los seres humanos tenemos una especie de esperanza natural que es la voluntad de supervivencia. Cuando alguien espera, lucha llegando a desarrollar fuerzas que nunca antes había sentido. Esto lo podemos observar en los enfermos y también en situaciones de peligro especiales. Cuando se piensa solo en lo peor, no se ve más allá. Si desespero, no veo ninguna salida. El puro miedo ante las consecuencias de una acción, paraliza. También la experiencia forma parte del realismo, que nos dice que en la vida muchas cosas han resultado mejor que lo que se temía. El pesimismo tiene un artículo de fe: “En última instancia, siempre va todo mal”, lo que no solo no es verdad, sino que además hace que el pesimismo se convierta en un hermano de la inercia. Y, de hecho, con frecuencia cuando algo va mal es porque no se ha intentado hacerlo mejor o por no haber conseguido impedir los fallos. Cuando trato de razonar con pesimistas compulsivos a veces me desespero porque no consigo llegar a nada, no admiten nada. Tengo la impresión de estar ante un niño, que vuelve a tirar las cosas que le hemos recogido del suelo. Por supuesto *puede* ocurrir algo malo, pero nadie puede decir con seguridad que realmente va a suceder. El optimista, al pensar por qué no van a ir bien las cosas, no solo vive más relajado sino que logra que salgan adelante muchas de sus empresas.

Fracaso y sentido

La esperanza no significa que todo vaya a ir bien en esta vida, que no se pueda fracasar, pero el fracaso no mata el sentido de lo que se ha hecho. En la iglesia de San Bartolomé de Roma, en la isla Tiberina, hay una iglesia encomendada a la comunidad de San Egidio en la que en los altares laterales están expuestas las reliquias de mártires del siglo XX. Allí está la piedra lanzada por los nazis contra la residencia del obispo de Rottenburg, Juan Bautista Sproll o la carta que Franz Jägerstätter escribió pocos días antes de ser ajusticiado por los nazis. Allí hay Biblias que llevaron esperanza a los mártires de Asia o de la Rusia comunista. Se ve el rosario del sacerdote ruso-ortodoxo Alexandre Men, la estola del arzobispo Romero al que dispararon mientras celebraba la Misa o el Breviario de san Pedro Poveda al que fusilaron por ser sacerdote en los primeros días de la guerra civil española. Estos testigos de la fe, que se comprometieron con la justicia y la libertad, nos muestran claramente que la esperanza que representaban no se destruye ni siquiera con la muerte. Su vida tuvo sentido aunque según una visión terrena no “terminó bien”. Ellos, con su valor, comunicaron esperanza a otros y mantuvieron viva la llama de la vida. Esa gran esperanza significa que al final todo irá bien y no solo para mí sino para el mundo entero, para todos. El Espíritu ya desde ahora renueva el mundo aunque la consumación solo será visible al final de los días. En la carta a los Romanos se dice: “Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Rm 5,2). La gloria de Dios es, por tanto, la meta de la esperanza cristiana, la gran esperanza de la redención del mundo.

“Que la esperanza os tenga alegres; estad firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración” (Rm 12,12), dice san Pablo esbozando, en base a esta esperanza, cómo deberían vivir los cristianos. La esperanza es el fundamento del arte cristiano de vivir.

Para mí personalmente significa la preparación para el “retorno de Cristo”, es decir, la orientación de mi vida hacia Jesucristo hasta mi muerte. Lo que seguirá después se lo dejo a Él. No tengo la pretensión de saber cómo será el futuro. Confío. Ya veremos.

La esperanza es liberadora, no adivinar el futuro

Los echadores de cartas leen el futuro en los naipes y los videntes nos predican la felicidad. Yo no iría nunca a un vidente porque me imagino que también me podría predecir desgracias si de verdad pudiese adivinar el futuro. Cuando el intento de tener poder sobre el futuro se convierte en tentación de ponerse en el lugar de Dios, estamos hablando de una blasfemia o de una tontería.

Además, ¿qué pasaría si conociésemos el futuro? Liberadora es la esperanza, no adivinar el futuro. Muchas personas quieren saber qué les sucederá después de la muerte. Algunas almas piadosas quieren saber si el alma de un difunto, su mujer, su tía o una amiga, se encuentran aún en el purgatorio y cuántas misas se deben celebrar por ellas. Pero querer saber algo por anticipado significa que no tengo confianza en Dios. Si creo en la misericordia de Dios no necesito estas naderías. Queremos tener todo bajo control y jugar sobre seguro en lugar de rezar por los muertos y ponerlos con confianza en las manos de Dios.

“La fe que más amo, dice Dios, es la esperanza”. Esta frase de Charles Péguy es más que una expresión simpática. Se podría decir que la abundancia de fe se desborda en esperanza. También se puede decir que la esperanza es el resultado de la fe, que es otra forma de fe. Porque creo en este Dios misericordioso, espero que mi vida, en última instancia, terminará bien. Nuestra esperanza apunta a la vida eterna aunque no se debería relacionar solo con el más allá. Para mí la esperanza consiste en la serenidad ya aquí y ahora: dejo que el futuro sea futuro. “No os preocupéis por el mañana. A cada día le basta su afán y su pena” (Mt 6,34).

Si Dios no se olvida ni siquiera del gorrión, tampoco podrá perder nuestra breve vida. Las cosas solo pueden tener fin en el tiempo pero, cuando ya no exista el tiempo, todo lo que nos parece fugaz permanecerá conservado para siempre en el eterno “ahora de Dios”. Todo lo demás no es tan importante. La idea según la cual en la eternidad me voy a encontrar con todas las personas queridas, a mí no me inspira nada. Yo solo sé que Jesucristo, tal como lo conozco por la Sagrada Escritura, la Tradición y, en último término, por mi propia vida, se preocupa de todo esto. Y si Él se encarga de ello, seré feliz. Estoy seguro de que esta felicidad no será nunca una felicidad aislada. No basta nuestra imaginación aunque los deseos sean muy vivos. La eternidad es totalmente distinta y precisamente porque esta realidad supera nuestra imaginación de forma inimaginable necesitamos imágenes. Si mi felicidad no es solitaria es obvio imaginar que de un modo nuevo se creará una nueva comunidad. La Biblia habla del banquete eterno

en una bella imagen. Lo que espero no es algo totalmente distinto sino el incremento del bien que experimento ya en esta vida. El amor no es abstracto sino un amor personal, cuyo gusto experimentamos ya aquí, y que constituye también aquí nuestra mayor felicidad. Solo podemos hablar de esto con imágenes y afirmaciones paradójicas y decir lo bueno que será saborearlo. Me resulta muy significativo el hecho de que Jesús, después de su Resurrección, se sentó a la mesa y comió con sus discípulos. Recientemente alguien me preguntó junto a quién querría estar sentado en el banquete eterno; solo pude sonreír pues no quiero saberlo. Eso lo dirá el Señor y yo no necesito saber nada más allá del convencimiento de que todo está en las manos de Dios. En Él el tiempo está en buenas manos.

Solo semillas de plenitud

Los antiguos habitantes de Mesopotamia y los israelitas creían que el cielo era una tienda de campaña y las estrellas pequeños agujeros a través de los cuales brillaba el reino de los cielos. A mí me gusta esa imagen porque muchas cosas de la vida son agujeros por los que se ve la eternidad. Todo lo positivo que vivo ahora es una pequeña rendija en la oscuridad, una ranura en la pared de la eternidad a través de la cual se puede ver su brillo. Mi esperanza es que lo que me espera en la eternidad será el incremento de lo bueno que ya gozo ahora. Esperar no significa estar exonerados de responsabilidad sino que tenemos que colaborar a una vida mejor. La esperanza lleva la semilla de la perfección, es la luz al final del túnel, la estrella que nos orienta.

Conozco una historia llena de sabiduría: una persona va a la tienda porque quiere comprar felicidad. El vendedor le dice: “No vendemos felicidad, solo la semilla”. Todos y cada uno somos los jardineros de nuestra propia felicidad; crecemos con la esperanza. Dietrich Bonhoeffer decía: “El hombre es tanto más grande cuanto más se atreva a esperar”. El ser humano crece con su esperanza. Solo tenemos una vida y tenemos que demostrar que la merecemos. La demostración consiste en comprometerse con el mundo haciendo uso de la libertad. Sin embargo, la mayoría de la gente no quiere libertad sino seguridad y garantía y por este motivo consideran que nada debe cambiar.

Cierta vez me dijo un hermano en tono acusatorio: “Este monasterio ya no es aquel en el que yo entré”. Yo le respondí: “Gracias a Dios, de otra forma sería un cementerio”. Hemos sido creados a imagen de Dios que ha hecho el mundo y a nosotros en libertad. Pero con frecuencia la libertad nos da inseguridad.

En nuestro mundo, intentamos controlar el futuro, buscamos leyes que regulen el curso de la vida, llevamos a cabo investigaciones sobre el futuro, establecemos previsiones que no son más que ciencia-ficción. El hombre quiere soñar y la esperanza es la que dice que estos sueños pueden realizarse.

La esperanza, en cuanto virtud teologal, es una fuerza vital, pero su perfección es un regalo de la gracia. Es gracia, pero también algo que produce actividad. Yo confío en muchas cosas, confío en una relación, en otra persona, creo en esa persona porque es ella quien lo dice, pero esto mueve algo en mí. La esperanza es un motor que nace de la

confianza en el hecho de que lo que hago tiene sentido. Esta motivación para actuar crece a partir de una visión, la visión cristiana que es, a fin de cuentas, la visión de la plenitud del mundo. Aunque la esperanza es una gracia, no está suspendida en el aire sino que presupone la naturaleza y por tanto nuestra colaboración. Hay que hacer algo para que las visiones y los sueños se conviertan en realidad.

El filósofo Ernst Bloch, inspirándose en los profetas bíblicos, refiere nuestra vida a esta fuerza fundamental activadora de la esperanza. En todo hay esperanza. Cuando se construye una casa tenemos la esperanza de que nos encontraremos a gusto en ella. Ante una obra de arte pensamos que trascenderá la época concreta en que se hizo, es decir, confiamos en que la belleza prevalecerá y el bien triunfará.

Todas las utopías de este mundo se apoyan en la esperanza, aunque algunas esperanzas utópicas acaben con la muerte. Por este motivo, las utopías necesitan el correctivo del realismo y de la reflexión sobre las condiciones de su realización. Baltasar Gracián en su libro *Oráculo manual y arte de la prudencia* dice:

La esperanza es la gran falsificadora de la verdad: corríjala la cordura, procurando que sea superior la fruición al deseo.

Esperábamos que la crisis económica se superara pronto y parece que casi ha pasado. Algunos esperaban también la conversión moral de los causantes aunque no creo que los gestores de las finanzas puedan mejorar desde el punto de vista moral. En el plano moral no hay una evolución en el sentido darwinista del término. Razón y escepticismo siguen siendo importantes. Para que el mundo mejore desde el punto de vista moral tendríamos que hacer algo para dar poder y vigor a la esperanza.

La esperanza es lo último que se pierde

La madre de un compañero mío estaba gravemente enferma de cáncer. Medio año antes de su muerte fui a visitarla y comprobé que estaba tan ilusionada con la primera misa de su hijo, que le dije a él: “Ya verás cómo resiste hasta tu primera misa. Pero no te maravilles si después empeora rápidamente”. Y así fue; falleció inmediatamente después de la fiesta. La esperanza da la fuerza y la motivación suficiente para alcanzar un objetivo especialmente significativo para la persona.

Vivir es esperar; en latín se dice: *Dum spiro spero*, es decir: espero hasta el último respiro. También decimos que la esperanza es lo último que se pierde; aunque vea todo extremadamente difícil, puedo tener una “tenue esperanza”. Hay un refrán que dice que la esperanza es una cuerda larga que nos ata a la muerte. En momentos de guerra, hay personas sometidas a las condiciones más difíciles que soportan las peores situaciones porque creen que llegará la liberación. La esperanza es una virtud natural, una actitud de las personas, una fuerza vital que ayuda a sobrevivir.

Por supuesto que la esperanza puede volverse insípida convirtiéndose en un simple consuelo. Sin embargo, la esperanza cristiana no se refiere solo al más allá sino también a este mundo. Esperamos que un día vuelva la paz a la tierra. Las bienaventuranzas de

Jesús son expresión de esta esperanza concreta. Cuando dice: “Bienaventurados los constructores de paz” (Mt 5,9), está expresando una promesa. La esperanza se basa en las promesas que nos dan fuerza para trabajar por unos objetivos concretos. En la carta a los Hebreos, refiriéndose a Abraham y a los patriarcas, se dice: “Creyeron en lo que no vieron”. La dogmática cristiana ha hecho algo distinto. La fe cristiana consiste en tener por cierto lo que no vemos, pero no consiste en tener por verdaderas las fórmulas del catecismo, sino que se refiere más bien a las promesas, es decir, a algo que es real y tiene fuerza aunque yo aún no lo vea. Según el Nuevo Testamento, los patriarcas y los profetas, basando su vida en la confianza, creyeron en el Redentor que había de venir y eso les condujo a la salvación. Porque de la fe en las promesas nace la esperanza, de ella crece nueva vida. Y de eso se trata.

Se dice que la esperanza hace florecer. Quien espera sanar, ya ha dado el primer paso hacia su curación. Quien espera, se hace más fuerte. La esperanza regala confianza en uno mismo. Las personas que no tienen esperanza necesitan a alguien que les escuche. Quien experimenta esa cercanía encuentra esperanza la mayor parte de las veces. Cuando me siento junto a la cama de un enfermo, él debe tener la posibilidad de hablar libremente de todo. Las personas desesperadas no necesitan argumentaciones racionales, sino atención. En último término, es el corazón el que tiende un puente sobre el foso de la desesperación y crea nueva confianza en la vida.

Esperar contra toda esperanza

La esperanza crece a partir de la fe en la promesa. Esto lo experimentamos en la vida. A veces una situación está tan atascada y es tan difícil que todo habla en contra de una solución y de una buena salida, resultando muy difícil no darse por vencido, esperar contra toda esperanza. Las personas que atienden el Teléfono de la Esperanza lo saben bien.

Yo he vivido con frecuencia situaciones parecidas. Un ejemplo: hubo un momento en que no tenía ninguna esperanza de poder contratar la gestión de nuestro hospital en China. No obstante, en el año 2000, después de mi elección como abad primado, viajé allí pues quería quitarme ese asunto de encima. En aquel momento parecía que lo más real era resignarse, pero cuando llegué descubrí que había un nuevo alcalde y un nuevo jefe de partido que hicieron una nueva oferta. De repente me encontré con que estaban de acuerdo en nuestra propuesta según la cual, como pagábamos, queríamos asumir la gestión del hospital. Según las leyes chinas eso no era posible por lo que nos ofrecieron pagar el déficit y continuar con la construcción. Además también querían contratar y pagar a las religiosas. Me quitaron un gran peso de encima.

También durante mi primera visita a China tuve otra experiencia. Allí uno no se puede detener más que en determinadas zonas oficialmente autorizadas. Nos encontrábamos en la ciudad de Yanji y queríamos ir a Longjin donde hay una comunidad cristiana. Mi acompañante estaba convencido de que no podríamos viajar. Yo le dije: “Si Dios quiere que vayamos, iremos. Y probablemente enseguida”. Cinco minutos más tarde llamaron a

la puerta y el acompañante oficial que nos habían asignado, dijo: “Como en Yanji ya no hay mucho más que ver, les propongo una excursión a Longjin donde podrán visitar un museo de agricultura”. Le expliqué que yo era especialista en museos de agricultura porque había visitado con mucho interés hacía un par de años dos museos de este tipo en Algovia, y así pudimos encontrarnos allí con la comunidad cristiana. Los miembros de esa comunidad nos estaban esperando en el puente y gritaban: “*Simbunim, Simbunim*. Padre, Padre”. Para mí todavía es hoy un misterio conocer cómo supieron que íbamos a ir. Sin embargo, como nuestro guía no había solicitado un permiso oficial para la excursión y se habían enterado de que éramos sacerdotes, hubo momento de tensión peligrosa con interrogatorios por parte del jefe de policía o del servicio secreto que tenía ante sí todos los documentos que yo había cumplimentado en el viaje. ¿Por qué no había declarado como profesión “sacerdote”? Ahí se requería la virtud de la prudencia y le contesté: “Tampoco un obispo diría que es sacerdote y todo el mundo sabe que un abad primado (como yo había indicado) lo es”. Entonces, cedió y nos dejó marchar contra toda esperanza.

En la carta a los Romanos se lee este pasaje: “La paciencia produce virtud probada, la virtud probada esperanza, y la esperanza no defrauda” (Rm 5,4ss).

Promover esperanza

Cuando estaba en la Universidad Sofia de Tokio discutía mucho con budistas sobre la fuerza activa de la esperanza. Uno de ellos me explicó que la esperanza de los budistas se muestra de forma distinta a la de los cristianos. Cuando uno va por un puente y ve en el agua a una persona que se está ahogando, grita: “¡Lucha, lucha!”, pero no se arroja al agua para ayudarla.

La esperanza es como un ancla que es también, según la imagen bíblica, el símbolo de esta virtud. “Tenemos la esperanza como ancla del alma, segura y firme”, dice Pablo en la carta a los Hebreos (Hb 6,19). Entre los cristianos, esto no es solo un valor personal sino que se refiere también al otro. El significado de la esperanza ha dado forma a nuestra cultura a través del cristianismo porque este modo de pensar ha llevado a una comprensión lineal del tiempo que no existe en ninguna otra cultura, y porque en ella hunde sus raíces la concepción del progreso cultural e histórico. La diferencia cultural se expresa incluso en la legislación: cuando alguien no presta ayuda se le acusa de omisión de socorro. Aquí somos responsables de ayudar al otro de manera activa mientras que en las culturas orientales no existen leyes similares.

Con toda su debilidad, la Iglesia es una comunidad de esperanza y portadora de esperanza no solo para sí sino para el mundo. Obviamente esto no vale solo para quien tiene un encargo eclesial sino que debería ser visible en todos nosotros. Es decisivo que la fe, la esperanza y el desafío del amor se promuevan en todo el mundo, que es lo que la Iglesia, a pesar de sus fallos, ha hecho siempre. Pienso sobre todo en los santos conocidos desde san Francisco a la madre Teresa, o en aquellos que dieron su testimonio bajo el comunismo, el nacionalsocialismo o las dictaduras de Latinoamérica, Asia o

África, y vivieron el amor, la justicia y la esperanza.

En el caso de esta fuerza histórica no se trata solo de reparar en la cultura o en las familiares cúpulas de nuestras iglesias sino en aceptar el hecho de que, sin la Iglesia, la cultura de la antigüedad se habría perdido. Fueron los monjes los que salvaron esta riqueza del pensamiento y del saber. El filósofo Karl Löwith ha descrito la amplitud de la esperanza sobre todo lo que se refiere a la concepción de una comprensión lineal del tiempo. Tenemos que agradecer a la herencia cristiana que el tiempo no se comprenda como un proceso circular, como un eterno retorno o, como lo entienden los budistas, como un entrar en el círculo cósmico eterno, sino que está orientado hacia adelante, hacia una meta que le da sentido.

El mundo sería pobre, sería enormemente pobre, si no existiese este impulso continuo por parte de los cristianos. Según esta idea, la esperanza aspira a una plenitud, a un Reino, en el que todos se comprenden como hijos de un Padre, en el que no hay racismo, nacionalismo, ni miedo y que está bajo el signo del amor.

Lo que yo espero

Yo espero que mi Orden continúe teniendo centros de espiritualidad vivos en medio de la gente, que sean posibles nuevas fundaciones, que los monasterios vuelvan a ser muy vitales, que vivan con alegría su ideal, que todo esto se extienda y resplandezca en la Iglesia y en la sociedad.

Espero que la Iglesia sea sal y levadura y que pueda ofrecer su orientación a todo el mundo. Que, integrada en el mundo y en la sociedad civil, recuerde a la gente qué es verdaderamente el ser humano. Que deje claro que la tierra no es la patria definitiva del hombre y que cuestione sin interrupción los asuntos discutibles de este mundo. Que no se limite a criticar sino que también encienda luces. Que, a través de un auténtico compromiso con los valores cristianos, sea esperanza y paz para este mundo. Que recuerde la Buena Noticia del Evangelio, la promesa de la misericordia de un Dios que es amor y que potencie todo esto en un contexto en el que priman la violencia y la venganza, donde los que se definen como mártires quieren llegar al cielo suicidándose, propagando así la discordia como camino hacia la bienaventuranza. La Iglesia debe recordar y vivir expresamente que la paz solo es posible donde hay reconciliación, donde el reconocimiento de la culpa y la petición de perdón abren nuevos caminos.

Espero que en este mundo globalizado, las personas buenas y razonables no tengan que claudicar ante los demagogos ávidos de poder, y que los que tiene sed de poder no nos obliguen a aceptar el sistema autoritario que han instaurado en los países emergentes. Yo espero que podamos hacerles frente, que nos acordemos de nuestros verdaderos valores y que con ello ganemos fortaleza interior para que sepamos quiénes somos. Confío que lo mucho bueno que sucede cotidianamente, y en pequeña escala entre las personas, se extienda a las grandes dimensiones de nuestro mundo, de forma que la buena palabra caiga en terreno fértil.

Para mí, la esperanza de fondo consiste en confiar en que este mundo no caerá en el

caos y que, como dice el Apocalipsis de Juan, el mal no triunfe y domine el mundo porque al final se encuentra el Reino de Dios. Este mundo resurgirá de nuevo para la gloria de una forma que no podemos ni imaginar. Nuestro mundo tendrá un buen futuro.

¿Y qué espero para mí mismo? No tengo grandes objetivos en esta vida. Quizá que mi vida monástica, con sus desafíos cotidianos, tenga un éxito razonable. Que pueda hacer las reparaciones necesarias en esta casa de San Anselmo para que esté en condiciones durante largo tiempo. En resumen, una esperanza realista no totalmente irrealizable, por cuyo cumplimiento rezo continuamente a san José.

Como es normal, experimento el peso y el cansancio de los años que pasan. Me gustaría dormir más. Oigo peor y tengo que aguzar el oído para seguir una ponencia. Ya no veo tan bien, lo que me molesta muchísimo. Espero acostumbrarme a los achaques de la edad y, a pesar de mis años, transmitir experiencias, aunque sea como profesor ayudante en Santa Otilia, donde algún día regresaré. Santa Otilia no es Roma, pero allí tengo yo mi habitación con vistas a los Alpes. No es una mala perspectiva por ahora.

¿Y qué más? Espero también una buena muerte y estoy totalmente esperanzado en alcanzar la vida eterna, en la que participaremos en la realidad indestructible de Dios. Además, espero que esa vida sea plena, que ya no haya miedo, deficiencias ni muerte, una vida sin sufrimiento ni lágrimas. Espero sobre todo que Dios cubra mis pecados con el manto de su misericordia y los perdone.

Al artista provocador Christian Schlingensief, que en la entrevista de la que hemos hablado anteriormente había dicho que quería morir como cristiano, según pudimos saber, le dio sepultura el sacerdote que le había bautizado. En su esquela había una frase de Juana de Arco: “Si estoy en gracia de Dios, que Él me mantenga en ella. Si no lo estoy, que me ponga en ella”.

Entender el cielo de esta forma, como la esperanza de un estado en gracia de Dios, es una tesis que yo comparto. Además, la esperanza y la alegría van juntas, también en lo que toca a las últimas realidades, porque el cumplimiento supera siempre a la espera. Yo me imagino con Dios que me mira sonriendo y me dice: “Bello y justo (lo que espero), pero dentro hay mucho más”. Así en la tierra como el cielo.

ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

“¿No es maravilloso?”. Estas palabras sonaron en mis oídos más como una constatación que como una pregunta. Era por la mañana de un día de diciembre y me encontraba volando de Roma a Zurich. Estábamos a varios miles de metros de altura, en un cielo azul sin nubes, cuando la señora que estaba sentada a mi lado no pudo reprimirse y me dijo: “Mire, qué maravilla. Aquí se olvida uno de todo. ¿No es esto la felicidad?”.

Efectivamente era una vista celestial. El día estaba muy claro y prometía ser una jornada radiante. Desde arriba veíamos las cumbres nevadas de los Alpes centelleantes de nieve, los glaciares eternos y los valles alargados entre los macizos montañosos.

La felicidad es algo celestial, pero también algo terreno.

La experiencia de la trascendencia suele ir acompañada de la “vida buena” entre la gente normal.

La tarde de ese mismo día tuve otra vez esa misma experiencia con más profundidad. Cuando los evangelios nos narran la historia del nacimiento de Jesús nos hablan de un texto precioso: *“Gloria in excelsis Deo. Et in terra pax hominibus bonae voluntatis.* Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”. Johann Sebastian Bach musicó en 1740 este texto del canto de los ángeles que aparece en Lucas 2,14, en su Cantata BWV 191 el día de Navidad. Es una composición para coro, soprano y tenor, con timbales y trompetas, con instrumentos de cuerda y de viento como una glorificación de dos actitudes básicas, el cielo y la tierra, la vertical y la horizontal. El primer movimiento de esta cantata suena antes del sermón y los otros dos después. Aquel día iba yo con una invitación de la Fundación Bach de San Galo a la maravillosa iglesia rococó de Trogen a un concierto que incluía esta obra en el que yo debía dirigir una meditación entre las piezas musicales. En esos momentos, en aquella magnífica iglesia, me quedó grabada una frase: “Los músicos son los arquitectos del cielo” como dijo el conocido músico de jazz y director de orquesta americano Bobby McFerrin.

Juan Sebastián Bach, que nos regaló esta música, fue uno de esos arquitectos capaces de unir lo de arriba y lo de abajo, lo horizontal y lo vertical. Pero también, en este maravilloso ambiente con las resonancias de la iglesia rococó, de repente se abrió el cielo sobre nosotros y para nosotros con este *Gloria in excelsis Deo*.

El cielo se abrió en medio de este mundo marcado por las grandes tragedias de nuestra época, la guerra y la tortura, la violencia y la mentira, todas las improntas del pecado y de la imperfección; un mundo en tinieblas en el que hay que crear

continuamente la paz. Y sin embargo, en esa noche narrada por la cantata, en esa “noche santa”, el mundo experimentó un nuevo nacimiento, una esperanza, una luz: la felicidad de una nueva creación.

En la música de Bach, la paz en la tierra llega primero con una música suave, cuyas ondas se difunden cada vez más como si quisiese bañar y circundar la tierra entera, hasta el festivo acorde final de la primera parte: el cumplimiento de la promesa, el gloria humano se inserta en el celeste. La desgracia, la necesidad y la muerte han sido vencidas. Donde se da gloria a Dios, reinan la paz y la alegría, aunque la realidad terrena pueda parecer todavía tan infeliz. El gloria es la gran esperanza, el anuncio de la alegría a los hombres.

En el aeropuerto y en el tren hacia San Galo pude ver a niños pequeños. Dios se hizo como uno de estos niños, y yo pensaba: ¿podemos imaginar algo tan grande? ¿Que la grandeza de Dios sea tan sublime, tan soberana, que pueda hacerse un niño pequeño vulnerable? “Gloria a Dios en las alturas, Dios sea glorificado en las alturas”, son las únicas palabras apropiadas.

¿Tiene esto algo que ver con las virtudes? Así se ha visto a lo largo de los siglos. Ya Jenofonte, contemporáneo de Platón, que era como él discípulo de Sócrates, atribuyó a su maestro la práctica asidua solo de dos virtudes: la piedad (que define como la relación entre hombres y dioses) y la justicia (que determina las relaciones entre los hombres). También el corto texto de la cantata de Bach está marcado por estas dos realidades, el justo comportamiento y el justo ordenamiento, como las dos vertientes a las que dirige su mirada: gloria a Dios y paz a los hombres. Este es el núcleo de la fe.

¿Qué nos “da” la fe? Aún hoy los humanos combaten entre sí, se odian, se hostigan, se mienten. La historia del mundo no ha cambiado hacia fuera, pero sí hacia adentro porque tenemos una esperanza. Ya no tenemos necesidad de tirar de nosotros mismos, como el barón de Münchhausen, para salir del pantano de nuestra existencia humana y de la maldad. Podemos vivir sin tener que “hacer” todo. Solo necesitamos abrir nuestro corazón.

Algunos dicen que no pueden creer. ¿Por qué nos aferramos tanto a nosotros mismos? Liberémosnos, abramos nuestro corazón. Dios se ha hecho hombre y nos ama. Su mensaje es de perdón. Acojamos este mensaje en nuestro corazón.

Cuando hace más de treinta años fui elegido abad de mi monasterio, tuve que buscar un lema para el servicio que iba a ejercer. Elegí: *Jubilate Deo*. Y ¿por qué? Durante varios años había sido en Roma maestro de coro y cantar con mi schola me resultaba una experiencia placentera. También organizábamos conciertos en bellas iglesias góticas cistercienses. Cuando nos pedían un bis, cantábamos *Jubilate Deo*. Para mí es la pieza gregoriana más hermosa. El año de mi elección, cuando ni se me había pasado por la cabeza que podrían elegirme, había escrito a mi predecesor: “Querido Padre abad primado: Si yo muriera teniendo Vd. el encargo de enterrarme, haga grabar por favor sobre mi tumba *Jubilate Deo*”. Este lema se ha convertido en el contenido de mi vida, grabándose en mi propia existencia: poder mirar a Dios, a ese gran Dios, que se ha hecho uno de nosotros. Mirándolo a Él, mis pecados ya no son importantes. A la luz de su

esplendor no se ven los errores. Hay gente que opina que Dios no tiene nada más que hacer que observarnos continuamente, mientras elabora, por así decir el catálogo de las virtudes y de los vicios según nuestra biografía. Pero yo creo que Dios enjugará mis lágrimas, las que lloro sobre mí mismo, y dirá: “Ven”. La verdadera felicidad de nuestra vida consiste en poder vivir en esa luz, en este esplendor, y olvidarse de uno mismo.

Ver el mundo como en ese vuelo a Zurich esa mañana al amanecer, olvidarse de uno mismo ante la grandeza del universo, de la creación.

O también, mirar a las personas con los ojos de Dios, que ve todo y es consciente de las imperfecciones. Dios ha creado a las personas a su imagen, pero no como Dios, sino con debilidades. Dios perdona continuamente. Y también se puede sonreír ante las imperfecciones.

En esto consiste la felicidad.

¿Y los gorriones, mis pájaros de la felicidad? ¿Qué tienen que ver con la música de Johann Sebastian Bach? Para mí, con sus alegres gorjeos, sus alborotos cuando riñen, sus movimientos llenos de energía, representan el ideal de una vida entregada, olvidada de sí.

Y además, son imagen de una vida entregada en las manos de Dios. Jesús pregunta: “¿No se venden cinco gorriones por dos ases?” (Lc 12,6). Y asegura a sus discípulos: “Con todo, ni uno solo es olvidado de Dios. Incluso están contados los cabellos de vuestra cabeza”. (Lc 12,6-7).

Paul Gerhardt, el gran poeta alemán contemporáneo de Lutero, tomando como modelo el salmo 91, compuso el gran canto de la confianza: “El que siempre deja actuar a Dios y espera en Él, se verá protegido milagrosamente en toda necesidad y pena. Quien confía en Dios no edifica sobre arena”.

Esta es una actitud, que permanece en el tiempo, de algo que sirve para sostener una vida.

Don Bosco lo expresó de una forma más informal (para eso era italiano). Pero también a él le gustaba esa actitud: “Alegrarse, hacer el bien y dejar cantar a los pájaros”.

La felicidad es una casa en la que los gorriones pueden hacer su nido.

La felicidad es una vida en la que se puede cantar la melodía de los gorriones.

Alguna vez, cuando escucho a los pájaros en la ventana por la mañana temprano en nuestro jardín en el Aventino, también yo canto como ellos. Y ellos me contestan. Es un diálogo, una sintonía; es increíblemente bello estar en diálogo con un pájaro.

¡Si esto no es felicidad!

“COLECCIÓN ESPIRITUALIDAD”

libros publicados

AGUADO, A.: *La gracia de hoy. Introducción y selección de M^a J. Segovia.*

ALBAR, L.: *Descenso a las profundidades de Dios.*

ALEGRE, J.: *La luz del silencio, camino de tu paz.*

ÁLVAREZ, E. y P.: *Te ruego que me dispenses. Los ausentes del banquete eucarístico.*

AMEZCUA, C. y GARCÍA, S.: *Oír el silencio. Lo que buscas fuera lo tienes dentro.*

ANGELINI, G.: *Los frutos del Espíritu.*

ASI, E.: *El rostro humano de Dios. La espiritualidad de Nazaret.*

AVENDAÑO, J. M.^a: *La hermosura de lo pequeño.*

– *Dios viene a nuestro encuentro.*

BALLESTER, M.: *Hijos del viento.*

BEA, E.: *Maria Skobtsov. Madre espiritual y víctima del holocausto.*

BEESING, M.^a y otros: *El eneagrama. Un camino hacia el autodescubrimiento.*

BIANCHI, G.: *Otra forma de vivir.*

BOADA, J.: *Fijos los ojos en Jesús.*

– *Mi única nostalgia.*

– *Peregrino del silencio.*

BOHIGUES, R.: *Una forma de estar en el mundo: Contemplación.*

BOSCIONE, F.: *Los gestos de Jesús. La comunicación no verbal en los Evangelios.*

BOYER, M. G.: *Mi casa, el primer lugar de oración.*

CANOPI, A. M.: *¿Has dicho esto por nosotros?*

CHENU, B.: *Los discípulos de Emaús.*

CLÉMENT, O.: *Dios es simpatía.*

CUCCI, G.: *El sabor de la vida La dimensión corporal de la experiencia espiritual.*

DANIEL-ANGE: *La plenitud de todo: el amor.*

DOMEK, J.: *Respuestas que liberan.*

EIZAGUIRRE, J.: *Una vida sobria, honrada y religiosa.*

ESTRADE, M.: *Shalom Miriam.*

FERDER, F.: *Palabras hechas amistad.*

FERNÁNDEZ-PANIAGUA, J.: *Las Bienaventuranzas, una brújula para encontrar el norte.*

– *El lenguaje del amor.*

FORTE, B.: *La vida como vocación. Alimentar las raíces de la fe.*

GAGO, J.L.: *Gracias, la última palabra.*

GHIDELLI, C.: *Quien busca la sabiduría, la encuentra.*

GÓMEZ, C. (ed.): *El compromiso que nace de la fe.*

GÓMEZ MOLLEDA, D.: *Amigos fuertes de Dios.*

– *Pedro Poveda, hombre de Dios.*

– *Cristianos en una sociedad laica.*

GRÜN, A.: *Buscar a Jesús en lo cotidiano.*

– *Evangelio y psicología profunda.*

– *La mitad de la vida como tarea espiritual.*

– *La oración como encuentro.*

– *La salud como tarea espiritual.*

– *Nuestras propias sombras.*

– *Nuestro Dios cercano.*

– *Si aceptas perdonarte, perdonarás.*

– *Su amor sobre nosotros.*

– *Una espiritualidad desde abajo.*

GUTIÉRREZ, A.: *Citados para un encuentro.*

HANNAN, P.: *Tú me sondeas.*

IZUZQUIZA, D.: *Rincones de la ciudad.*

JÄGER, W.: *En busca del sentido de la vida.*

– *Contemplación. Un camino espiritual.*

JOHN DE TAIZÉ: *El Padrenuestro... un itinerario bíblico.*

– *La novedad y el Espíritu.*

JOSSUA, J. P.: *La condición del testigo.*

LAFRANCE, J.: *Cuando oréis decid: Padre...*

– *El poder de la oración.*

– *En oración con María, la madre de Jesús.*

– *El Rosario. Un camino hacia la oración incesante.*

– *La oración del corazón.*

– *Ora a tu Padre.*

LAMBERTENGHI, G.: *La oración, medicina del alma y del cuerpo.*

LOEW, J.: *En la escuela de los grandes orantes.*

LÓPEZ BAEZA, A.: *La oración, aventura apasionante.*

LÓPEZ VILLANUEVA, M.: *La voz, el amigo y el fuego.*

LOUF, A.: *El Espíritu ora en nosotros.*

– *A merced de su gracia.*

– *Mi vida en tus manos.*

– *Escuela de contemplación.*

LUTHE, H. y HICKEY, M.: *Dios nos quiere alegres.*

MANCINI, C.: *Escuchar entre las voces una.*

– *Como un amigo habla a otro amigo.*

MARIO DE CRISTO, S.: *Dios habla en la soledad.*

MARTÍN, F.: *Rezar hoy.*

MARTÍN VELASCO, J.: *Testigos de la experiencia de la fe.*

– *Vivir la fe a la intemperie.*

MARTÍNEZ LOZANO, E.: *El gozo de ser persona.*

– *¿Dios hoy? Creyentes y no creyentes ante un nuevo paradigma.*

– *Donde están las raíces.*

– *Nuestra cara oculta. Integración de la sombra y unificación personal.*

MARTÍNEZ MORENO, I.: *Guía para el camino espiritual. Textos de Ángel Moreno de Buenafuente.*

MARTÍNEZ OCAÑA, E.: *Cuando la Palabra se hace cuerpo... en cuerpo de mujer.*

– *Cuerpo espiritual.*

– *Buscadores de felicidad.*

– *Te llevo en mis entrañas dibujada.*

– *Espiritualidad para un mundo en emergencia.*

MARTINI, C. M.: *Cambiar el corazón.*

– *La llamada de Jesús.*

MATTA EL MESKIN: *Consejos para la oración. Introducción de Jaume Boada.*

MERLOTTI, G.: *El aroma de Dios. Meditaciones sobre la creación.*

MONARI, L.: *La libertad cristiana, don y tarea.*

MONJE DE LA IGLESIA DE ORIENTE, UN: *Amor sin límites.*

MORENO DE BUENAFUENTE, A.: *A la mesa del Maestro. Adoración.*

– *Amor saca amor.*

– *Buscando mis amores.*

– *Desiertos. Travesía de la existencia.*

– *Eucaristía. Plenitud de vida.*

– *Habitados por la palabra.*

– *Palabras entrañables*

– *Voy contigo. Acompañamiento.*

– *Voz arrodillada. Relación esencial.*

MOROSI, E.: *¿Cuánto falta para que amanezca? La “noche” en nuestra vida.*

OSORO, C.: *Cartas desde la fe.*

– *Siguiendo las huellas de Pedro Poveda.*

PACOT, S.: *Evangelizar lo profundo del corazón.*

– *¡Vuelve a la vida!*

PAGLIA, V.: *De la compasión al compromiso. La parábola del buen samaritano.*

PÉREZ PRIETO, V.: *Con cuerdas de ternura.*

POVEDA, P.: *Amigos fuertes de Dios.*

– *Vivir como los primeros cristianos.*

RAGUIN, Y.: *Plenitud y vacío. El camino zen y Cristo.*

RECONDO, J. M.: *La esperanza es un camino.*

RIDRUEJO, B. M.^a: *La llevaré al silencio.*

RODENAS, E.: *Thomas Merton, el hombre y su vida interior.*

RODRÍGUEZ MADARIAGA, ÓSCAR A.: *Sin ética no hay desarrollo.*

RUPP, J.: *Dios compañero en la danza de la vida.*

SAINT-ARNAUD, J.-G.: *¿Dónde me quieres llevar, Señor?*

SAMMARTANO, N.: *Nosotros somos testigos.*

SAOÛT, Y.: *Fui extranjero y me acogiste.*

SEGOVIA, M.^a J.: *La gracia de hoy.*

SEQUERI, P.A.: *Sacramentos, signos de gracia.*

SOLER, J. M.: *Kyrie. El rostro de Dios amor.*

STUTZ, P.: *Las raíces de mi vida.*

TEPEDINO, A. M.^a: *Las discípulas de Jesús.*

TOLIN, A.: *De la montaña al llano.*

TRIVIÑO, M.^a V.: *La oración de intersección.*

URBIETA, J. R.: *Treinta gotas de Evangelio.*

VAL, M.^a T.: *Orantes desde el amanecer.*

VEGA, M.: *Contemplación y Psicología.*

VILAR, E.: *La oración de contemplación en la vida normal de un cristiano.*

WOLF, N.: *Siete pilares para la felicidad.*

ZUERCHER, S.: *La espiritualidad del eneagrama.*

© NARCEA, S.A. DE EDICIONES, 2017
Paseo Imperial 53-55. 28005 Madrid. España
www.narceaediciones.es

© 2012 Verlag Herder GmbH, Freiburg im Breisgau

Título original: *Die sieben Säulen des Glücks. Tugenden für das Leben herausgegeben von (or in English Edited by) Rudolf Walter*

Traducción: M^a Pilar Díaz Palacio

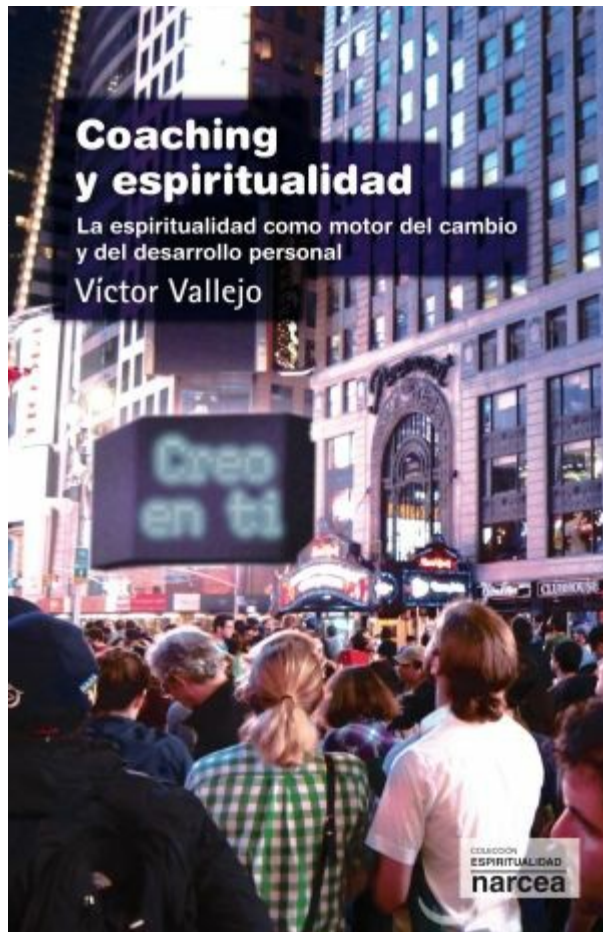
Imagen de la portada: IngImage

ISBN papel: 978-84-2110-4

ISBN ePub: 978-84-277-2111-1

ISBN ePub: 978-84-277-2261-3

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.



Coaching y espiritualidad

Vallejo, Víctor

9788427721807

128 Páginas

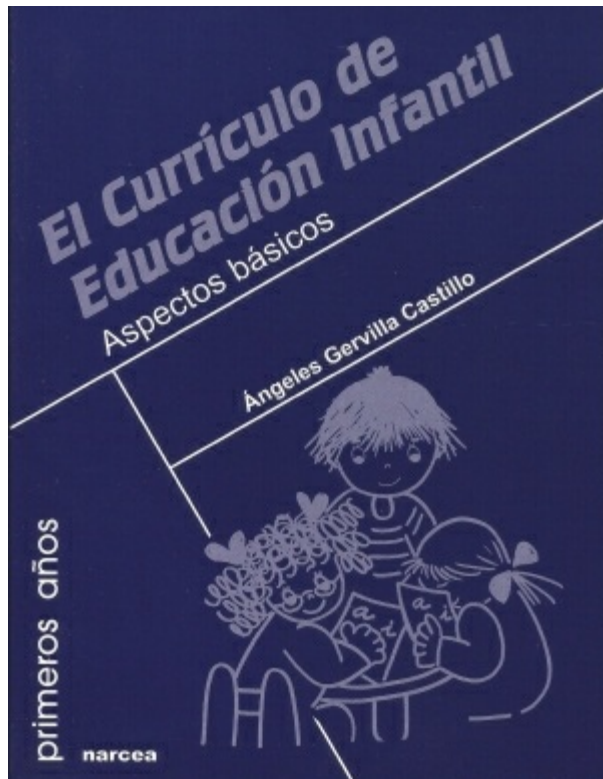
[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Cómo te encuentras? ¿Cómo te encuentras a ti mismo cuando andas perdido? ¿Qué tipos de encuentro has tenido a lo largo del día de hoy? ¿Cómo te encuentras ante un acontecimiento que te des-borda, que te hace salir más allá de tu piel? ¿Has sentido alguna vez la Inmensidad? ¿Cómo fue?

Estas son las preguntas poderosas a las que responde el autor en este libro, escrito con sencillez y profundidad, fácil de leer y muy motivador. Todas estas características son las propias de un coach que cuenta con una gran experiencia. El coaching espiritual nos ayuda a descubrir y mantener la mirada en nuestra vivencia espiritual de tal modo que se convierta en una experiencia significativa, cargada de sentido y poder transformador. El modelo de coaching que el autor nos presenta nos sitúa en un proceso de cambio y de mejora continua que nos abre al encuentro con nosotros mismos, con los demás y con lo Trascendente; tres tipos de encuentro que definen toda forma de espiritualidad.

Cuidar nuestra vida interna, nuestra relación con los que nos rodean y abrirnos a la Trascendencia resulta una inversión a largo plazo que mejorará nuestra calidad de vida, nuestra forma de afrontar el trabajo y desarrollará al máximo nuestro potencial. Por estas razones, Coaching y espiritualidad se presenta como un libro útil para aquellos que quieren mejorar su vida en cualquier situación en la que se encuentren con la seguridad de que en sus páginas encontrarán recursos para entrar en su interior y sacar de él lo mejor que tienen.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El currículo de Educación Infantil

Gervilla, Ángeles

9788427720916

128 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un libro breve, sencillo y práctico en el que se ofrecen modelos, medios, recursos y orientaciones de evaluación, para elaborar y poner en práctica el currículo de la educación infantil. Concede especial importancia al papel de la familia en esta etapa educativa y orienta sobre las relaciones familia-escuela. Dedicar un capítulo final al Practicum en educación infantil. Un manual básico para la formación inicial de los maestros y maestras de los más pequeños.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

serie
Educación Especial

M^aT.Gómez
Masdevall y V.Mir

ALTas CapaCidadeS en NiñOs y NiñAs

DETECCIÓN
IDENTIFICACIÓN e INTEGRACIÓN
EN LA ESCUELA y EN LA FAMILIA

narcea

Altas capacidades en niños y niñas

Mir, Victoria

9788427721715

152 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El libro presenta y estudia los aspectos básicos y más importantes sobre la personalidad de los niños-alumnos con altas capacidades. Estos alumnos presentan características varias y desconcertantes, pudiéndose mostrar retraídos o comunicativos en exceso, libres hasta parecer indisciplinados, indiferentes o emotivos, y creativos e individualistas para evitar aburrirse. La obra incluye un anexo en el que se ofrecen varios Cuestionarios, diferenciados por edades, para facilitar la detección, tratamiento e intervención de altas capacidades, desde la valoración de la familia, el educador y el propio alumno. Su lectura facilitará al profesorado y a las familias un trabajo en equipo, es decir, la cooperación necesaria de ambos; evitando que el aburrimiento se instale en sus alumnos e hijos, y procurando que estos logren una autoestima correcta y la capacidad de autogestionar sus propias capacidades.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

WILLIAM F. PINAR

LA TEORÍA DEL CURRÍCULO

ESTUDIO INTRODUCTORIO: JOSÉ M^o GARCÍA GARDUÑO



narcea

La teoría del curriculum

Pinar F, William
9788427721692
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

William Pinar es sin duda el teórico contemporáneo más importante del curriculum. Desde la década de los 70, Pinar ha encabezado los movimientos teóricos más importantes: la reconceptualización, la post-reconceptualización y la internalización del curriculum. Para este autor solo a través de la reconstrucción subjetiva del individuo podrá darse el cambio o reconstrucción social. El lector también podrá apreciar la originalidad de su teoría de género, raza y el "curriculum como lugar", así como sus argumentos en contra de las reformas educativas a las que el autor denomina "deformas". Pinar critica el desarrollo del curriculum, con base en lo procedimental; señala que vivimos en una cultura narcisista que diluye la subjetividad. Con la publicación de este libro, en el que por vez primera se traduce la obra de Pinar al español, el lector podrá apreciar la lucidez, originalidad y complejidad de la teoría pinariana del curriculum. Invitamos al lector interesado en los temas educativos y sociales a explorar la obra de este teórico magistral.

Dada la complejidad de la obra de Pinar y su desconocimiento en el idioma español, el libro se inicia con un amplio y documentado estudio introductorio a cargo de José María García Garduño, profesor de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México quien además ha llevado a cabo la revisión técnica. Ha traducido la obra Edmundo Mora, de la Universidad de Nariño.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

DAVID DURAN

APRENSEÑAR

*Evidencias e implicaciones educativas
de aprender enseñando*

educación hoy, estudios

narcea



Aprender enseñando

Duran, David

9788427721685

144 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro recoge por primera vez las evidencias científicas del neologismo – creado para la ocasión - aprender enseñando. Las investigaciones disponibles muestran que, en determinadas condiciones, la actividad de enseñar –exclusivamente humana- comporta oportunidades de aprendizaje para quien la desarrolla. Si es así, ¿por qué no promovemos que nuestros alumnos aprendan enseñando a sus compañeros? Ello permitiría aprovechar las diferencias y acercar las instituciones educativas al aprendizaje informal que, potenciado por las tecnologías, ofrece relaciones igual a igual (P2P), basadas en aprender enseñando.

El libro recoge múltiples prácticas reales, en las cuales los estudiantes –en escuelas, institutos o universidades aprenden enseñando a sus compañeros. El libro ofrece, desde las evidencias de la investigación, guías prácticas para que los profesores podamos enseñar aprendiendo, lo que nos permitirá actualizar nuestros conocimientos y vivir la profesión con más plenitud.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Índice	3
El lenguaje de la felicidad	5
¿Qué nos ayuda a ser felices?	8
La felicidad y el sentido de la vida	8
Más que bienestar	9
Yo encontré la felicidad	9
Felicidad en la adversidad	11
Más que química	13
Sísifo o la suerte de los más capaces	14
¿Fue Jesús una persona feliz?	14
No existe un método para alcanzar la felicidad	16
Virtudes para la vida	17
La justicia	19
La fluidez del tráfico romano	19
¿Qué es la justicia?	20
¿Cómo nos tratamos unos a otros?	21
Las leyes, el derecho y la justicia	22
Nuevas injusticias	23
Mayor que nuestro pequeño círculo de intereses	25
No existe un derecho absoluto	26
No hay justicia sin misericordia	27
Atemperar la justicia con misericordia	28
El perdón promueve la justicia	28
La justicia necesita templanza	29
¿Quién es justo?	30
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia	31
La prudencia	32
Un fin del mundo tras otro	32
Más que astucia	33
El conocimiento aplicado al bien	34
Personas que transmiten claridad	35

Con ayuda del humor	36
El idealista imprudente	37
¿Se puede exigir siempre la verdad?	38
Prudente en la vida y sabio	39
“Sed prudentes como las serpientes”	39
Cómo ser más prudentes	40
La fortaleza	43
No me va a pasar nada	43
Lo contrario de valiente	44
Esos sí que fueron héroes	46
La libertad es la joya del cristiano	46
Valiente y sincero	48
Fortaleza y prudencia	49
El salario del miedo	50
¿Cómo tomar decisiones audaces?	51
Nadando contracorriente	52
La templanza	54
El banquete de Trimalción	54
San Benito y el vino	55
Una vida sin límites	56
Poner freno a la avidez	57
¿Martillo o matamoscas?	59
La codicia devora el cerebro	59
Qué nos promete el dinero	61
¿Es la modestia solo un adorno?	61
Cuando el bien es demasiado	63
La pasión es otra cosa	64
La templanza de los monjes	64
La fe	66
La fe, comunidad y hogar	66
Cercanía a las personas	67
Las estructuras no generan vida	68
Sal de la tierra, luz del mundo	69
El fracaso como oportunidad para la fe	70
La libertad forma parte de la fe	71

La fe, una experiencia como el amor	72
La caridad	75
El amor es una experiencia cumbre	75
Perderse y encontrarse a sí mismo	76
¡Abrazaos!	77
El amor redime	78
El amor no puede dividirse	79
Amor y moral	80
No hay amor sin pasión	81
Qué es lo que despierta el amor	81
Cultivar la pasión	82
Necesidad emocional	83
El difícil amor a los enemigos	83
La indiferencia es mortal	84
El texto más bello sobre el amor	85
Para que el hombre sea hombre	86
La esperanza	88
Un problema grave de esperanza	88
El lenguaje de la esperanza	89
Los pesimistas tienen más dificultades	90
Fracaso y sentido	91
La esperanza es liberadora, no adivinar el futuro	92
Solo semillas de plenitud	93
La esperanza es lo último que se pierde	94
Esperar contra toda esperanza	95
Promover esperanza	96
Lo que yo espero	97
Así en la tierra como en el cielo	99
Página de créditos	106